

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO II.—OCTUBRE, 1925.—NÚMERO VIII
Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

COMITE DIRECTIVO:

Manuel Machado, Agustín Millares Carlo
y Felipe Morales de Setién.

SECRETARIO.

José Rincón Lazcano.

ADMINISTRADOR:

Angel Andarias.

SUMARIO

EMILIO COTARELO.—*Las comedias en los conventos de Madrid en el siglo XVII.*

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV.*

M. HERRERO GARCÍA.—*El Madrid de Calderón.*

AGUSTÍN MILLARES CARLO.—*El siglo XVIII español y los intentos de formación de un Corpus diplomático.*

JULIO GÓMEZ.—*Don Blas de Laserna. Un capítulo de la historia del teatro lírico español visto en la vida del último tonadillero.*

VARIEDADES: ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA: *La Fonda de San Sebastián.*— CRISTÓBAL ESPEJO: *Preliminares en Madrid y su jurisdicción del Donativo de 1625.*

JOSÉ SUBIRÁ: *El estreno de «La Serva Padrona», de Paisiello, en Madrid.*—

JOAQUÍN ESPÍN: *Un dato sobre la profesión del padre de Lope de Vega.*

RESEÑAS: Arco, Ricardo del. *El pergamino original del Fuero de Jaca concedido por el Rey Sancho Ramírez* (A. MILLARES CARLO).—Ruiz Giménez, Joaquín. *Pretéritos y presentes. Trabajos varios de mi Archivo* (JOSÉ RINCÓN LAZCANO).—Llabrés Bernal, Juan. *El Archivo de la Audiencia de Mallorca. Noticia histórica descriptiva* (C. ESPEJO).—Starkie, Walter. *Jacinto Benavente* (F. M. DE S.).—Mortet, Charles. *Les origines et les debuts de l'imprimerie d'après les recherches les plus récentes* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ).—Pérez de Barradas, José. *Prehistoria (Cartilla de divulgación)* (E. A. B.).—Alvarez Cerón, Marceliano. *El oculto manantial. Poemas* (J. RINCÓN).—Birch, Frank and I. B. Trend. *Life's a Dream by Pedro Calderón de la Barca. Translated for the English Stage by...* (F. M. DE S.).—Zarco Cuevas, P. Fr. Julián. *Catálogo de los manuscritos castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial* (J. ARTILES).—Martínez Kleiser, Luis. *La Semana Santa de Sevilla* (J. R. L.)

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA:

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, plaza del Dos de Mayo, 2, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO II

OCTUBRE, 1925

NÚMERO 8

LAS COMEDIAS EN LOS CONVENTOS
DE MADRID EN EL SIGLO XVII

Se ha negado, aunque sin fundamento, que en el siglo xvii, el de mayor gloria de nuestra Musa dramática, se hubiesen hecho representaciones de comedias en los conventos, iglesias y otros lugares consagrados al culto de la religión católica. Aun dejando aparte los autos sacramentales que se hacían en la propia catedral de Toledo, primada de España, todas las octavas del *Corpus* y a veces el día mismo de la fiesta, y no en lugar retirado sino ante el altar mayor, detrás del coro, donde se colocaba el escenario o tablado, por ser esta clase de dramas esencial y formalmente religiosos, no lo eran las loas, entremeses y cantares con que solían aderezarse los autos.

Y no solamente esta clase de obras, sino comedias profanas, las mismas que poco antes se habían estrenado en los teatros públicos, eran representadas en las iglesias de los monasterios así de frailes como de monjas. Bastará recordar la indignación que estas prácticas causaban a los varones piadosos, como el P. Juan de Mariana, quien en su tratado *De spectaculis*, publicado en 1609, es decir, cuando el genuino teatro español apenas empezaba a florecer, atestigua el hecho en diversos lugares de su obra, especialmente en el capítulo XII de ella (1).

(1) Imprimiolo, con otros opúsculos en Colonia, a costa de Antonio Hierato, y posteriormente lo tradujo al castellano con el título de *Tratado de los Juegos públicos*, en cuya forma se imprimió con las demás obras del autor en la *Biblioteca de Autores españoles*. (Ob. del P. Juan de Mariana). Madrid, 1854, tomo II, págs. 413 a 462.

Muchos años después, otro autor no menos verídico que escribía hacia 1640, D. Alonso de Castillo Solórzano, en su novela de *La Garduña de Sevilla*, al referir una de las primeras burlas que se hicieron a la protagonista, después maestra en ellas, que fué sustraerle un rico y flamante traje; el burlador lo hizo pidiéndoselo prestado, «como que era para una comedia que se hacía en un monasterio de monjas: no se lo pudo negar» etc. (1).

Cierto que las autoridades eclesiásticas seculares condenaron este abuso; pero por uno de aquellos fenómenos, tan comunes como extraños en siglo tan piadoso, estas censuras y condenaciones fueron desatendidas y menospreciadas, no ya por los laicos sino por las corporaciones monásticas que eran las que lo protegían y fomentaban. Bien fuese porque cada orden y cada convento tuviese sus autoridades y superiores propios y no considerase a ningún extraño con facultades para entremeterse en lo que pasaba paredes adentro de cada casa conventual, o que los delegados del obispo o arzobispo no se atreviesen a ponerse enfrente de los abades y priores, prioras y abadesas, es lo cierto que las prohibiciones formuladas de palabra y por escrito por los vicarios y demás autoridades del clero secular fueron siempre letra muerta para frailes y monjas, que se reían de ellas.

Entonces las autoridades de los obispados idearon el medio de conseguir el cumplimiento de sus decretos, por otra vía, que fué la de perseguir, multar y excomulgar a los míseros comediantes que no eran más que simples ejecutores de la voluntad y gusto de los reverendos superiores de cada casa claustral. De modo que, si por un lado los actores eran solicitados y podían libremente hacer sus farsas dentro de las iglesias conventuales, eran por otro denunciados y perseguidos apenas ponían el pie fuera de ellas.

De uno de estos conflictos, ocurrido en 1618, cuando aún vivía Lope de Vega y el teatro español se hallaba en su apogeo, da noticia un expediente que existe en el archivo de la Vicaría de esta Corte y que además encierra otras noticias de interés para la historia de nuestra literatura dramática.

A principios, pues, de dicho año, Juan Muñoz, alcaide de la cárcel del Arzobispo, de esta villa de Madrid, en papel dirigido al vicario, dice que «denuncia y acusa criminalmente a Baltasar de Pinedo y a todos los de su compañía, porque con poco temor de Dios y menosprecio de los lugares sagrados, esta noche, sábado, han representado

(1) *La Garduña de Sevilla y anzueto de las bolsas*, capítulo II. Véase en *Autores españoles. Novelistas posteriores a Cervantes*, tomo II, pág. 171.

delante del Santísimo Sacramento, en las capillas mayores de las iglesias de los frailes de la Victoria y Peromostenses (*sic*) desta villa comedias y bailes profanos, con mucha nota y escándalo y pendencies que hubo por entrar a verlos representar, con muchas espadas desnudas; en lo cual han cometido graves delitos dignos de punición y castigo. Por lo que pido y suplico a Vmd. que, habida información, mande Vmd. prender al dicho Pinedo y demás personas de su compañía y condenarlas en las mayores penas en que han incurrido ejecutándolos en sus personas y bienes...» etc.

No lleva fecha este documento; pero fué decretado por el teniente de vicario, con la de «3 de hebrero de 1618», por auto mandando que se haga la información ofrecida. Y como el día 3 fué precisamente sábado, resulta que las representaciones se hicieron en la noche del mencionado 3 de febrero; en la misma noche se presentó la denuncia y fué admitida y decretada.

El convento de Mínimos de San Francisco de Paula, llamado de la Victoria, estaba en la hoy Puerta del Sol y ocupaba con su huerta y jardines un vasto terreno que comprendía desde la entrada de la calle de Carretas hasta la calle de la Victoria, en su línea principal; subía por la calle de la Victoria hasta la calle de la Cruz; bajaba por una callejuela estrecha (que es hoy parte de la calle de Espoz y Mina) llamada calle Angosta de los Majaderitos, y en ángulo recto se unía con la hoy de Cádiz y entonces Ancha de los Majaderitos, y doblando por la calle de Carretas se cerraba este enorme polígono en la esquina de la Puerta del Sol, incluyendo, como se ve, las dos grandes manzanas o agrupaciones de casas que hoy divide de abajo arriba, hasta la calle de la Cruz, la de Espoz y Mina, que entonces no existía (1).

Fué fundado este convento en 1561 por el padre Fray Juan de Vitoria, provincial de la orden de los Mínimos, con el auxilio del rey Don Felipe II que desde Toledo, y con fecha 15 de febrero de dicho año, escribió al Ayuntamiento de Madrid recomendándoles la pretensión del P. Vitoria, Como esto ocurría en el mismo año en que fué trasladada aquí la corte y como el barrio de la Puerta del Sol era entonces arrabal de la Villa, el Municipio se mostró pródigo con el suplicante, concediéndole terrenos que dentro de poco iban a ser de

(1). *Planos de Madrid*, desde el grande de Texeira, estampado en 1656. Los frailes fueron construyendo casas para arrendar alrededor de sus muros, según las crecientes necesidades originadas del aumento de población, de modo que en 1656 ya tenían casas la acera de la Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo, Carretas, etc. La iglesia y convento estaban contiguos a la calle de la Victoria.

los más apreciados; y por esta razón el convento fué pronto de los principales y su iglesia de las más frecuentadas y protegidas hasta por los reyes (1).

El convento de los Premostratenses de San Norberto ocupaba también un gran espacio entre las calles entonces «de los Premostenses», después de la Inquisición y hoy de Isabel la Católica; la del Rosal; las que llevaban a la sazón los pintorescos nombres de Salsipuedes, Enhoranialavayas y Aunqueospese, hoy desaparecidas, y la de las Beatas (hoy Grilo). Fué construido por la Orden en 1611 y tenía una iglesia muy espaciosa, en parte reedificada por Ventura Rodríguez en 1776. Fué derribada por el Gobierno intruso de José Bonaparte, así como el convento, sin por qué ni para qué, dejando los escombros y solares vacíos durante largos años, hasta que en tiempos modernos se ha construido la actual Plaza de los Mostenses y arreglado algo aquel sucio barrio (2).

Conocidos los lugares en que se habían cometido los «graves delitos», como decía el denunciante Muñoz, y antes de pasar adelante, diremos algo sobre los presuntos autores.

Baltasar de Pinedo fué uno de los principales *autores*, jefes o directores de compañías cómicas que tuvo España a fines del siglo xvi y las primeras decenas del siguiente. Ya aparece como autor en 1596 y sigue los años sucesivos, cada vez con mayor renombre, como recitante y como director de huestes cómicas. En 1602, estuvo en Córdoba y otros lugares de Andalucía; hizo los autos sacramentales en Sevilla y ganó la *joya* de 100 ducados de gratificación. Al año siguiente, en la reforma que de las compañías hizo el Consejo, quedó como uno de los ocho directores o autores de título real que podían representar en la Corte y principales ciudades de España. Por entonces le ensalzó Lope de Vega, en su *Peregrino* (3), diciendo:

«Baltasar de Pinedo tendrá fama
pues hace, siendo príncipe en su arte,
altos metamorfoseos en su rostro,
color, ojos, sentidos, voz y efetos.»

Desde 1605 falta poco de Madrid (4). En este año dió aquí 60 representaciones, interrumpidas antes de abril por tener que ir a Valla-

(1) Jerónimo de Quintana.—*Historia de la antigüedad, grandeza y nobleza de Madrid*, Madrid, Imprenta del Reyno, 1629, folio, págs. 417 y 418.

(2) *Varias Guías de Madrid*.

(3) *El Peregrino en su patria*, Madrid, 1604, fol. 198.

(4) En 1605 fué desde mediados de agosto a Valencia, donde estuvo cuatro meses.

dolid, donde estaba la corte, a representar ante los reyes. En 1606 y el siguiente hizo los autos del *Corpus* en Madrid y las octavas en Toledo y anduvo por diversos lugares del reino de Toledo, Esquivias e Illescas, después de haber cumplido con esta capital en cuanto a los autos. Hallámosle sucesivamente en Córdoba y Sevilla en 1609; en Sevilla hizo los autos. Después casi no falta de Madrid ningún año, con rápidas excursiones a Toledo y lugares comarcanos (1). Estrenó en 1617 la comedia de Vélez *El caballero del Sol*, en una gran fiesta que dió en su huerta el duque de Lerma, ministro y favorito de Felipe III.

Hay memoria de otros estrenos de obras hechos por Pinedo antes y después de esta fecha. En 1604, hallándose allí Lope de Vega, estrenó en Toledo su comedia *El gallardo catalán*, con ocasión de los festejos en honor del nacimiento del príncipe, después Felipe IV. Más tarde, *La Santa Liga*, del mismo Lope, quien al imprimirla puso en su encabezado: «Representóla Pinedo y a Selín famosamente».

Del conde de Lemos hizo su única comedia *La casa confusa*, acompañado del gracioso Baltasar Osorio y de la dama Mari Flores. El conde les regaló, entre otras cosas, los ricos trajes que les había mandado hacer para el estreno. De Tirso de Molina hizo *El celoso prudente*, mereciendo que el poeta le recordase al dar la comedia a la Prensa y llamase a Pinedo «Maestro entre los de su oficio»: hizo también su auto sacramental *El colmenero divino*, en 1621.

En 1619 estuvo algunos meses en Valladolid; vino luego a hacer los autos en Madrid y ganó la *joya*. El siguiente año hizo con mucho éxito en Madrid la comedia de Lope *El asombro de la limpia Concepción de María*. Fuese luego a Valencia, donde estuvo el resto del año y primeros meses de 1621; vino a la Corte para la fiesta del Corpus y se volvió a Valencia, donde permaneció hasta fines de agosto, y es la última noticia suya que tenemos.

Estaba casado desde fines de 1596 o principios de 1597 con Juana de Villalba, célebre actriz en el papel de dama, hija de Alonso de Villalba y Ana Romero y viuda reciente de Juan de Morales, muerto violentamente en Sevilla en 1594. Trájole alguna dote, y ellos adquirieron durante el matrimonio «unas casas» en la calle del Amor de Dios «enfrente de Antón Martín». No consta que tuviesen descendencia (2).

(1) A fines de 1611 se hallaba trabajando en Valladolid.

(2) Véanse las obras sobre el teatro de Pérez Pastor, S. Arjona, Ramírez de Arellano, Cortés, Merimée, etc. Obras de Tirso de Molina (*Cigarrales*, *Comedias* y *Deleitar aprovechando*).

Volvamos ahora al suceso que motivó estas ligeras disgresiones. Ante todo deberá observarse que el hecho de los atropellos y pendencias por entrar a ver las representaciones, prueba que el espectáculo era gratuito: el pueblo de Madrid es, y fué siempre, muy aficionado a esta clase de funciones. Los frailes o algún rumboso amigo suyo pagarían a los cómicos.

Nótese también que las comedias se hicieron de noche, al revés de lo que sucedía en los teatros o «corrales» públicos en que se representaba en pleno día; en invierno, desde las dos de la tarde y en verano desde las cuatro. Y si en éstos había con frecuencia escándalos y alborotos ¿qué no podría suceder en un lugar tan poco acomodado para oír la representación y de noche?

Comenzóse la información pedida por el vicario en el mismo día del hecho, celeridad por cierto significativa, certificando el notario eclesiástico Gabriel de Rojas, de que «hoy 3 del mes de hebrero a cosa de las nueve de la noche, estaban en el monesterio de Nuestra Señora de la Victoria desta villa Pinedo y su compañía representando en la capilla mayor de la dicha iglesia, de lo cual hubo mucha nota y escándalo. De lo cual doy fe, en Madrid, a 3 de hebrero de 1618».

En el mismo día o sea en la misma noche, el teniente de vicario, Licenciado Alonso de Illescas, mandó se notificase a Pinedo que «parezca ante su merced mañana, domingo».

Pero pasó el domingo sin novedad; y el lunes 5, el denunciante Muñoz se queja de que Pinedo no se ha presentado, y el juez provee «que se le mande comparecer dentro de veinticuatro horas, pena de excomunió mayor».

Sin duda que el comediante dió la callada por respuesta, porque el día 10 el notario «puso en la tablilla de los descomulgados de la iglesia de San Sebastián a Baltasar de Pinedo» y mandó al sacristán que lo publique.

Esta parroquia era la suya. El anatema debió de causar ruido porque el actor resolvió presentarse. El 10 se dicta un auto mandando tomarla la «confisión» a Pinedo. Comparece el mismo día y

«Preguntado si es verdad que en 3 deste presente mes el dicho Pinedo y su compañía representaron en Nuestra Señora de la Victoria desta villa, en la capilla mayor della la comedia de *Las paredes oyen* y cuantas personas eran las que representaron en ella; y si luego dicho día en la noche volvieron a representar en el monesterio de los Peromonsenses (*sic*) y que comedia fue.—Dixo que es verdad que este confesante y su compañía representaron en el monesterio de Nuestra Señora de la Victoria, en la capilla mayor della la comedia

de *Las paredes oyen* y que eran en todas las personas catorce y dos niñas que bailaron, no más; y que en los Peromostenses se hizo la comedia de *Los favores del mundo*, y entraron las mismas personas ezeto las niñas de los bailes: y esto es la verdad so cargo del juramento que hizo, y que este confesante no sabía que incurriese en pena ninguna que a sabello no lo hiciera y de aquí adelante no representará en nengun monesterio ni perroquia sin licencia de quien la pueda dar; y que es de edad de treynta y ocho años, y lo firmó.—
BALTASAR DE PINEDO. Ante mí, *Graviel de Roxas*.»

Algunos años se quitó de encima el buen Pinedo; porque, constando por otros documentos indubitados que en 20 de marzo de 1596 era ya «autor de comedias» o de compañías, que es lo que quiere decir, y firmando obligaciones de pago de deudas por sí, sin autorización de curador; y apareciendo ya casado con Juana de Villalba en 18 de marzo de 1597 (1), es probable o seguro que nacería varios años antes de la fecha que supone el tener treinta y ocho en 1618; si no es que hubo error al transcribir esta parte de la confesión y que Pinedo dijese cuarenta y ocho que serían los que tendría, en lugar de treinta y ocho.

Pero lo más importante de este documento es que nos da dos fechas ciertas para lo más tardío del estreno de las dos célebres comedias y para la biografía de su autor D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.

Teníase ya la fecha aproximada de ambas, consignada por don Luís Fernández Guerra, en su libro sobre la vida de Alarcón (2), deducida, en cuanto a la primera comedia, de ser algo posterior, aunque inmediata, a la publicación de *El Pasajero* (1617) de Suárez de Figueroa, al cual se intentaba contestar; y en cuanto a la segunda, de ciertos pasajes de ella, inspirados en la caída del duque de Lerma, deducciones infundadas y la segunda falsa porque la caída del duque no ocurrió hasta el 4 de octubre de 1618, y la comedia estaba ya representada, como hemos visto, el 3 de febrero del mismo año.

Por lo que toca a *Las paredes oyen*, hubo cierto manuscrito, al parecer autógrafo, en la biblioteca ducal de Osuna, hoy desaparecido porque no figura entre los adquiridos por nuestra Biblioteca Nacional, que compró posteriormente todo lo que no tenía de aquella preciosa librería (3).

(1) Pérez Pastor.—*Nuevos datos acerca del histrionismo español en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1901, 8.º, págs. 43 y 46.

(2) *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, Madrid, 1871, págs. 254 y 497.

(3) D. Antonio Paz y Meliá.—*Catálogo de las piezas de teatro que se conservan en el Departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional*, Madrid, 1899, 4.º No hay más que el manuscrito de *El Mentiroso*, que también procede de Osuna, pág. 330.

El citado manuscrito, si es que existe aún, contiene un reparto casi completo de los papeles de la comedia, por el que venimos en conocimiento de cuál era lo mejor de la compañía, que entonces acaudillaba Pinedo. A la cabeza de las damas estaba la ya entonces famosa y después mucho más, María de Córdoba, sobrenombrada *Amari-lis*. Hacía segundas y cantaba cuando era necesario María de Vitoria, casada con Luis Bernardo de Bobadilla, que estaba en esta compañía y hacía segundos galanes. Los primeros estaban a cargo del que pasaba entonces por ser el mejor recitante de versos, Damián Arias de Peñafiel, luego autor también de compañías famosas. Los graciosos hacía Pedro de Villegas, hombre de muy poca gracia fuera de las tablas y que daba una estocada aunque fuese a un hermano de D. Pedro Calderón de la Barca, como lo hizo no muchos años después. Las graciosas eran primorosamente representadas por Dorotea de Sierra, ya casada con el músico, que lo era de esta compañía, Juan Mazana. Gabriel Cintor, gran declamador y gallardo por su persona, hacía en esta compañía galanes terceros, aunque a veces suplía a Damián o a Bobadilla. Papeles secundarios hacían: *Frasquito*, los vejetes; Diego de Azúa, Francisco de Robles y Bernardino, cuyo apellido ignoramos (1), y otro músico llamado Bartolomé Navarrete, que, con el autor Pinedo, que haría papeles de barba y en esta comedia el de Marcelo, componen justamente las catorce personas que dice trabajaban en ella.

Además de éstas, por otros documentos fidedignos, consta que por entonces estaban también en la compañía de Pinedo, Andrés de la Vega, marido de la primera dama María de Córdoba, Jusepe Jiménez y su mujer Vicenta de Borja. Y aun habría más, pues una buena compañía no tenía entonces menos de cinco o seis damas y doce o catorce hombres (2).

En cuanto a que entonces fuese el verdadero estreno de dichas obras, es cosa que no puede asegurarse; pero sí que no serían comedias viejas, pues en tal caso, no habría tanta precipitación por verlas. Pudo suceder que por aquellos días las hubiese estrenado en los corrales públicos Pinedo y también que en las iglesias de la Victoria y los Mostenses fuesen oídas por primera vez. Lo que resulta indudable es que ni una ni otra son posteriores a 3 de febrero de 1618.

(1) Es probablemente el Bernardino Álvarez que perteneció sucesivamente a las compañías de Rodrigo Osorio, Domingo Balbín, Manuel Vallejo y Antonio de Prado, de 1613 a 1624.

(2) Pérez Pastor. — *Nuevos datos*, ya citados; pág. 162 y *Segunda serie* de los mismos Burdeos, 1914, 4.º, págs. 46 y 47.

Terminada la confesión de Pinedo se recibió el asunto a prueba, bien innecesaria, pues el culpado había reconocido el hecho; y sin que conste cuál se hubiese practicado, sigue un «Fallamos» del Licenciado Illescas, amonestando a Pinedo para que no represente en los monasterios ni iglesias sin licencia y mandado de quien lo pueda dar y condenándole en 3.000 maravedís, aplicados «mitad para los gastos de la guerra que S. M. hace contra infieles y la otra para el denunciador» y en los gastos del proceso. Lleva la fecha del 10 de febrero, día mismo de la confesión: todo iba rápidamente.

Pero como pasados tres días no viniese el condenado a satisfacer la multa ni las costas, de nuevo se colocó su nombre en la tablilla de los excomulgados en la puerta de la iglesia de San Sebastián.

Al día siguiente, 14, acude Juan Muñoz al tribunal quejándose de que Pinedo se niega a pagar la suma de maravedís a que está condenado, «antes se deja estar descomulgado, y representa y comunica con todos los fieles», y pide se le declare «por público descomulgado de participantes». Así fue acordado con fecha 15.

Pero antes ya Pinedo, con fecha 14, había recurrido ante el Consejo de Castilla con la siguiente curiosa exposición:

«Muy Poderoso Señor.—Baltasar de Pinedo, autor de comedias, digo que el teniente de vicario general me ha condenado en 3.000 maravedís por decir que yo con mi compañía representamos una comedia en el convento de la Victoria, *cosa que es costumbre hacerse y siempre se ha hecho* (1). Por tanto, ante V. Alteza parezco y me presento en grado de apelación y digo que el dicho teniente de vicario no es mi juez, por cuanto yo soy seglar, y verdaderamente hace fuerza a V. Alteza. Pido y suplico mande darme por libre y declarar que el dicho vicario hace fuerza en proceder contra mí; y pido justicia, &.—Otrosí: suplico a V. Alteza mande que el notario venga a hacer relacion.—Baltasar de Pinedo».

El Consejo admitió el escrito y mandó venir al notario eclesiástico a hacer relación del asunto.

Pero como el día 15 se había otorgado el anatema de participantes, y esto era cosa grave, pues prohibía en absoluto que nadie, ni aun su familia, comunicase con el excomulgado, éste, con fecha 17, recurrió también al Consejo contra estas censuras, y se le mandó absolver, por término de diez días, mientras no se viese la causa.

Sin duda, temiendo el mal éxito de su denuncia, el mismo día 17

(1) Véase otra prueba de lo frecuente que era esta práctica abusiva.

vuelve Muñoz a la carga diciendo que se ha omitido al hablar de las representaciones «la parte de escándalo que hubo en los monesterios de la Victoria y Peromostenses desta villa; *de cuchilladas que los frailes de la Victoria tuvieron con seglares*, y en los Peromostenses muchas mujeres y hombres (*parece faltar aquí algo*) y conversaciones y voces escandalosas, que fue fuerza ir el señor Alcalde Sancho Flores a remediarlo, como lo hizo su merced, a más de las doce de la noche». Pide hacer nueva información y que se junte con la anterior para que todo se lleve al Consejo adonde está presentado el dicho Pinedo. Así fué acordado.

Sin fecha, pero quizás el 26, comparece de nuevo Muñoz ante su juez ordinario diciendo que han pasado los diez días de absolución sin que Pinedo se haya presentado a pagar. Pero como no dice el resultado que tuvo el pleito ante el Consejo, sólo podemos presumir que no había prosperado el recurso de fuerza y que Pinedo sería condenado en los términos formulados por el vicario.

En efecto, el 28 de febrero este juez dicta un auto declarando que había transcurrido el término «en que había sido absuelto Pinedo, y dixo que mandaba y mandó que el dicho Baltasar de Pinedo, autor de comedias, sea preso y puesto en la cárcel real desta corte, y para ello se lleve este proceso a uno de los señores Alcaldes desta corte para que manden impartir su auxilio y brazo seglar para que un alguacil de corte en compañía del fiscal lo pongan preso». Sigue la orden a los alguaciles, con rúbrica, y nota de las costas del proceso, que ascienden a 720 reales y acaba el expediente.

EMILIO COTARELO.

Real Academia Española.

LA VIDA MADRILEÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV

II

PASEOS Y JIRAS CAMPESTRES

1.—Los alrededores de Madrid

En otro artículo de esta REVISTA (1) hice observar en pormenor que la capital de las Españas, vista por dentro, nada tenía de suntuosa.

Tampoco los alrededores que la circundaban, por lo desnudos, pobres y miserables, en general, eran propicios a la sospecha de que aquel apiñado y desigual caserío, dominado de lejos por las torres del Alcázar y los infinitos campanarios de iglesias y monasterios, era la Corte de una gran monarquía.

Los terrenos en que estaba enclavado Madrid abundaban, hacia el siglo xv, en cursos de agua y en vegetación. Cubríanles fértiles praderas y huertas, montes espesos poblados de árboles, por donde triscaba numerosa caza menor y mayor; robles, encinas, pinos, castaños, nogales, madroños y avellanos, que refrescaban la atmósfera y suavizaban los rigores del Guadarrama. No en vano el escudo de la Villa ostenta un oso y un madroño.

Pero de esa riqueza forestal, y de la consiguiente salubridad de su clima, fué despojada a partir del siglo xvi, en que, para instalar la corte, ensanchar la población y construir viviendas, dependencias y enormes casas nobiliarias de recreo, fueron talados los montes y abandonados los campos, con lo cual, un siglo después, las cercanías de Madrid, en su mayor parte, eran sitios desolados y yermos.

Los extranjeros que se acercaban a la Corte solían reflejar en sus escritos análoga impresión de desencanto. «Antes de llegar — escribe Mme. d'Aulnoy—atravesamos una arenosa llanura de cerca de cuatro leguas, llena de baches y hoyos, donde se hundían con frecuencia las carrozas; todo el campo es árido y desnudo; apenas algún árbol se levanta sobre la seca tierra» (2).

Lo propio viene a decir Brunel, ponderando la escasez de árboles, abun-

(1) Número IV, octubre de 1924.

(2) *Relación de su viaje*, ed. castellana, pág. 94.

dancia de polvo y piedras, y falta de cultivo, que caracterizaban a los alrededores matritenses (1). Éstos no diferían del resto de España en abandono y descuido. Aldeas mezquinas eran sus pueblos próximos, sórdidas ventas sus albergues, montones de fango o de polvo sus caminos. Sólo el mayor tráfago de trajinantes—buhoneros, mendigos, hampones y hombres y mujeres del campo, que, caballeros en jumentos o guiando destartalados carretones, conducían pan, vino, legumbres y otros víveres—daba, con su rumor de colmena en las inmediaciones de las cercas, puertas y portillos que rodeaban Madrid, la impresión de proximidad a un centro populoso.

Sin embargo, entonces como ahora, había considerable diferencia entre las regiones N. y E., verdaderos eriales (salvo en el recinto del Buen Retiro, fabricado por aquellos días), y las salidas por los puntos del O. y el S., que fertilizaba y alegraba el Manzanares.

La escasez de agua de este modesto río contrastaba con las grandezas cortesanas, a cuyo lado corría, y con la fábrica majestuosa de la puente segoviana, levantada por Juan de Herrera unos años antes, para cruzar sobre su imaginaria corriente. De aquí la sátira habitual de los poetas españoles, y aun de los visitantes transpirenaicos de aquel siglo, contra el Manzanares, que, si se coleccionaran, formarían antología curiosa. En verdad que más había en él arenas que agua, y por eso fué utilizado para lugar de paseo, por el que circulaban peatones, caballos y carrozas, como por las alamedas del Prado.

Así, el conde Juan de Rhebner, embajador de Alemania, decía del Manzanares que gozaba de una prerrogativa rara vez otorgada a los demás ríos sus congéneres: la de ser navegable a caballo y en coche por espacio de cuatro o cinco leguas.

Brunel, ponderando la pequenez del Manzanares, dice que «su nombre es más largo de lo que él es ancho» (2).

«Cuando los viajeros llegan al Puente de Segovia—añade Mme. d'Aulnoy—suelen reírse mucho, pareciéndoles ridículo que se haya construído un puente tan hermoso y tan largo sobre un cauce sin agua, y alguno ha escrito con gracia que aconsejaría la venta del puente para comprar agua con el producto» (3). Otros solían decir: «Este puente espera al río como los judíos al Mesías» (4). Vélez de Guevara traza este diálogo respecto al Manzanares: «...—Se llama río porque se ríe de los que van a bañarse en él no teniendo agua, que solamente tiene regalada arena, y pasa el verano de noche como río navarrisco, siendo el más merendado y cenado de cuantos ríos hay en el mundo—. El de más caudal es, dijo D. Cleofás, pues lleva más hombres, mujeres y coches que pescados los dos mares» (5).

(1) *Voyage d'Espagne.*

(2) Obra cit., cap. VII.

(3) Obra cit., pág. 131.

(4) Alcide de Bonnacase.—Véase G. Mercadal. *España vista por los extranjeros*, tomo III, pág. 148.

(5) *El Diablo Cojuelo*, tomo VIII.

Ingenios de la época tan altos como Lope y Calderón empleáronse en denostar al riachuelo matritense.

«Más agua trae en un jarro
cualquier cuartillo de vino,»

dijo de él Quevedo. Góngora le dedicó esta frase menos limpia:

«Bebióte un asno ayer y hoy te ha m...»

Tirso de Molina le consagra un largo romance en *Los cigarrales de Toledo*. En él se lee:

.....
«No os corráis, el Manzanares:

mas ¿cómo podéis correrros,
si llegáis tan despeado
y de gota andáis enfermo?

Según arenas criáis,
y estáis ya caduco y viejo,
moriréis de mal de orina
como no os remedie el cielo.

.....

Título de venerable
merecéis, aunque pequeño,
pues no es bien, viendoos tan calvo,
que os perdamos el respeto.

Como Alcalá y Salamanca
tenéis, y no sois colegio,
vacaciones en verano
y curso sólo en invierno.»

.....

Pero ese curso, de que se burla el poeta mercedario, se desbordaba en ocasiones, como ahora, inundando los campos vecinos y «arrastrando cuanto a su paso encuentra» (1).

Si el Manzanares no es, en verdad, el Ebro ni el Guadalquivir, a su riego saludable debió la población madrileña el poseer las alegres vegas meridional y occidental, regalo de los habitantes de la Corte y centro casi único de su expansión en el siglo xvii.

Los próceres de más alta alcurnia, en la fronda deleitosa de sus márgenes construían posesiones de recreo, denominadas entonces *Retiros y Floridas*, provistas de jardines y huertas. El paseo llamado hoy por antonomasia *la Florida*, que va desde la Estación del Norte a la Puerta de Hierro, era entonces una espléndida huerta, propiedad de los duques de Alba.

(1) Mme. d'Aulnoy.—Obra cit., pág. 134.

«La Florida—escribe Mme. d'Aulnoy—es una residencia muy agradable, cuyos jardines me han gustado mucho; vi en ellos estatuas de Italia, esculpidas por la mano de los mejores maestros; aguas corrientes, que producen agradable murmullo; flores hermosas, cuyo aroma encanta los sentidos, pues allí se cultivan cuidadosamente las más raras y las más odoríferas. Desde la Florida puede bajarse al Prado Nuevo, donde hay surtidores y árboles muy elevados; es un paseo en extremo agradable, y aunque no es llano el terreno, la cuesta se hace tan dulce que no produce ningún cansancio» (1).

Las inmensas arboledas de la Moncloa constituían una posesión de los arzobispos de Toledo. El Palacio de allí, construido en el siglo xvii, pertenecía al marqués de Liche, hijo de D. Luis de Haro y autor de un famoso atentado contra el rey. Y había otras posesiones, como las Minillas, Buytrera, etcétera, pertenecientes por lo general a ilustres linajes, y de las que desaparecieron modernamente los edificios, subsistiendo sólo los huertos. No pocas praderas y arboledas eran de público acceso para el vecindario.

La más frecuentada, por su proximidad, solía ser el llamado Campo del Moro, que estaba donde hoy el Parque de Palacio, descendiendo desde el Alcázar al Puente de Segovia. Era entonces un lugar silvestre e inculto, del cual dice el coetáneo Brunel:

«Se podría hacer un hermoso jardín de un bosque que no sirve sino de guarida a algunos conejos, y de nido a algunas cornejas que Carlos V hizo traer allí desde los Países Bajos» (2).

Más lejos, pero también en las inmediaciones del río, había otros puntos de expansión popular, tales como los sotos de *Luzón*, de *la Villa* y de *Migas Calientes*; el *Sotillo*, la *Pradera del Corregidor* y la de *San Isidro*, con su ermita donde está la actual; lugares todos ellos de romerías y fiestas populares, que en otro artículo estudiaremos.

También en aquella dirección los sitios reales se hallaban cercanos a la Villa. El más próximo era la *Casa de Campo*, adquirida ya por Felipe II, y que en el siglo xvii tenía menor amplitud que hoy y estaba apenas cuidada.

A Brunel, que la visitó, no le pareció bien, por cuanto escribe: «Es un mezquino lugar de recreo, donde no hay sino algunos hermosos paseos de árboles en un bosque» (3). Pero la impresión de Mme. d'Aulnoy es más favorable: «La Casa de Campo—escribe esta viajera—no es muy grande, pero está bien situada cerca del Manzanares; los árboles son allí muy altos y ofrecen agradable sombra; el agua no escasea y corre apaciblemente hasta llegar a un estanque rodeado por grandes encinas... Este lugar, bastante abandonado, tiene casa de fieras, donde he visto leones, osos, tigres y otros animales feroces, que se aclimatan bien en España. Van a pasearse por la Casa de Cam-

(1) Obra cit., págs. 134 y 135.

(2) Obra cit., cap. VII. El consejo de Brunel ha sido atendido en nuestros días por la reina regente Doña María Cristina de Hapsburgo, a quien se debe el espléndido jardín real construido allí. Desde su transformación, ha dejado de ser lugar público.

(3) Obra cit., cap. V.

po los soñadores de oficio y las damas que desean andar por lugares escasamente concurridos» (1).

Era, pues, el mencionado parque por aquel tiempo un paseo accesible al vecindario de Madrid, con más o menos restricciones.

Más allá se extendía, como ahora, el Real Sitio de El Pardo, adonde Felipe IV, en 1636, hizo construir residencia adecuada para las reales personas, de lo cual dan directa referencia las *Noticias* publicadas por el Sr. Rodríguez Villa. «El sitio de la Torre del Pardo, que por todas partes descubre tan hermosa vista, ha convidado a S. M. a mandar labrar en él casa bastante en que alguna vez pueda aposentarse. El señor Marqués de las Torres entiende en la obra y en juntar dineros para este efecto, vendiendo oficios, naturalezas y andando en otros arbitrios» (2).

Resulta, pues, que de entonces data la residencia frecuente de los reyes en El Pardo, y que su construcción fué tan trabajosa en punto a recursos económicos como todas las de aquel apuradísimo reinado.

Mme. d'Aulnoy, que vió en 1679 terminada aquella obra, la dedica estas palabras de elogio: «Su fábrica es muy hermosa: como todas las demás de España; es decir, un cuadrado de cuatro cuerpos separados por grandes galerías de comunicación, las cuales están sostenidas por columnas. Los muebles no son magníficos, pero hay buenos cuadros, entre otros los de todos los Reyes de España, vestidos de una manera singular» (3).

En las inmediaciones de El Pardo había otra posesión palatina: la Casa de Campo, con honores de palacio, que hizo construir el cardenal infante don Fernando, hermano del rey, a la que se dió el nombre de *la Zarzuela*.

En aquella posesión, según Mme. d'Aulnoy, «hay algunas habitaciones bastante frescas para que descansen los Reyes cuando regresan de una cacería» (4).

II.—El Manzanares centro de solaz cortesano

Las gentes deseosas de aire más puro y más libre esparcimiento que los que podían brindarles la abarrotada calle Mayor o las entecas alamedas del Prado, solían pasear por las cercanías matritenses, y de modo especial por las más amenas y umbrosas: las que regaba el Manzanares.

El Campo del Moro, por ser un paraje desierto a ciertas horas, solía ser el punto preferido por los duelistas (tan abundantes en la corte de Felipe IV) para ventilar allí sus querellas. Pero en las noches de estío y en las mañanas de abril y mayo, era frecuentado por los paseantes, y, en especial, por las

(1) Obra cit., pág. 134.

(2) *Noticias de Madrid de 10 de enero de 1636*. Rodríguez Villa, *La Corte y la Monarquía de España*, etc., págs. 5 y 6.

(3) Obra cit. pág. 247.

(4) Obra cit. pág. 135.

parejas amorosas y por las niñas casaderas, que buscaban la vecina fuente de hierro para curar con aquellas aguas salutíferas el mal de sus *opilaciones*, precursor del moderno histerismo, y cuya mejor farmacopea solía ser algún galán decidido al matrimonio.

Lope, en *El acero de Madrid*, poetizó la generalizada costumbre entonces de tomar las doncellas el acero, y Calderón, en su comedia *Mañanas de abril y mayo*, puso el Campo del Moro como escenario de románticas escenas de amor.

Próximo a él se hallaba la famosa *Tela de justar*, campo de deportes, donde los caballeros probaban su destreza domando un potro, corriendo una sortija, quebrando una caña o rejoneando un cornúpeto.

El viajero francés Bertaut, al describir los dos paseos que entonces contaba Madrid, y después de referirse al Prado, escribe: «El otro se halla en el otro extremo de la villa y va descendiendo hasta la pradera que forma el arroyo del Manzanares, por cuya arena se pasean las carrozas. Éste es más agradable que aquél. En su pendiente hay una avenida de olmos y varias fuentes que echan agua» (1). Brunel refiere igualmente que en el seco y arenoso cauce del río se efectuaban carreras de carrozas en los meses de junio y julio (2). «Con frecuencia—escribe Mme. d'Aulnoy—se reúnen más de 2.000 carrozas» (3).

Claro es que de este número no será imprudente rebajar algún cero, teniendo en cuenta la lente amplificadora, al través de la cual describe sus impresiones esta viajera.

El vilipendiado arroyo de Madrid gozaba en la estación estival, no sólo de la visita de las más encopetadas gentes, sino del privilegio de ocultar sus exigüos charcos náyades y ondinas, en forma de lindas madrileñas, que acudían allí a refrescar sus carnes de nácar, y triscaban después en alegres juegos por las orillas de escasa vegetación, como ovejas revoltosas, atrayendo a veces con su presencia a no pocos curiosos del sexo feo, ávidos de sorprender algún descuido en las ninfas del Manzanares.

El conde y poeta italiano Fulvio Testi, que visitó España en tiempo de Felipe IV, dice de nuestro río: «Es pobre de agua, pero riquísimo de mujeres, porque en la estación más cálida van allí a lavarse casi todas las mujeres de Madrid, que allí se exponen a la vista de cualquiera, del menos curioso espectador» (4).

Según Alcide Bonnacase, abundaban en las noches veraniegas las muchachas que iban a bañarse al río, «donde la obscuridad les es tan favorable, que su rostro, que podría enrojecer por su desnudez, es la parte de su cuerpo menos reconocida y donde el más mudo y el menos escandaloso de todos los sentidos, que es el del tacto, desempeña el principal papel con una libertad

(1) *Journal du voyage d'Espagne*, capítulo *De la façon de vivre, etc.*

(2) Obra cit., cap. VII.

(3) Obra cit., pág. 169.

(4) V. García Mercadal. Obra y tomo cits. págs. 96 y 97.

tan grande y tan segura, que a menudo el fraile se choca con la señora, sin que al día siguiente se reconozcan en la iglesia» (1).

Es claro que en los relatos de estos dos viajeros ha de tenerse en cuenta la exageración con que acostumbran a pintar las costumbres de nuestro país.

Sin embargo, autores españoles nos describen igualmente el desenfadado femenino en las riberas del río madrileño, de tan acreditado historial galante. Según Quevedo, veíanse allí:

«en verano y en estío,
las viejas en cueros muertos,
las mozas en cueros vivos».

III.—Diversiones en campos y jardines

Disfrutaban los madrileños de otros lugares de solaz, tales como el Campo de Leganitos, «donde las calurosas noches del estío concurren muchas damas y caballeros a gozar del fresco que poco falta de aquel lugar, con la vecindad del altivo puerto de Guadarrama» (2).

También los días soleados de invierno eran ocasión para paseos campes-
tres a distintos puntos de las cercanías.

Zabaleta nos ha dejado memoria de tales excursiones, que daban motivo a la expansión y al galanteo.

... «Salen al campo por partes diferentes damas y galanes—escribe—de la forma que corren al mar los ríos, tan de la misma forma que corren a su perdición. Siéntanse las damas y sosiegan el paso los galanes. Ellas, sentadas, toman mejor la semejanza de flores porque la toman en la estatura: ellos andando cerca de ellas y hablándolas como en susurro, imitan mucho a las abejas. Está, pues, el campo, que dora y calienta el Sol, salpicado de mujeres sentadas. Muchas con los pañuelos sobre el manto.

»... Las basquiñas, derramadas por el suelo, forman una pompa apacible. Acomodándose el guardapiés medroso por un lado, embarga matizado la vista. Vase acercando con pasos lentos un joven lucido y da la atención a tantas cosas como allí se la piden. Ve a la mujer que le mira a la cara, y defiende la cara con la estufilla. Ya se ve la fuerza que hacemos contra lo vedado: porque ella la oculta, le da ansia de verla. Párase el mozo y empieza la conversación. Las más veces falta la discreción en estos principios; mas la mujer no quiere más que principio para la conversación. A breve rato, o porque se le cansa el brazo, o como que se le cansa, le acuesta en la basquina. Ya queda el rostro libre. O por lo hermoso, o por lo aliñado, o por de mujer, siempre tiene la primera vista gustosa. Queda el mozo agrado del suceso.

(1) V. García Mercadal. Obra y tomo cits., pág. 150.

(2) Castillo Solórzano. *El disfrazado*.

Empéñase más en la conversación. Llega un mendigo pidiendo limosna. Al hombre le parece que cae en desaire si le envía sin alivio, y dale una moneda de valor pequeño. El no hace aquel socorro por dar limosna, sino por dar a entender que tiene qué dar... Apártase el pobre y prosigue la conversación gustosamente. La mujer, para despedirse, dice que vive lejos, y para decir que vive lejos, dice dónde vive. Él queda con esta noticia, que ordinariamente produce culpa» (1).

* * *

Los que deseaban merendar al raso, pero con más recogimiento y reserva de los que el campo ofrecía—y eran sobre todo quienes iban dulcemente acompañados—, preferían refugiarse en jardines públicos, dispuestos para tales menesteres, donde se servían meriendas succulentas, sazonadas con vino de lo añejo.

Es también Zabaleta, el costumbrista insustituible de aquella época, el que nos describe tal uso en un capítulo especial de su libro. Oigamos sus palabras: «Conciertan para el mes de mayo cinco amigos juntarse en un jardín la tarde de un día de fiesta. Encárgase de un plato para la merienda cada uno. Entran a quitarse las capas y espadas en una sala que hay con sillas, bufetes y pinturas. Las sillas, las que sobran en la casa de su dueño. Los bufetes, los que bastan. Las pinturas, las que son de allí naturales: fábulas, mujeres y hombres desnudos.

»... Dividense de dos en dos por las calles del jardín, y el risueño anda de unos en otros... Allí se mira el tulipán, que no parece flor, sino ramillete. Allí la clavellina, con pintas de sangre... Allí el jacinto, hecho de menudos pedazos de cielo... Allí el clavel, con su misma fragancia, abochornado, y allí la azucena, copa de plata en que bebe el sol aljófara y en que bebe aromas el aire.»

Describe rosales y naranjos, grutas y fuentes, yedras, enredaderas y emparrados. Para animar a los reunidos, llega «la madre Leonarda», «vieja acarreadora de vicios», que está con tres sobrinas postizas. «Ya sonaban en un comedor cubierto de jazmines. Este ruido fué muy gustoso para las mujeres, por indicio de que no era de todo punto inútil la tarde... Encendióse la conversación en deshonestísimas palabras... Llegaron a la mesa y sentáronse, ladeándose los hombres con aquella mujer que apetecían. Sentóse Leonarda en la cabeza de la mesa (que hay culpas tan dichosas que gozan el premio de los méritos) y uno de los hombres, que estaba ocioso porque no había mujer que le ocupase, empezó a hacer platos. Comían de dos en dos, y una de las mujeres estaba algo desapacible con las caricias del que la galanteaba. Cansóse Leonarda y dijo: ¡*Muchacha, no seas tonta, que Juan merece mucho y lo*

(1) *El día de fiesta por la tarde*, capítulo *El paseo común*.

hará muy bien contigo!... ¡Bien haya Luisita, que roba con su agrado los corazones! Despertaron las ensaladas el apetito, y el vino la sensualidad. Con ansia se comía, con libertad se obraba. No parecían sino animales de la piara de Epicuro... Anocheció, acabose la merienda y volvieron a derriamarse por las calles del jardín» (1).

IV.—La Huerta de Juan Fernández

Uno de los lugares preferidos para merendonas y fiestas por la gente de buen tono era la famosa *Huerta de Juan Fernández*, situada a la entrada del Prado de Recoletos, donde hoy está el Ministerio de la Guerra; lugar inmortalizado por Tirso con su comedia de aquel nombre, y famoso por su amenidad, sus paseos y bosquesillos, cenadores y terrazas, no menos que por ser teatro frecuentemente de múltiples escenas de amor y celos, odios y pendenencias, murmuraciones y conjuras, y, en general, de todo pasatiempo para lo más aristocrático y alegre de la sociedad madrileña.

Juan Fernández, regidor de Madrid bajo los reyes Felipe III y IV, vió desmembrada su posesión en 1620 por el Municipio, que se incautó de parte de ella (2) para ensanchar el Prado de Recoletos, indemnizándole. Pero aun su huerta célebre tenía suficiente amplitud para el esparcimiento de los que a ella concurrían. Desde entonces estaba dividida en dos partes: una, interior, adonde sólo entraban los dueños y personas por ellos autorizadas, y otra, exterior, que servía de paseo público anexo al de Recoletos y a la que se denominaba también Huerta de Juan Fernández. Pero la parte típica siguió siendo la reservada, especie de campo de recreo, a la que referiremos los sucedidos que van a continuación:

Era aquel sitio el predilecto por las damas de alto copete, tales como las duquesas de Lerma y Córdoba, Arión, Béjar y Medina de Rioseco; las marquesas de la Laguna, Ensenada, del Carpio, Mondéjar, Tabara y del Valle; las condesas de Linares, de Campo Alange, Lemus, Alba de Liste, doña Ana Mendoza de la Cerda, esposa de Villamediana, y tantas otras. Allí se solemnizaban con banquetes o jiras, las bodas de rumbo, como las del marqués de Villena y el conde de Palma, celebradas el mismo día, de las cuales fué madrina la esposa del conde-duque, y que dejaron fama en aquel lugar por su esplendidez.

A diferentes y sonados lances nocturnos dió ocasión la Huerta de Juan Fernández, y en aquel jardín, y por sus aristocráticas concurrentes, se fraguó una conspiración femenina contra el poderoso favorito, manifestándose en terrible silba, propinada a su mujer, al salir un día de la ermita de San Blas, en compañía de los reyes.

(1) *El día de fiesta por la tarde*, capítulo *El jardín*.

(2) Así consta en el libro de acuerdos del Concejo de Madrid.

Durante la velada de San Juan de 1624, celebrábase animadamente la tradicional verbena en la Huerta de Juan Fernández, adornada con farolillos venecianos. Un tropel de jóvenes calaveras que allí se hallaban, observando la ausencia de las meninas y damas de Palacio, se encaminó en su busca al Buen Retiro, asaltando sus tapias; y después de requebrar a las ausentes y departir con ellas en plática gustosa, volvió a la Huerta jactándose de su atrevimiento. Pero la policía real avisó al monarca, el cual se encolerizó con los audaces que habían profanado su dominio particular, contraviniendo la prohibición de entrar en tal recinto sin especial licencia; y una banda de alabarderos detuvo aquella misma noche en la Huerta a los intrusos, entre los que se hallaban el duque del Infantado, D. Baltasar de Zúñiga, hijo del marqués de Mirabel; los marqueses de Palacios, Povar y Cerralbo, el conde de Oñate y D. Juan Gaviria, caballero de S. M. Todos fueron arrestados, y al día siguiente se les desterró de Madrid, aunque poco después el rey los perdonó, cediendo a reiteradas súplicas de damas principales (1).

La Huerta de Juan Fernández o Huerta del Regidor, como también se la decía, desempeña, pues, un papel preferentísimo en la Corte caballeresca de Felipe IV.

Era el paraíso de la juventud alegre y retozona, especialmente en las tardes de primavera y en las noches estivales. Sin la solemnidad palatina del Buen Retiro, pero con el *marchamo* del buen tono, con la intimidad de lugar cerrado y el encanto del césped, el arbolado y las flores, lo mismo ofrecía sitio para fiestas de concursos numerosos, como ocasión propicia a las parejas, a quienes convenía comer en la intimidad del cenador o extraviarse entre la fronda del sendero apartado.

Allí se servían meriendas y refrescos, se jugaba y se bailaba al aire libre, matábase el tiempo cantando canciones de moda, proponiendo charadas y enigmas, recitando versos, leyendo novelas en voz alta o despellejando al prójimo como en los *mentideros*. Se comentaba la actualidad, se murmuraba de los gobernantes, se hacían chistes, se reía, se amaba y se gozaba de la vida. Allí nacían *flirts*, se consumaban aventuras y rendíase más de una virtud entre sazónadas viandas y vinos chispeantes. Allí también se solventaban querellas entre los cortejos de la misma dama o los esposos ofendidos que veían en aquel punto zozobrar o naufragar su honor.

Tal fué la Huerta de Juan Fernández, mezcla de *Bombilla* y *Parisiana* de aquel siglo, y a la que su elegante cronista y evocador Ricardo Sepúlveda da el nombre de el *Decameron madrileño*, echando a volar la peregrina idea de que la memoria de tanto «idilio anacreóntico perdido entre matorrales» y el hecho de que allí «lucieron sus galas y hermosura las mujeres más célebres de la corte de los Felipes» debían perpetuarse con un obelisco y un rótulo

(1) Así lo refiere Ricardo Sepúlveda en *Antiguallas*, capítulo *La Huerta de Juan Fernández*, animadísimo cuadro de aquel paraje y de sus frecuentes escenas. No conozco más directa referencia del caso; y extraño la fecha, por no inaugurarse la residencia del Buen Retiro hasta 1830, aunque antes fuesen a veces allí las reales personas.

conmemorativo en letras de bronce, que invitase a los distraídos transeúntes a dedicar un recuerdo o una oración a tantos españoles como gozaron o soñaron en aquel lugar «cuando era Retiro y lugar de delicias» (1).

* * *

Madrid se divertía, pues, de lo lindo, dentro y fuera de su casco, aun en los días de la vida cotidiana.

Pero éstos eran contadísimos por el número incalculable de fiestas religiosas y civiles, cortesanas y populares, que daban a cada paso ocasión para renovados bullicios y extraordinarios holgorios. A rememorar tales esparcimientos dedicaré los artículos próximos.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

Universidad de Valencia.

(1) Obra cit., pág. 69 a 71.

EL MADRID DE CALDERÓN ⁽¹⁾

III

Existe en la Biblioteca Nacional de Madrid un precioso libro manuscrito, de letra del siglo XVIII, en cuya portada se lee lo siguiente: *Estos Sainetes son de los dos mejores yngenios de España, Don Pedro Calderón y Don Agustín Moreto, los que no se han impreso porque lo rehusaron sus autores.* (Ms. 16.291.)

Copiados y preparados por mí estos sainetes para darlos a la imprenta, creo que hago bien en adelantar la publicación de los que encajan en el cuadro de este trabajo, pues al lado de las otras obritas de la misma índole estarán mejor situados para ser entendidos y valorados.

Empezaré por un *Baile de las Calles de Madrid*, distinto completamente del de Quiñones de Benavente y del de Bernaldo de Quirós. Se halla en la pág. 65 del Ms. citado; aparece en el *Catálogo* de Paz y Melia con el número 474, y fué desconocido del *Catálogo* de La Barrera, hoy publicado.

Imposible decidir sobre el autor si es Calderón o es Moreto. Tal vez la agilidad de la frase conceptista y la rapidez de la acción sean más propias de este último. En todo caso cabe afirmar que es pieza de pleno siglo XVII, y nada impropia de los autores a quienes se atribuye. Creo que el primer paso indispensable para resolver esta cuestión de paternidad es publicar la obra, a lo cual procedo sin más prólogo.

(1) Vid. los números V y VI de esta REVISTA.

I,

BAILE DE LAS CALLES DE MADRID

(*Salen los músicos. Cantan:*)

De las calles de Madrid
un baile intentan hacer
cuatro mozuelas que estafan
a todo amante novel.

PRIMERA. Alarma, alarma, zagales,
esclavas del interés,
porque un Alcón fugitivo
de pluma lleva los pies.

SEGUNDA. (*Sale.*) En vano es acometelle,
que se defiende tan bien
que ninguna sus escudos
los puede echar al través.

TERCERA. Embestisle con finezas,
y así las cuatro veréis
como estas cuarenta uñas
barriendo van su poder.

GRACIOSO. (*Sale.*) ¡Que me pidan por las calles
cuantas mujeres me ven,
y rodeando por no darlas
venga a parar en *la Red!* (1).

(1) La Red de San Luis compartía con otros lugares madrileños la reputación picaresca que vemos le da Salas Barbadillo en este pasaje:

«Los de la profesión y arte que se lee en las escuelas del Rastro, Panadería, Plazuela de Santo Domingo, Puerta del Sol y Red de San Luis, nunca andan más vestidos que cuando desnudos.»

(Salas Barbadillo, *El Caballero Puntual*, ed. Madrid, 1909, pág. 53.)

Otro costumbrista de la época nos informa de cierta forma de construcción que algunas casas de este sitio adoptaron, a tenor de las conveniencias de la época. Dice Castillo Solórzano de unas señoras que andaban en lenguas de vecinos, que se fueron «a vivir a la Red de San Luis, en una *casa a la malicia*, que tomaron solo por no tener vecinos que las registrasen».

(*La Nina de los embustes*, ed. Madrid, 1906, pág. 61.)

El carácter nada recomendable de la gente que merodeaba en esta encrucijada, explica que en boca de aquel *gran tacaño*, que hoy decimos golfo, pusiera

¿Quién se vió en mayor desdicha?

¿Quién en tal confusión, quién?

Que para aquestas damas

seré la *la calle del Pez* (1).

PRIMERA. (Cara a cara.) Venga. ¿Qué quiere?

GRACIOSO. Señoras,

yo ¿qué tengo de querer

Quevedo estas palabras: «Señaláronme por cuartel para buscar mi vida el de San Luis.»

(*Vida del Buscón*, ed. *La Lectura*, pág. 167.)

Tan popular sitio sirvió a nuestros autores dramáticos repetidas veces para aposentar a los personajes de sus fábulas; así Lope puso allí la vivienda del conde que sale en *La Bella Malmaridada* (act. II) y Tirso colocó en el mismo sitio la casa de Doña Clara, la de *Don Gil de las calzas verdes* (act. III). Otras veces es la Red de San Luis punto de encuentro de estos mismos personajes; así Moreto hace decir al Don Fernando de *El Parecido en la Corte*, act. III:

«Apenas el día sale
cuando en la Red de San Luis
queriendo pasar al Carmen
a Don Félix de Guzmán
encontré, mi amigo grande.»

(Rivad. pág. 326-c.)

De la venta de pan que en este sitio tenía lugar, nos da noticia Francisco Santos en su libro *El Escándalo del Mundo* (Pamplona, 1696, pág. 69) y Salas Barbadillo en su *Caballero Puntual* (Madrid, 1909, pág. 44).

Concluyamos diciendo que el juego de palabras que leemos en este *Baile*, ya había sido explotado por Tirso de Molina en los versos siguientes:

RICOTE. «Si a la Red de San Luis
vivimos, y en una red
pesca el demonio por uso
tanto perdido mancebo,
¿qué se espanta, si por cebo
una merluza me puso
que pícase en el anzuelo?»

(Tirso, *El Caballero de Gracia*, act. III; N. B. A. E., t. IX^a pág. 385.)

(1) Con el nombre de esta calle jugó también Quiñones de Benavente en su *Entremés de las calles de Madrid*. Dice aquella conceptista Doña Costanza que ella vive

«En la del Pez, si es día de pescado,
y en la del Negro, si éste es presentado.»

(N. B. A. E., t. XVIII, pág. 791-b.)

- a la *calle de las Postas* (1),
si ando todo el año a pie?
PRIMERA. Dadnos algo por su vida.
GRACIOSO. Yo no entiendo, por mi fe,
porque a la *calle del Sordo*
me mudé más ha de un mes.
SEGUNDA. (*Cruzado.*) Sea liberal con las damas.
GRACIOSO. Aunque quiera no podré;
que por la *calle de Francos* (2)

(1) De esta calle hemos dicho que era el gran almacén de Madrid en el siglo xvii. Véase cómo una figura de mogiganga representaba la calle de las Postas en la escena:

«Sale María de Artiaga, el vestido con camisas, coletos y talegos». Dice así:

«La gran calle de las Postas,
en camisa y con colete,
vengo a compraros las bolsas
y a venderos los talegos;
que sobra en que echallo
y falta el dinero.»

(Quiñones de Benavente, *Entremés del Casamiento de la Calle Mayor con el Prado Viejo*; N. B. A. E., t. XVIII, pág. 556.)

(2) La calle de Francos, hoy de Cervantes, se presenta con una hoja de servicios *que chorrea sangre*, en estos recuerdos literarios. Juan de Piña, el amigo íntimo de Lope, escribe estas palabras en una novela nada buena:

«Llegó un correo por la posta... avisándole de cómo en el juego de los truces de la calle de Francos, en Madrid», su hermano había sido apuñalado.

(Juan de Piña, *Casos Prodigiosos y Cueva encantada*, ed. Madrid, 1907, pág. 91.)

Y como si los hechos quisieran sacar verdaderas las fantasías del novelista, he aquí lo que nos refiere Barrionuevo:

«Sábado, primero de éste (Abril de 1656), a las doce del día, volviendo de los Trinitarios Descalzos de confesar y comulgar, por la calle de Francos, Doña Isabel de Lezcano, llegó a ella Don Juan de los Herreros, su marido, y le dió catorce puñaladas; no por mala mujer, que era una santa, sino por ser jugador.»

(Avisos de Barrionuevo, ed. cit. t. II, pág. 354.)

Quiñones de Benavente no desaprovechó la ocasión de hacer un chiste con el nombre de esta calle, por boca de la antedicha Doña Costanza:

«Y para no vivir por mano escasa,
en la calle de Francos tomo casa.»

(Quiñones de Benavente, *Entremés de las Calles de Madrid*; N. B. A. E., t. XVIII, página 791.)

- se va a *la de San Joseph* (1).
TODAS. En la *calle de la Flor* (2)
que posa nos da a entender.
GRACIOSO. Y ustedes, según me arañan,
En *la del Gato* también (3).
Y assi déjenme, mis reinas,
y se lo agradeceré;
que esa será para mí
la *calle de la Merced* (4).
(*Cruzado trocados.*)
PRIMERA. No le dejes.
SEGUNDA. No le dejes.

(1) En el siglo xvii existían tres calles de *San José*, según aparece en el plano de Pedro Texeira, de 1656. Una, desde *Corredera de San Pablo* a *Baliesta*, que hoy decimos *Travesía de la Ballesta*. Otra, que en los días de Mesonero Romanos se llamaba ya de la *Veterinaria* y hoy es de *Bárbara de Braganza*. Y una tercera, que aun existe, pero que en el plano de Madrid, de 1656, se extiende hasta la calle de San Agustín inclusive, sin que el convento de los Trinitarios interrumpa la correspondencia ni la perspectiva desde la de San Juan (hoy Moratín) hasta el *Arquillo de Lerma* de que después diremos.

Es posible que a esta de hoy se refiera Lope de Vega en los versos siguientes, ya que la presenta asociada con la de *Santa María*, que subsiste vecina de la de *San José*. Lope describe fantásticamente la *ciudad terrenal*, en la que el Genio bueno y el malo tratan de adiestrar al hombre:

- INGENIO BUENO. «¿Mas que en aquesta ciudad
no le enseñas nobles calles,
que no es posible que calles?
INGENIO MALO. ¿He de callar la verdad?
calle de Santa María,
de San Josef y Santiago;
no hay aquí sino el estrago
engaño y alevosía.»

(Lope, *Auto Sacramental de los dos Ingenios y Esclavos*, ed. R. Acad., t. III. pág. 4.)

(2) En el plano de Madrid de 1656 aparecen, además de las calles *Flor Alta* y *Flor Baja* que subsisten, otras dos de la *Flor*. Una desde *Desengaño* a *Jacometrezo*, casi enchufando con *Valverde*. La actual *Gran Vía* ha reducido esta calle, hoy sin nombre, a un paso de pocos metros. Otra que arrancaba de San Francisco, y hoy llamamos *Travesía de las Vistillas*. Conocer a uno la flor o descornarle la flor es en lenguaje clásico descubrirle el juego y deshacerle la combinación. Esto quieren significar las busconas diciendo que el galán vive en la calle de la *Flor*.

(3) *Plazuela del Gato* se llamó en el siglo xvii a la confluencia de la calle de los *Reyes* y la del *Noviciado*, donde está la iglesia de las monjas.

(4) La calle de la Merced corría al costado del convento así llamado que:

TERCERA. Ni tú.
CUARTA. Ni tú.
GRACIOSO. ¿Pues por qué?



Iglesia y Convento de la Merced. (Del plano de Madrid de Pedro Texeira, Amberes, 1656.)

ocupaba toda el área que hoy es *Plaza del Progreso*. Esta iglesia fué una de las más sonadas en la literatura clásica. Dice Lope:

«Desde una Pascua que os vi
en la Merced, os cobré
grande afición.»

(Lope, *Ay verdades que en amor...*, act. I, ed. R. Acad., N. E., t. III, pág. 508.)

Dentro de la iglesia gozaba fama especial la capilla de los Remedios, fama que dejó huellas en una obra de Castillo Solórzano:

«¿Sois vos, acaso la que pide en la Merced, a la puerta de la capilla de los Remedios?»

(*Tardes entretenidas*, ed. Madrid, 1908, pág. 202.)

De los barrios de la Merced hizo mención el mismo Castillo Solórzano en la obra ahora mencionada (pág. 109) y en *Las Harpias de Madrid* (ed. Madrid, 1907, pág. 107). También sacó a relucir el convento de Nuestra Señora de las Mercedes D. Andrés del Castillo en *La Mogiganga del gusto* (ed. Madrid, 1908, pág. 12).

Tirso nos entera de que esta iglesia era una adonde la gente llevaba las cosas perdidas en la vía pública.

«Si atrevimientos ladrones
la causa dese hurto han sido,
y no hay señor conocido,

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

Esta de *las Cuatro Calles*
la de los Peligros es (1).

- PRIMERA. Porque regale y estime
a quien a sus plantas
se rinde cortés. (*Repite.*)
- GRACIOSO. Con quien no tengo afición
nunca gasto cortesías;
mas ¿qué calle es ésta, arpías?
- TODAS. *La de la Visitación.*
- GRACIOSO. Fuera, no me visiten,
que luego, en suma,

a la Merced le llevad,
y si no a la Trinidad,
que recogen lo perdido.»

(Tirso, *La Celosa de sí misma*, act. I, Rivad., pág. 131-b.)

Hasta de una casa sita en este sector madrileño nos ha transmitido la descripción una comedia del siglo XVII.

«Porque don Guillermo Strozi
ha poco que se ha mudado
al barrio de la Merced,
por más señas que a su cuarto
se entra por un corredor
pasando primero al patio
y una escalera que tiene
un esconce a aquesta mano.»

(D. José y D. Diego de Figueroa, *Mentir y mudarse a un tiempo*, act. III, Rivad., t. XLVII, pág. 418-a.)

Quiñones de Benavente cubileteó con el nombre de la *Merced* en su *Baile del Poeta de bailes y el Letrado*. Habla un estudiante fingido, que ignora del latín todo lo que pasa del *musa musae*:

- COSME. «Soy letrado traducido
por merced particular.
- PASANTE. ¿Y adónde está la merced?
- COSME. Detrás de la Trinidad.»

(Flor de Entremeses, Zaragoza, 1676, pág. 23.)

Digamos, para concluir, que esta iglesia de la Merced era la que frecuentaba la perversísima madre de *La Dorotea*, en cuyas inmortales páginas sale repetidamente este popularísimo nombre del Madrid de antaño.

¡Y que al lugar de una obra de vándalos se le llame *Plaza del Progreso*!

(1) Estos versos se explican sabiendo que la calle tan ancha y hermosa como el nombre de Sevilla, que actualmente lleva, se llamaba antaño *de los Peligros*, desde las *Cuatro Calles*, hoy plaza de *Canalejas*, hasta la de *Alcalá*.

me pondrán en la *calle*
de la Amargura (1).

PRIMERA. *La calle de los Preciados* (2)
en no dar quiere seguir.

(1) La calle que ahora decimos *Siete de Julio* es la que ya ha sonado con el nombre de la *Amargura* en los textos clásicos que anteceden. De su contigüidad a la Plaza Mayor da fe un papel satírico publicado en la monumental obra de don Gabriel Maura sobre Carlos II. Su título es *Desvergüenzas de la Plaza*, y dice así: «Apenas acabó de dar estas voces la Barrabasera, cuando de hacia la calle de la Amargura, haciendo rajas una castañeta en la palma de la mano, salió cantando ... un mulatillo.»

(*Carlos II y su Corte*, t. II, pág. 532.)

(2) La calle de los Preciados está bastante favorecida de citas clásicas. Salas Barbadillo, en *El Caballero Puntual*, presenta desfilando por esta calle unos penitentes en día de Jueves Santo, y Mira de Mescua, en *La Fénix de Salamanca*, dice a un galán:

«Que a pie, a caballo y en coche,
como si fuera terrero
la calle de los Preciados,
os preciais de ser molesto.»

(Rivad., t. XLV, pág. 86-a.)

Quiñones de Benavente ensartó el nombre de esta calle en la cadena de sus equívocos, diciendo:

«Cuando me quiere dar amor cuidados
a la calle me voy de los Preciados.»

(Quiñones de Benavente, *Entremés de las calles de Madrid*, N. B. A. E.; t. XVIII, pág. 792.)

Será conveniente decir que alguna casa de esta calle abría pasadizo público a la del Carmen, como se deduce de estos versos de Calderón:

JUANA. «En casa, por esa puerta
que a la calle cae del Carmen,
señora, una silla entra.
DOÑA BEATRIZ. Pues yo no estoy avisada
hoy de visita; quién sea
no se.
JUANA. Quizá pasará
a esa otra calle. ¿No echas
de ver que hay de los Preciados
al Carmen correspondencia?
.....
¿Tan dificultoso ha sido
saber que en casa hay dos puertas?»

(Calderón, *Mañana será otro día*, act. I y II; Rivd., t. I de Com. de Cald., págs. 522-a y 532-a.)

- GRACIOSO. Reinas, no quiero vivir
junto a los *Desamparados* (1).
Y assi yo para ustedes
soy mala calle,
cuando las que pretenden
todas son *Reales* (2).
(*Bandas.*)
- PRIMERA. Ya de esta chespa no hay nada.
¿Qué hemos de hacer?
- SEGUNDA. Porfiar.
- TERCERA. Por ver si se puede echar
hoy de la *Puerta Cerrada*.
- GRACIOSO. Y si acaso la sacan
me juzgan bobo;
¿Para qué hay en la Corte
calle del Pozo? (3).
- PRIMERA. (*Derecha.*) Ay qué necio.
- SEGUNDA. (*Idem.*) Y qué ruín.
- TERCERA. (*Idem.*) Qué apocado.
- CUARTA. (*Idem.*) Y qué grosero.
- GRACIOSO. Es que en dando mi dinero
pararé en *Antón Martín*.
- PRIMERA. Mal mira nuestro arrebol

(1) A lo dicho ya de este asilo de niños huérfanos hay que añadir, para explicar este miedo que el gracioso del *Baile* muestra de ir a vivir junto a los *Desamparados*, que frente a esta casa estaba el *Hospital de convalecientes*, al cual ciertamente alude. En un *Baile de los Conejos*, manuscrito de la Biblioteca Nacional, hallamos otra alusión a la reclusión de mujeres llamada de *San Nicolás de Bari* que estaba aneja al dicho asilo. Son estos los versos:

«Por ti peldí yo mi mádeja
rapándome todo el cábello,
entrando en la casa máldita
que cae a los Desampárados.»

Y nótese que esta pieza está escrita en esdrújulos falsos, truco que después usó Hartzenbusch en su celebrada fábula *El sastre y el avaro*.

(2) Cuatro calles he hallado que se titulaban *reales* en la Corte. La calle Real de Lavapiés, la calle Real del Barquillo, la calle Real de la Almudena y la calle Real de la Morería. El poeta juega aquí del vocablo con los *reales numismáticos* y los títulos de las calles, como vimos que Bernaldo de Quirós jugó con los *reales* de la cuestión escolástica de los *universales*.

(3) Hay que advertir que además de la callejuela que hoy se llama *del Pozo*, que, sin duda, es nombre antiguo, figura otra calle *del Pozo* en el plano de Madrid de Pedro Texeira, Amberes, 1656.

- puesto en aqueste theatro,
pues no ve que está en las cuatro
toda la *Puerta del Sol* (1).
- GRACIOSO. Damas, por el *Retiro* (2)
que hacerme intentan,
las juzgara en la *calle*
de la Ballesta (1).
- PRIMERA. No fundada en interés
del amor es nuestra llama,
y assi con vos cada dama
plazuela del Angel es.

(1) La Puerta del Sol en el siglo xvii podía, a pesar de su nombre, sufrir la comparación con los rostros embadurnados de estas damas. Oigamos a Rojas Zorrilla:

CARTILLA. «..... Pasa
ese arroyo, pián, pián,
que de la Puerta del Sol
es el verdinegro mar.
¿Que aquí ponga el Sol su puerta,
siendo tan limpio?

DON CLEMENTE. Ahí verás.

CARTILLA. Y por gran novedad suele
decir la gente vulgar
que adonde no está muy limpio
es adonde el Sol no da.»

(Rojas Zorrilla, *Abre el ojo*, act. I, Rivd., pág. 125-a)

(2) La frase muy válida en los clásicos de *hacer tiro* explica este *hacer Re-tiro* del texto. Del Buen Retiro publicaré adelante dos entremeses.

(1) La calle de la Ballesta. que así se llama aún, sirvió en el siglo xvii para dar alojamiento a los Embajadores de Holanda que vinieron en junio de 1656. He aquí una noticia curiosa del alojamiento:

«El viernes, víspera de San Juan, entraron en Madrid los Embajadores de Holanda... Son hombres de porte. Tienen la casa en la calle de la Ballesta, aderezada a lo católico, con cuadros de santos. Si los echaron a rodar en viéndolos, hasta ahora no se ha dicho.»

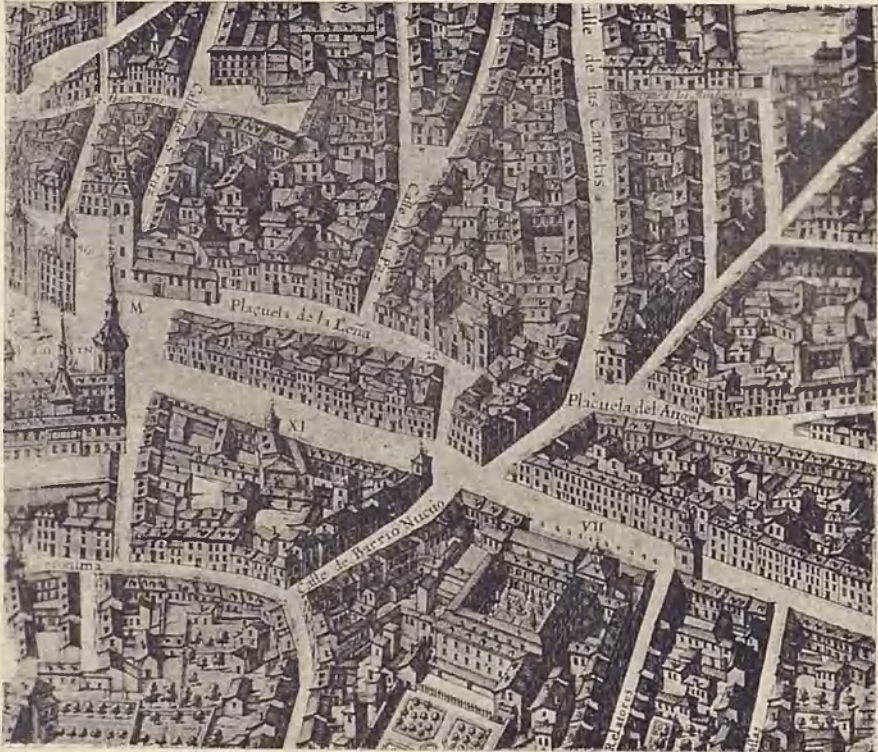
(Avisos de Barrionuevo, ed. cit., t. II, pág. 445.)

Otros poetas entremesistas, Matos y Villaviciosa, jugaron con el nombre de esta calle, como en el texto que comentamos:

«Que con flema molesta
desde la calle allá de la Ballesta
hasta lograr su emboque
se suele disparar este bodoque.»

(Matos y Villaviciosa, *Entremés del Detenido*, *Laurel de Entremeses*, Zaragoza, 1660, página 3.)

GRACIOSO. Para quien a lo falso
robarme intenta,
el castigo previene
la de la Leña (1).



PRIMERA. Ay qué necio.
SEGUNDA. Ay que ruin.
TERCERA. Qué apocado.
CUARTA. Y qué grosero.
GRACIOSO. Es que en dando mi dinero
me veré en *Antón Martín*.
Mas si quieren pecunia,
a hilar aprendan,
que no huelga la *calle*
de las Hileras (2).

(1) La calle de la Leña era las que hoy llamamos *Bolsa* y *Plaza de la Aduana Vieja*, todo comprendido, como se ve en el grabado.

(2) Nombre que subsiste en la actualidad.

- PRIMERA. ¿Para irnos, qué calle
 le dará lisonja?
- GRACIOSO. Con tan *Buen Suceso* (1),
 por la de *la Victoria*.

(1) Estas dos iglesias, servidas por sendas comunidades, han dado bastante juego a nuestros cultivadores del retruécano. Como ya preceden algunas notas a estos dos edificios, hagamos ahora una a sus buenos frailes. Los de la Victoria, según Francisco Santos en su seudonovela *El Vivo y el Difunto*, nos dice que *cultivaban* la asistencia a los entierros (ed. 1692, pág. 135). Ruiz de Alarcón alaba la caridad que usaban con un retraído a su sagrado, sin omitir de contado el conocido chiste de la vecindad de ambas iglesias. Dice el criado a su señor:

«Señor, esta es la verdad
después que está retraído
en la Vitoria, ha vivido
con la mucha caridad
destos padres, en la gloria;
y sin duda que por eso
pusieron el Buen Suceso
tan cerca de la Vitoria.»

(Ruiz de Alarcón, *Todo es ventura*, act. I, Rivad., pág. 122-c.)

Los religiosos del Buen Suceso, al decir de Afán de Ribera, en su *Virtud al uso y Mística a la moda*, tenían ruín fama de clerizontes de manga ancha para confesar (ed. Rivad., pág. 449). De las rivalidades propias de la época entre los conventos próximos, se hace eco Tirso de Molina en estos versos:

- CABALLERO. «Esta es la Puerta del Sol,
 bien estuviera, os confieso,
 aquí el sitio de esta casa;
 que el concurso de la gente
 que por aquí al Prado pasa
 es notable.
- GISBERTO. Y excelente
 vuestra elección, si es que pasa
 por aquesto el Hospital
 de la Corte.
- CABALLERO. Dudais bien,
 que es pobre, aunque en nombre Real
 demás que está aquí también
 la Victoria, y se hacen mal,
 cuando las comunidades
 por estar cerca se quitan
 provechos y utilidades
 de devotos que visitan
 sus conventos y hermandades.»

(*El Caballero de Gracia*, act. II, N. B. A. E., t. IX, pág. 374.)

PRIMERA. Pues ya que al pedir
sorda está su bolsa.
SEGUNDA. Cerremos el baile
con aquesta trova:
PRIMERA. Auditorio insigne,
SEGUNDA. Sólo se os suplica
TERCERA. Que no pase el baile
GRACIOSO. La *calle de Silva* (1).

FIN

(1) La calle de Silva se ha prestado repetidas veces al mismo chiste. Dice Quiñones de Benavente en el *Entremés de la Dueña*:

«En la Puerta Cerrada
vive la risa;
y las malas comedias
en la de Silva.»

(N. B. A. E., t. XVIII, pág. 543.)

¿Y cómo había de faltar en el de *Las Calles de Madrid*?
«Y si oigo la comedia y no me agrada
en la calle de Silva es mi posada.»

(N. B. A. E., t. XVIII, pág. 792.)

Tirso nos da un detalle de una casa de la tal calle en su siglo:

«Vive en la calle de Silva,
en una casa de rejas
azules con celosías.»

(Tirso, *La Celosa de sí misma*, act. II, Rivad., pág. 138-a)

Pero tal vez este color azul que hoy es característico de los hotelitos vascos, fuera en Madrid corriente en esta época, pues Salas Barbadillo en *El Curioso y Sabio Alejandro* nos habla de «balcones de aquellos que a tener sentido se pudiera desvanecer, así por estar en lugar tan alto, como por verse teñidos con aquel precioso color azul y resplandeciente».

(Rivad., t. XXXIII, pág. 9-b.)

II

Antes de pasar a otras obras entremesiles referentes a puertas, plazas, fuentes, casas y posadas y hasta relojes públicos de Madrid, juzgo conveniente publicar un sainete que se refiere a una sola calle, que trata de dar forma plástica a su nombre, que crea una situación teatral adecuada al rótulo de aquel lugar del viejo Madrid, hoy modernizado por recuerdos históricos más recientes. Me refiero al *Sainete del Callejón del Infierno*, que se conserva en los manuscritos de la Biblioteca Nacional, con la signatura 14.526.

«Las calles, dice Mesonero Romanos (1), que se dirigen desde la *Mayor* a la *Plaza*, y son conocidas con los nombres de la *Amargura* (recuerdo acaso de los autos de fe), de *Felipe III* (antes de *Boteros*) y el callejón *del Triunfo* (antes *del Infierno*), no merecen especial mención». Este callejón *del Triunfo*, antes *del Infierno*, es el que aparece dramatizado en el sainete que publicamos a continuación. Su nombre sonó en el siglo XVIII en uno de los callejeros satírico-burlescos anteriormente publicados, y en el XVII lo había sacado a colación D. Pedro Lanini en su *Baile de la Plaza de Madrid*, cuyo pasaje omito ahora por ser esta pieza de Lanini una de las más interesantes que se insertarán en estos estudios. Tan sólo adelantaremos la noticia de que el *Callejón del Infierno* sobresalía por una famosa taberna entre los *portales* o tugurios comerciales que rodeaban la Plaza Mayor en el siglo de Calderón.

No pretendo yo hacer la valoración de este sainete como obra literaria. Sólo diré que en el cuadro general de la novelística española, el caso de alucinamiento creado por el autor de esta pieza pertenece al mismo capítulo del tercer episodio de los *Tres maridos burlados*, de Tirso, y de *El celoso hasta la muerte*, de Castillo Solórzano, imitación muy directa del cuento de Tirso.

(1) *El Antiguo Madrid*, pág. 117.

SAINETE DEL CALLEJÓN DE LA PLAZA

(En la página que hace de cubierta se hallan borradas *la Plaza* y sustituidas por las palabras *del Infierno*.)

Hablan:

MARIQUITA.	JUANA.
FUENTES.	JAIME.
BLAS.	OCAÑA.
ROSA.	MAYORA.

MUJERES Y HOMBRÉS.

(Salen Mariquita y Juana en trajecillos.)

MARIQUITA. ¿Qué hora será?

JUANA. Son las ocho
y muy cerca de la media.

MARIQUITA. Pues ya han de venir.
(Sale Jaime.)

JAIME. Deo gracias.

MARIQUITA. Cátales aquí que llegan.

JAIME. Muy buenas noches, señora.

LOS DOS. Téngalas usted muy buenas.

MARIQUITA. ¿Y los otros caballeros?

JAIME. Ahí aguardan a la puerta.

MARIQUITA. Que entren, pues. Adentro, amigos.
(Salen Fuentes y Jaime.)

FUENTES. Entramos a la obediencia
de ustedes, señoras mías.

MARIQUITA. Pues porque ahora no se pierda
tiempo, ya saben ustedes
lo que han de hacer.

JAIME. No, mi reina.

Aun no les he dicho nada;
mas tengan ustedes cuenta:
A estas madamas, amigos,
dos mocitos de esta era
las festejaron a un tiempo;
son infelices cabezas,
y las dos están picadas;
con que por vengarse intentan,

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

- OCAÑA. Ven, te levantaré, ven;
no te tardes, vaya.
- BLAS. Cierto
que te portas... ¿Conque yo
quieres que vaya primero
para que tú me levantes?
- OCAÑA. Sí, despacha.
- BLAS. Lo agradezco.
- OCAÑA. Vaya, ¿dónde estás?
- BLAS. Aquí.
Levántame, hombre, con tiento.
(Levántalo.)
- OCAÑA. ¿Te has hecho mal, Simoncillo?
¿No respondes?
- BLAS. Majadero.
¿Has visto tú que a ninguno
le haga un porrazo provecho?
- OCAÑA. Yo nunca he oído que salten
de los pies.
- BLAS. ¡Qué majadero!
- OCAÑA. ¿Y qué harías en tal caso?
- BLAS. ¿Qué había de hacer? Recogerlos.
Ve y mira ahora. ¿No encuentras
algo?
- OCAÑA. Sí.
- BLAS. ¿Qué?
- OCAÑA. El pellejo
levantado. Aguarda, aguarda,
que aquí encuentro un agujero.
- BLAS. ¿Adónde? *(Se ríe.)*
- OCAÑA. Aquí y aquí.
Oyes, ¿qué te estás riendo?
- BLAS. ¡Hombre! Pues si esa es la oreja.
- OCAÑA. Pues y bien, ¿no es agujero?
Hacia aquí te has hecho un gallo.
- BLAS. ¿Y tiene espolones, Pedro?
- OCAÑA. Sí.
- BLAS. Tú debes de estar loco.
¡Si es el moño de mi pelo!
Vaya, que me diste susto.
- OCAÑA. ¿Por eso no más?
- BLAS. Por eso.
Creías que era juguete
de niños tener aquello

- que los gallos en los pies
un hombre junto al tozuelo?
- OCAÑA. Ea, vamos, que ya es tarde.
¿Y la guitarra?
- BLAS. Quinientos
demonios se la llevaron.
- OCAÑA. ¿Se ha hecho pedazos?
- BLAS. No, tiestos.
- OCAÑA. Ya hemos llegado a la casa.
Vaya, silba.
- BLAS. Yo no puedo.
Silba tú.
- OCAÑA. ¡Si no sé!
- BLAS. Mira, métete los dedos
en la boca y sopla entonces.
Oyes, no soples tan recio,
que puede, si un poco aprietas,
que despidas muy mal viento.
- OCAÑA. ¡Y cansarse! Si no sé.
- BLAS. Estornuda, que es lo mismo.
Vaya, despacha, que es tarde.
(*Estornuda Ocaña.*)
Así, así; otro más recio.
¡Qué pícaras son! ¡Qué chuscas!
Ellas nos están oyendo
y callan por darnos chasco.
Manuela. Frasca.
(*A la reja Rosa y Mayora.*)
- LAS DOS. ¿Qué es eso?
- BLAS. Bendita sea vuestra voz,
las gargantas y pescuezos.
- ROSA. ¿Sois vosotros?
- BLAS. Yo soy, yo.
Y estotro mi compañero.
Oyes, ¿estáis esperando?
- MAYORA. Estamos tomando fresco.
- BLAS. ¡Qué calurosas que estais
vosotras en todos tiempos!
¿Queréis tomarle mejor?
- LAS DOS. Sí.
- BLAS. Pues quedaos en camisa
o mucho mejor en cueros.
- MAYORA. Si tardais otro poquito,
me voy a acostar y cierro.
- ROSA. Oyes, ¿traes la guitarra?

- BLAS. Viene, pero te prometo,
que de un porrazo que di
se hizo una plasta; y yo creo
que sólo le quedó entera
una clavija.
- MAYORA. ¡Embustero!
- BLAS. La clavija del bordón
solamente es la que tiento.
- ROSA. ¿Y puedes cantar con ella?
- BLAS. Puede ser.
- LAS DOS. Pues canta presto.
- BLAS. Bien está; mas retiraos
un rato, que, según veo,
vienen hacia acá unas luces
y gente.
- LAS DOS. Pues cerraremos. (*Vánse.*)
- OCAÑA. Hombre, ¿no ves que despacio
viene? Parece un entierro.
- BLAS. Digo, y vienen a nosotros.
(*Sale Jaime y los siete con luces,
sombreros gachos y capas, dando
vuelta por el tablado, todos aga-
rrados unos de otros de las capas
y dejando a él en medio.*)
- JAIME. Salve, amigo.
- BLAS. Amigo, *credo*.
- ¿Qué será aquesto, señores?
- JAIME. *Vade, Domine.*
- OCAÑA. *Domine meo.*
- Y no digo mal, que ya
lo estoy haciendo de miedo.
- ¿Qué nos querrá aquesta gente?
- JAIME. ¿Conocéis vos a un mancebo
que le llaman Californias,
que tiene su alojamiento
junto a la plaza, llamado
el callejón del Infierno?
- BLAS. No, señor.
- JAIME. ¿Y vos?
- OCAÑA. Tampoco.
- JAIME. Pues aquese caballero
nos envía por ustedes.
- BLAS. Dígale usted que no puedo,
porque tengo que escribir
esta noche mi correo.

- JAIME. ¿A quién?
BLAS. A Ali Solimán.
JAIME. ¿De qué nación es?
BLAS. Flamenco.
JAIME. Ello es fuerza que vengáis.
Agarradlos.
BLAS. Aquí es ello.
¿Pero para qué me llevan?
JAIME. Aunque me pesa dinero,
yo soy tío ti ti ti ti ti...
BLAS. ¿Es usted titiritero?
JAIME. No, señor; yo soy Tiburcio,
ministro del Gran Roberto,
y vengo a llevar a ustedes.
OCAÑA. Díganos: ¿Es verdad eso?
JAIME. Ojalá fuera mentira,
que no tuviera yo el pecho
lastimado de ser yo
tan infeliz mensajero.
BLAS. Mire usted, señor Tiburcio,
también tengo en el pescuezo
un nudo que no me deja
hablar palabra. ¿No ha medio...?
JAIME. No hay remedio, no hay remedio.
Mis alguaciles, ya es hora;
Dios nos saque de este aprieto.
*(Apagan las luces y agarran cuatro
a cada uno y los entran, y salen
Mariquita, Juana y todas las muje-
res, y Fuentes.)*
FUENTES. ¿Estáis todas prontas?
MARIQUITA. Sí.
Ya estamos de punta en blanco.
FUENTES. Yo hago el papel de Roberto;
vosotras el de diablos.
JUANA. Ese oficio las mujeres
sabemos desempeñarlo.
MARIQUITA. No, no se irán riyendo
de nosotras los dos guapos.
(Sale Jaime.)
JAIME. Señoras, ¿estáis ya prontas?
JUANA. Sí, que ha rato que lo estamos.
JAIME. Ea, pues, váyanse ustedes,
hasta que yo llame.
JUANA. Vamos.

- JAIME. Llévense ustedes las luces,
porque ignoren donde entraron
y no conozcan a ustedes,
que a obscuras andará el ajo.
- TODAS. Está muy bien. (*Vanse.*)
(*Queda a obscuras el teatro y salen
los ocho que traen a Ocaña y Blas.*)
- OCAÑA. ¡Ay de mí!
- BLAS. ¿Quién nos ha de dar amparo?
El Infierno de Madrid
con peces fritos y callos.
(*Hacen ruido como al principio, como
rezando entre dientes, dan vueltas
y vanse.*)
- OCAÑA. Simón.
- BLAS. ¿Qué, Judas Tadeo?
- OCAÑA. Hombre, si Pedro me llamo,
¿a qué viene el Judas ahora?
- BLAS. ¿Qué sé yo qué digo ni hablo?
Vaya, ¿qué me quieres, Pedro?
- OCAÑA. ¿Si sabes en dónde estamos?
- BLAS. En el Infierno.
- OCAÑA. Está fresco.
- BLAS. Quizá no habremos entrado;
pero si entro, ¡qué porradas
le he de pegar a Pilatos!
Pero di, Pedro, ¿qué harán?
- OCAÑA. Quizá estarán descansando.
- BLAS. ¿Pues los demonios se cansan?
- OCAÑA. Sí, según es el trabajo;
si es demonio jugador
se cansa de dar barato;
si es demonio zapatero,
el lunes está cansado;
si es demonio pastelero,
el viernes come su gallo;
si acaso es diablo solfista,
dice que está resfriado;
y, en fin, todo diablo duerme
cuando ve que es necesario.
(*Sale Jaime.*)
- JAIME. Señores, muy buenas noches.
- BLAS. Oyes, ¿qué casta de diablo,
tú que los conoces todos,
es este que ahora ha entrado?

- OCAÑA. Este es músico sin duda,
porque entona contra-bajo.
- JAIME. ¿Qué, no merezco respuesta,
 viniendo a traer un recado,
 mandado sólo del dueño
 de esta casa, nuestro amo,
 para que ustedes personen
 y les dispensen el chasco
 de hacerles aquí esperar?
 Dice ha sido que los diablos
 de este Infierno no están diestros,
 y así de pronto ha enviado
 al grande Infierno a pedir
 quinientos diablos prestados.
- BLAS. ¿Y para qué es tanta gente?
 Dígale usted a su amo
 que los cumplimientos son
 con nosotros excusados.
 Pero ya que han de venir,
 no sea ninguno escribano.
- JAIME. ¿Por qué?
- BLAS. Porque no saldremos,
 en cayendo entre sus manos.
- JAIME. Voy a decirlo al instante. (*Vase.*)
- BLAS. Pedro, ¿no lo has escuchado?
 ¿Pedro, Periquito, Pedro?
 Ya a Pedro se lo llevaron
 los diablos que él conocía,
 que estos le hubieran dejado.
 ¿Pedro?
- OCAÑA. ¿Qué quieres?
- BLAS. Maldito,
 ¿estabas también cansado?
- OCAÑA. No.
- BLAS. ¿Pues qué hacías?
- OCAÑA. Rezar.
- BLAS. ¿Después de estar condenado?
 Amigo, rezar en tiempo
 es lo que conviene. Vamos,
 Periquito; ¿No escuchaste,
 de un demonejo un recado?
- OCAÑA. Sí, que había mandado a pedir
 otros demonios prestados.
- BLAS. ¡Qué pleito que han de tener
 sobre cual ha de llevarnos!

- OCAÑA. Pues tú estás bien.
BLAS. Di por qué.
OCAÑA. Porque, mira, hasta los diablos,
temiendo que los enredas,
te han de arrojar de su lado.
*(Salen todos y todas a obscuras, una
con un hierro, otra con unas tena-
zas, otra con fuelles, otra con una
jeringa y uno con un látigo; dan la
vuelta alrededor de ellos, unos por
una parte y otros por otra al con-
trario, gruñendo.)*
- JUANA. Cada uno con su jerga.
MUJERES. Gui, gui, gui, gui.
BLAS. Ya llegaron
los otros.
OCAÑA. ¿Cuáles otros?
BLAS. Los demonios convidados.
Ya los tenemos encima.
MUJERES. Gui, gui, gui.
HOMBRES. Guao, guao, guao.
BLAS. Gui y guao, yo no lo entiendo.
Guao-guao es cosa de gatos.
¿No ves la bulla que meten?
OCAÑA. Ellos son hembras y machos.
Porque unas veces son tiples
y las otras contra-altos.
JUANA. Dale tú con ese hierro *(a Blas)*
ardiendo.
- SEGUNDA. Voy.
BLAS. Zape, gato.
OCAÑA. ¿Oyes, qué es eso?
BLAS. Un demonio
que con un dedo ha llegado
y me ha hecho ver las estrellas.
MARIQUITA. Dale tú al otro un bocado
con las tenazas. *(A Ocaña.)*
- PRIMERA. Ya voy.
OCAÑA. ¡Hijo de una...! Señor diablo,
suelte, suelte, que me abrasa.
MARIQUITA. Tópale tú.
JUANA. Un jeringazo
se encaja a esotro al instante.
BLAS. He, ya me están ayudando.

- ¡Qué bueno fuera si ahora
yo me ensuciara en los diablos!
- MARIQUITA. Suena ese látigo tú.
- BLAS. ¿Posta? ¿Quién vendrá a caballo
ahora a este paraje, Pedro?
- FUENTES. ¿Conocéísme?
- LOS DOS. No, señor,
ni Dios lo quiera.
- FUENTES. Yo el amo
de este Infierno soy.
- BLAS. Usted
lo sea por muchos años,
que a mí nada se me da.
- FUENTES. Yo lo soy, y os he llamado,
para daros el castigo
que merecéis.
- OCAÑA. Pues acaso,
¿qué culpa hemos cometido
contra usted?
- JUANA. Decid, malvados.
¿Y lo que visteis?
- OCAÑA. Simón.
- BLAS. ¿Qué me quieres, Pedro amado?
- OCAÑA. Estas voces las conozco.
- BLAS. Mira, hombre; ¡tendremos tantos
amigos en el Infierno,
que el conocerlos no extraño!
- JUANA. Llega conmigo María.
(Se dan las manos.)
- OCAÑA. Ola, ola; aquesta mano
no quema.
- BLAS. ¡Toma castañas!
¿De dónde vendrá este diablo
tan gordito?
- OCAÑA. Oyes, Simón.
Sin duda son estos diablos
los que tientan en el mundo.
- BLAS. Algunos ya me han tentado.
- JUANA. ¿No nos conocéis, decid?
- BLAS. Yo, diablo mío, no hago
memoria...
- OCAÑA. Ni yo tampoco.
- JUANA. Yo soy Juana,
- BLAS. ¿Qué pecados

- te han traído por acá?
Mi Juana, dame un abrazo.
- FUENTES. ¡No se abraza en el Infierno!
- BLAS. Pues allá valen barato.
- MARIQUITA. Soy Mariquita.
- OCAÑA. Hija mía.
¿Y a qué venís?
- MARIQUITA. A quejarnos
de que no queréis cumplir
la palabra que habéis dado
de casaros con nosotras.
- OCAÑA. ¡Pues si yo...
- FUENTES. Vamos cayando.
- BLAS. Sin duda que este demonio
es algún diablo padrastró.
- FUENTES. Y ahora os juro por mi padre,
que esté en eterno descanso...
- BLAS. Como soy, que yo no entiendo
ni entenderé aquestos diablos.
El es demonio, y pretende
que su padre esté gozando...
del cielo.
- FUENTES. Si no os cayáis
os quedaréis sepultados
en las tinieblas.
- BLAS. ¿Perico?
- ¿Qué resuelves?
- OCAÑA. Yo he pensado...
darle la mano. ¿Y tú?
- BLAS. Yo,
como soy, estoy tentado
de quedarme en el Infierno
antes de verme casado.
- OCAÑA. Anda, hombre, dásela,
que por fin es menos malo.
- BLAS. Tómala.
- OCAÑA. Y tómala tú.
- TODOS. Que os gocéis por muchos años.
*(Al decir este verso sacan luces y se
aclara todo el teatro.)*
- OCAÑA. Ah, Simón.
- BLAS. ¿Qué?
- OCAÑA. Ya este Infierno
en gusto se va trocando.
- BLAS. Ya lo veo. Pero, Pedro,

- OCAÑA. ¿Qué me quieres?
BLAS. ¿Nos casamos?
OCAÑA. Ya lo hicimos y es preciso.
BLAS. Haz cuenta que hemos entrado
 en otro Infierno peor,
 si acaso no congeniamos.
MARIQUITA. Ya nuestro gusto cumplido
 tenemos, picaronazos;
 para castigaros sólo
 este enredo se ha fraguado.
BLAS. Pues ahora, pasado el susto
 por diablos os confirmamos
 y haremos de voluntad
 lo que queríais forzados,
 suplicándoos a vosotras
 que nos bailéis un fandango. (*Bailan.*)
JUANA. Y con esto, mosqueteros,
 nuestras faltas suplicamos
 que perdonéis, dando fin
 a este sainete, cantando
 una buena tonadilla.
TODOS. Con deseo de agradaros.

FIN

III

Existe además otro *Sainete de la calle de San Pedro*, pero lo juzgo del siglo XVIII tan avanzado y ofrece tan escaso interés de color local que, a conciencia, lo excluyo de la honrosa compañía de estos juguetes cómicos. En cambio, creo que siendo como es del género lírico, debo insertar una poesía que se encuentra en el manuscrito 17.540 de la Biblioteca Nacional, folio 95, que continúa la tradición del *Romance* «Cantemos civilidades», y corre parejas en ingenio y gracia con las obrillas entremesiles de calles de Madrid. Esta poesía pondrá fin al presente artículo.

Hoy te retrata,
divina Clori,
de Madrid en las calles.
Atiende y oye:

Calle Mayor tu pelo (1)
es por lo largo,
y la *calle del Rubio* (2)
por lindo y claro.

Es tu frente tan blanca,
linda y hermosa,
es de *Atocha* su calle (3)
por lo espaciosa.

Por lo arqueado y bello
son tus dos cejas

(1) La calle Mayor merece un capítulo entero y lo tendrá más adelante.

(2) De la calle del *Rubio* hoy no puedo dar sino una mala noticia:

«Añoche (6 de agosto de 1655) en la calle del Rubio entraron en casa de una mujer que tenía una niña de tres años y las degollaron a las dos, llevándose cuanto tenían.»

(Avisos de Barrionuevo, ed. cit., t. II, pág. 54.)

(3) En efecto, la calle de Atocha gozaba fama de ancha por esta época, dice Castillo Solórzano, en su *Tiempo de regocijo y Carnestolendas de Madrid*:

«Asistían en la insigne y antigua villa de Madrid... tres nobles caballeros, casados, que vivían en tres principales casas en la anchurosa calle de Atocha.»

(Obra cit.; ed. Madrid, 1907, pág. 192.)

*calle de la Ballesta
y Arco de Lerma (1).*

A dos calles parecen
tus dos ojuelos:



(1) El palacio del duque de Lerma, que después se llamó de Medinaceli, ocupaba lo que hoy es *Hotel Palace* y demás casas modernas de la plaza de las Cortes. El área de esta plaza y la manzana de casas fronteras del Congreso fué por obra del de Lerma, Convento de Santa Catalina. Entre el dicho convento y el palacio ducal, corría la calle del Prado. Por encima de la calle, uniendo el convento y el palacio, construyó el duque un arco de paso a las tribunas de la iglesia. Creo que a este sitio se refiere la siguiente noticia de Barrionuevo:

«En el Pasadizo de las casas del Prado, del Duque de Lerma, a las diez de la noche, salieron unos ladrones a Don Juan Mingo de Bracamonte... y le quitaron el caballo en que iba, capa, sombrero y espada, dinero y todo cuanto llevaba, y le dejaron a peón.»

(Avisos, ed. cit., t. III, pág. 359.)

una la *de la Estrella* (1)
y otra *del Negro* (2).

(1) La calle de la *Estrella* perdura aún en su sitio.

(2) No del Negro, sino *de los Negros* se llamó la callejuela, hoy continuación de *Tetuán*, que va desde la del *Carmen* a la actual plaza del mismo nombre. Calle tan popular antaño entre la gente buscona, que hallándose un farandulero en Granada, y persuadiéndole fantasmagóricamente que se encontraba en Madrid, exclama:

«Díganos usted de cierto
si es en la Puerta del Sol
o en la calle de los Negros.»

(Loa para la compañía de Félix Pascual, de D. Pedro F. Lanini, *Migajas del Ingenio*, Zaragoza, s. a., fol. 38.º)

La causa de esta popularidad era cierta posada o casa de camas, a que juntamente con la determinación de la calle, alude este texto de Francisco Santos:

«Si no sabes a la calle de los Negros, pregunta, y en entrando por la del Carmen, a seis puertas de la mano derecha es mi posada.»

(F. Santos, *Periquillo el de las Gallineras*, ed. 1701, pág. 53).

La posada en donde alojaba este Periquillo, trasunto borroso y desdibujado del Licenciado Vidriera, nos la describe así otro entremesista contemporáneo:

ALFEREZ. «¿Y adónde os recogéis?
SARGENTO. Madrid es ancho,
la calle de los Negros es mi rancho,
donde a muy poca costa hay cuartel cierto
en la casa del tuerto,
y en una cama, cuando más poquitos,
dormimos diez y seis caballeritos.»

(Maestro León Merchante, *Entremés de la Estafeta* en *Rasgos del Ocio*, Madrid, 1664, pág. 65.)

Otro testimonio de Calderón nos asegura de la existencia de este singular hotel madrileño, y nos da la fórmula de «media con limpio» que servía para pedir cama con compañero sin sarna, bubas ni otras lindezas:

«Buscando los dos la casa
de Leonor tu prima fuimos
y quiso Dios que la hallamos
porque un vecino lo quiso;
que nadie supiera nada,
si callaran los vecinos.
Dicha fué, porque si tarda
solo un instante, imagino
que a la calle de los Negros
vamos, a media con limpio.»

(Calderón, *Mañana será otro día*, act. II, Rivad., t. I de Com. de Cald., pág. 531-a.)

El hospedaje de «media con limpio» no era privativo de Madrid, como al-

Calle de los Jardines (1)

son tus mejillas,
pues ostentan dos rosas
rojas y lindas.

La nariz que al semblante
perfeccionada,
plazuela de Palacio (2)
por lo aseada.

Es tu boca pulida,
breve y discreta,

guien ha creído, pues Rojas Zorrilla hace decir a su criado, en una posada de Illescas:

«A las dos de la noche, que ya han dado,
de mi media con limpio me has sacado.»

La ignorancia de las costumbres de la época hizo que en la edición de *Entre Bobos anda el juego*, de Rivadeneyra, estos versos se lean así:

«De mi medio columpio me has sacado.»

que es para sacar de juicio al lector.

(1) En la calle de los Jardines pone el autor de *Don Gregorio Guadaña* la burla de subir por los aires a un alguacil y dejarle caer desde lo alto; treta ya explotada en el *Entremés del Estudiante que se va a acostar*. Lo notable de este pasaje de Enríquez Gómez es que nos describe una casa con un medio patio hacia la calle, hecho jardín, que tal vez justifique y explique el nombre de esta calle.

(Rivad., t. XXXIII, pág. 274.)

Téngase en cuenta que en 1656 todavía se llama también calle de los Jardines a la que después fué calle del *Turco*, y hoy *Marqués de Cubas*.

(2) Escribiendo D. Luis Zapata en su *Miscelánea* aquel capítulo *De cosas singulares de España*, dice: «La mejor plaza, la Mayor de Valladolid, o el Ruxio de Lisboa, o la de Medina del Campo, o la del Duque de Berganza en Villaviciosa, o la de ante Palacio de la Casa Real.»

(Memorial Hist. Esp., t. XI, pág. 53.)

Téngase en cuenta que Zapata escribía hacia 1593. La Plaza Mayor fué después mucho más monumental, pero no más aseada que la de Palacio, la cual debía ser una excepción en aquella Corte de que pudo Lope de Vega decir:

«Vientos que en Madrid soleis
llevar de sus sucias calles
mas liquidambar y algalia
que hay en treinta Portugales.»

(Lope, *El Acero de Madrid*, act. II, Rivad., t. I de Comed. de Lope, pág. 378-a.)

Es *calle del Espejo* (1)
por lo pequeña.

Mas como dos hileras
de perlas guarden,
La *calle del Tesoro* (2)
ha de llamarse.



(1) La calle no ha cambiado de nombre, ni el vulgo ha dejado de creer en el mal agüero de romperse un espejo: todo como en tiempos de Quiñones de Benavente, cuando una de sus damas entremesiles dialogaba con la casamentera de este modo:

DOÑA CARISEA. Otro vive en la calle del Espejo.

DOÑA CARMESÍ. Azar, ya se quebró; ¿Mas que es muy viejo?

(Quiñones de Benavente, *Entremés de las dos letras*; N. B. A. E., t. XVIII, pág. 770.)

(2) No debe referirse a la actual calle *del Tesoro*, sino a la que en el siglo xvii corría por donde hoy va la calle de *Requena*, en donde estaba la *Casa del Tesoro*, cuerpo de edificio del antiguo Palacio Real, señalado con el número 7 en el plano de 1656. Esta *Casa del Tesoro* sirvió de hospedaje a varios insignes personajes extranjeros que visitaron la Corte de Felipe IV.

(Vid. *Avisos* de Barrionuevo, ed. cit., t. II, págs. 231 y 490, y t. III, pág. 450.)

Es tu bella garganta
tan tierna y blanca,
los *Pozos de la Nieve* (1)
no han de igualarla.

De Ciprés es la calle (2)
tu talle estrecho,

(1) Todo lo que hoy es calle de Sagasta lo ocupaban en el siglo xvii los *campos de Santa Bárbara*, donde asentaban sus refugios los gitanos. Hacia la actual glorieta de Bilbao estaban los *Pozos de la nieve*. Todo esto salta a la vista en los siguientes versos:

MARTÍN. «Aquí he visto unos gitanos
ellos lo dirán, amigos,
¿Sabreisme decir acaso
Dónde vive por aquí?...

MALDONADO. ¿Quién?

MARTÍN. Don Diego de Alvarado.

MALDONADO. Vive enfrente de los Pozos
de la nieve.»

(Solís, *La Gitanilla de Madrid*, act. I. Rivad. t. XLVII, pág. 62-c.)

Un novelista contemporáneo nos ha transmitido el nombre del ingeniero que construyó el artilugio para guardar la nieve. Dice así:

«Encareció mucho el regalo que Madrid tenía gozando nieve todo el año, y alabó con amor y reverencia al ingenioso catalán Pablo Jarquies, por cuyo medio, artificio e industria, gozaba la republica de este singular deleite y beneficio.»

(Salas Barbadillo, *El Caballero Puntual*, ed. Madrid, 1909, pág. 200).

Ya Lanini en otra pieza entremesil había jugado del vocablo como en el texto que ilustramos. Dice así una comedianta:

«A serviros Antonia
del Pozo viene,
aunque digan que el Pozo
soy de la nieve.»

(Loa para la compañía de Vallejo, de D. Pedro F. Lanini. *Migaxas del Ingenio*, Zaragoza, s. a , fol. 54).

(2) La calle del *Ciprés* no he logrado identificarla. Para este caso y otros análogos nos dejó Calderón una inmejorable excusa en la comedia *Hombre pobre todo es trazas*.

«En Madrid, ¿no es cosa llana,
señor, que de hoy a mañana
suele perderse una calle?
Porque, según cada día
se hacen nuevas, imagino
que desconoce un vecino
hoy adonde ayer vivía.»

(Act. I. Rivad. t. I, de Comed. Calderón, pág. 503-a)

y en el aire y el garbo
calle del Viento (1).

Tienes, Clori, en tus manos
la Platería (2),
pues son de filigrana
dos chucherías.

FIN

M. HERRERO GARCÍA.

(1) La calle del *Viento* conserva aún su nombre.

(2) Salas Barbadillo fija perfectamente la situación de la *Platería*:

«Yace entre la calle Mayor y la plazuela que dicen ser de San Salvador, la una habitada por mercaderes y la otra de escribanos (dos posesiones, y entrambas en puesto público, del príncipe tenebroso), un sitio a que llaman la Platería.»

(Salas Barbadillo, *Entremés de las Aventuras de la Corte*; N. B. A. E., t. XVII, pág. 278.)

Lope de Vega, describiendo Madrid por boca del Genio del mal, dice lo característico de este sitio:

GENIO MALO. «Aquella es la Platería
del oro de mocedad;
aquí venden brevedad
hermosura y gallardía;
aquí están los mercaderes
de los placeres mundanos.

GENIO BUENO. Sí, pero todos son vanos.

HOMBRE. En efecto, son placeres.»

(Lope, *Auto Sacramental de los dos Ingenios y Esclavos*, ed. R. Acad., t. III, pág. 4.)

Imposible, y además innecesario, entretener en una nota todas las alusiones a la *Platería* de los autores clásicos. Sólo diré, para cerrar este capítulo que en los manuscritos españoles del *British Museum*, hay una carta de Francisco de Idíquez dirigida al secretario de Felipe II, Mateo Vázquez, «sobre el ensanche de la calle de la Platería», fechada en Madrid en 1578. Este documento irá impreso en los apéndices de este trabajo.

EL SIGLO XVIII ESPAÑOL Y LOS INTENTOS DE FORMACIÓN DE UN CORPUS DIPLOMÁTICO

Carácter saliente del siglo XVIII español es el manifiesto deseo de intensificar la tendencia crítica y documental iniciada en los estudios históricos a partir del Renacimiento. Si la evolución de la crítica en España se hubiese estudiado con todo el rigor científico que en materia de índole tan delicada es exigible, podría fácilmente apreciarse el significado de la serie, que, iniciada por los grandes humanistas del siglo XVI e historiadores como Morales y Zurita, llega hasta eruditos de la talla de Pedro de Valencia, Mondéjar, Nicolás Antonio y tantos otros. Perfeccionóse el método histórico, como consecuencia del movimiento de reacción contra los falsificadores que desde la centuria decimosexta desacreditaban el pasado español con fingidas crónicas e ilusorios descubrimientos. Aquí bastará recordar el nombre famoso del toledano Román de la Higuera, forjador atrevido de historias locales y vidas de santos, y los de aquellos que como Miguel de Luna, Flavio Dextro, Luitprando, Lupián Zapata y otros siguieron sus huellas, arrastrados, ya por una religiosidad mal entendida, ya por el absurdo empeño de dar a ciertos pueblos antigüedad prodigiosa.

Lógica consecuencia fué un sensible retroceso en los estudios históricos; «pero el espíritu crítico del siglo XVI— escribe Menéndez y Pelayo (1)—no había muerto aunque parecía aletargado, ni esperó... a la invasión de las ideas del siglo XVIII para dar nuevas muestras de vitalidad. Precisamente a los infaustos días de Carlos II corresponden, con estricto rigor cronológico, algunas de las obras más insignes de la crítica nacional: las *Dissertationes ecclesiasticae* del benedictino Pérez (1688), las innumerables del Marqués de Mondéjar, la *Colección Conciliar* de Aguirre (1693)... las dos *Bibliothecas* de Nicolás Antonio y su *Censura de historias fabulosas*... No hubo, pues, verdadero renacimiento de los estudios históricos en tiempo de Felipe V, sino renacimiento de una escuela formada en el reinado anterior con pleno conocimiento de lo que en España y Francia se trabajaba.»

El mérito principal de la desinteresada pléyade de trabajadores del siglo XVIII radica en haber comprendido que la historia, concebida científicamente, no podía alcanzar verdadera eficacia, de no reposar el relato de los

(1) *Historia de los heterodoxos españoles*, I.º. Madrid, 1921, pág. 15.—Vid. et. Carlos Ramón Fort: *Discurso sobre el estado de los estudios históricos en España durante el reinado de Carlos II*. Madrid, 1860, 32 págs. 4.º

hechos y el estudio de las instituciones, en los datos proporcionados por los diplomas, las monedas, los monumentos y las inscripciones.

La ciencia de los documentos, que de un modo más concreto nos interesa, acababa de nacer en Francia merced al esfuerzo realmente admirable del benedictino Mabillón, quien, en 1681, daba al público sus seis libros *De re diplomatica*, y en 1704 el *Supplementum* a los mismos, obras extraordinarias para su tiempo, si se considera cuanta variedad de erudición encierran sus páginas, así en el campo paleográfico como en el arqueológico, histórico y jurídico (1). El siglo XVIII veía perfeccionarse la nueva disciplina con la publicación del *Nouveau traite de diplomatique*, obra de dos religiosos benedictinos (2), de la *Istoria diplomatica* de Maffei (3) y de los numerosos trabajos de eruditos alemanes que prepararon el camino a la laboriosidad infatigable de los especialistas de la centuria siguiente, sobre todo de Teodoro von Sickel, benemérito investigador de las cuestiones relativas a la coincidencia del *actum* y el *datum* y de la naturaleza autógrafo de la *recognitio*, y a Julio Ficker, que trató definitivamente de la *acción y documentación* y aportó a la nueva ciencia un verdadero caudal de noticias sobre la organización de las cancillerías y una nueva doctrina, basada en principios precisos y razonables, acerca de las cuestiones relativas a las fechas y a las relaciones que éstas tienen con el hecho objeto del documento (4).

La influencia de la diplomática de Mabillón dejóse sentir muy pronto en España, según lo revelan el plan y factura de la *Poligrafía* de D. Cristóbal Rodríguez, publicada, con extenso prólogo, por Nasarre en 1738 (5). Como saludable reacción contra el cúmulo de fábulas a que antes hemos aludido, fuese formando conciencia de la urgente necesidad de constituir un *Corpus* de documentos, es decir, una *Colección diplomática*, tomado este concepto en su más amplio sentido, según luego se verá. Coincide el nacimiento de esta idea con los comienzos de organización científica de los archivos españoles. Felipe V, fundador en 1711 de la Real Academia de la Historia y en 1738 de la Biblioteca Real, hoy Nacional, comunicó en 1726 una orden a D. Santiago Agustín Riol para que le informase del estado de los archivos reales de la Corte, de Barcelona, de Simancas y de Roma, lo que el comisionado hizo en escrito muy docto y lleno de noticias que se imprimió, años más tarde, en

(1) Entre los precursores del sabio benedictino podría contarse al bolonés Ulises Aldovrandi que escribió en 1580 una obra en dos volúmenes titulada *Bibliologia*. Cfr. Carlo Malagola: *La Cattedra di paleografia e diplomatica nell'Università di Bologna, ed il novo indirizzo giuridico degli studi diplomatici*. Bologna, 1896, pág. 82. En lo que se refiere al estudio de la escritura, no deben olvidarse las tentativas de D. Juan Bautista Cardona, que datan de 1587. Cfr. Charles Graux: *Essai sur les origines du fond grec de l'Escorial*. Paris, 1880, pág. 313 y siguientes.

(2) [Tassin et Toustain]: *Nouveau traité de diplomatique, par deux religieux Bénédictins*. Paris, 1750-1765, seis vols. 4.º

(3) Scipione Maffei: *Istoria diplomatica*. Mantua, 1727, 4.º

(4) Cfr. Richard Rosenmund: *Die Fortschritte der Diplomatik seit Mabillon, vornehmlich in Deutschland Oesterreich*. München und Leipzig, 1897, 8.º

(5) *Bibliotheca universal de la Poligraphía española*. Madrid, Antonio Marín. 1738. Fol.

el *Semanario erudito* de Valladares de Sotomayor (1). Fernando VI ordenó en 1756 la reunión en un solo depósito de las seis colecciones de documentos a la sazón existentes en Simancas. Carlos III, en cuyo fecundo reinado se ensanchó el campo de los conocimientos nacionales de modo extraordinario (2), mandó sacar de Simancas los papeles tocantes a América y colocarlos en la Lonja de Sevilla, y autorizó, asimismo, a D. Juan Bautista Muñoz para investigar en los archivos y recoger de ellos la documentación fidedigna que permitiese rectificar y escribir con fundamento la historia del Nuevo Mundo.

Los archivos de Aragón, existentes desde el siglo xiv, se organizaron hacia la misma época, y otro tanto cabe decir del de la Cámara de Comptos, en que dejó huellas de su inteligente esfuerzo el P. José Moret, autor de las *Investigaciones históricas de las antigüedades del Reino de Navarra* (Pamplona, 1665) y de los *Annales del Reino de Navarra* (Pamplona, 1695).

Ya en el siglo xvii—hecho que corrobora las palabras de Menéndez Pelayo antes recordadas—habían visto la luz pública series de documentos formando ora apéndices, ora pruebas intercaladas en el texto de algunas obras históricas. Aunque de autor extranjero no dejaremos de mencionar, por ser de capital importancia, la *Marca Hispánica* de Pedro de Marca (París, 1688), redactada por Esteban Baluzio, el cual—según ha demostrado Rodolfo Beer en su hermosa monografía acerca de los manuscritos de Ripoll (3)—utilizó ampliamente los papeles allegados por la actividad y pericia del erudito catalán Jerónimo Pujades (4). Dentro del mismo siglo xvii cabe recordar, por su extraordinario interés, los documentos que en sus obras insertaron Francisco Cascales (*Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia*, Murcia, 1621), Diego de Colmenares (*Historia de la insigne ciudad de Segovia*, Madrid, 1640), Salazar y Castro (*Pruebas de la casa de Lara*, tomo IV, Madrid, 1696), y Suárez de Alarcón en sus *Relaciones genealógicas de la casa de los marqueses de Trocifal*, publicadas en 1656. Al reinado de Felipe V corresponden colecciones de tanto mérito como la que, por vía de apéndice, añadió el P. Berganza a sus *Antigüedades de España* (Madrid, 1719), obra que anda, aun hoy, en manos de los eruditos que se interesan por la historia antigua de Castilla.

(1) Tomo III, 73-235. *Representación hecha por el Secretario D. Santiago Agustín Riol, del origen y estado de los consejos, tribunales y archivos reales de la corte y chancillería, el de Roma y Simancas, al rey nuestro Señor. 1726*. La memoria de Riol fué corregida y en algunos extremos adicionada por D. Rafael Floranes: *Disertación histórica sobre los Archivos de España y en especial los de Castilla*. (Manuscrito de la Real Academia de la Historia.)

(2) Cfr. Fr. Rousseau: *Régne de Charles III d'Espagne*, II. París, 1907.

(3) *Die Handschriften des Kloster Santa Maria de Ripoll*. Viena, I, 1907. II, 1908. Vid. et. L. Auvray: *La Collection Baluze à la Bibliothèque Nationale en Bibliothèque de l'Ecole des Chartes*, LXXXI (1926), 93-174. Acerca de los papeles de Pujades, que poseía Baluzio, vid. páginas 155-156.

(4) Cfr. A. Morel-Fatio: *Noticia sobre la colección de documentos relativos a la historia de Cataluña recogidas por Jerónimo Pujades, conocida con el nombre de Flosculi*, en *Revista de Ciencias históricas* II, 51 s.

Todas las colecciones nombradas tenían un carácter parcial y limitado: la idea de formar una más amplia que sirviera de base a futuros trabajos de crítica y reconstrucción del pasado no surgió hasta los días de Fernando VI. Contribuyó, sin duda, a formar ambiente favorable a la empresa, en las postrimerías del reinado de su antecesor, el erudito valenciano D. Gregorio Mayans y Siscar (1), quien, en 1744, escribía (2): «Dos cosas entiendo yo que son necesarias para la perfección de la historia de España; es a saber: la enmienda de las Memorias impresas, i la Publicación de muchas no divulgadas. En los Archivos, assi particulares como públicos, ai muchos millares de Escrituras originales importantísimas para esplendor de las familias que las conservan, utilidad de las comunidades i gloria de toda la Nación. Convendría que hombres hábiles se aplicassen a escoger las más importantes, como en nuestro tiempo lo ha egecutado el Maestro Frai Manuel Mariano Ribera (3), Archivo Real de Barcelona, aunque su trabajo no ha logrado la pública luz. Las escrituras públicas indudablemente legítimas tienen suma autoridad en los asuntos principales de que tratan, i en todo lo que toca a las circunstancias del

(1) Acerca de Mayans y de su interesante personalidad, véase: *Elogios históricos de Mayans*, Valencia, Benito Monfort, 1832, debidos a D. Mariano González Valls y D. Marcial Antonio López, premiados ambos en 1827 por la Real Sociedad Económica de Valencia e impresos a sus expensas. A. Morel-Fatio: *Un erudit espagnol au XVIII siècle. D. Gregorio Mayans y Siscar*. (Extr: du *Bulletin Hispanique*, XVII (1915) número 3. Bordeaux-Paris, 1915, 72 págs., 4.º *Correspondencia literaria de D. Gregorio Mayans y Siscar*. (Cartas dirigidas a Cerdá con las respuestas de éste, entre 1771 y 1779) en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XII (1905), 271-280; 446-459. *Cartas familiares y eruditas de Fr. Luis Galiana, religioso del orden de Santo Domingo, a D. Gregorio Mayans y Siscar, con las respuestas de éste*. Las publica V. Castañeda. Madrid, 1923, 82 págs., 4.º *Cartas eruditas de Fr. Luis Galiana y de otros autores, recopiladas por él mismo*. en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXXV (1924), 209-312. [Hay varias de Mayans de 1764 y 1765]. Vid. et. la nota que con el título de *Feijóo y Mayans* publicó en *Revista de Filología española*, X (1923), 57-61. Como escribe acertadamente V[icente] C[astañeda] A[ícover]. en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXXV (1916), 444, Mayans es una figura que reclama acabada biografía, pues sin el menor dejo de exageración puede afirmarse que la cultura española del siglo XVIII desarrolló su actividad en el aspecto de crítica histórica y literaria, bajo la égida de Mayans.

(2) *Obras chronológicas de D. Gaspar Ibáñez de Segovia Peralta y Mendoza. Marqués de Mondexar...* Las publica de orden y a expensas de la Academia Valenciana, D. Gregorio Mayans y Siscar... En Valencia, por Antonio Bordazar de Artazú... Año de MDCCXLIV. Cfr. *Prefación*, págs. III-IV.

(3) «Fray Mariano Ribera—escribe Elías de Molins (*Bibliografía histórica de Cataluña en Revista crítica de historia y literatura*, III (1902), pág. 82)—trabajó con ahínco en los Archivos de varios monasterios y conventos y en el de la Corona de Aragón, y formó una colección diplomática que se afirma constaba de más de cien volúmenes. Muchos de éstos existían en su convento, y en 1769 el académico don Joaquín Traggia hizo un breve extracto de veinticuatro tomos que está transcrito en el segundo de su colección de manuscritos. (*Academia de la Historia*). Cfr. et. Fr. Faustino D. Gazulla: *El M. R. P. M. Fr. Manuel Mariano Ribera (1632-1736)*, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 1908, 102-117 y [Eduardo González Hurtebisse]: *El Archivo de la Corona de Aragón*, en *Guía histórica y descriptiva de los Archivos, Bibliotecas y Museos arqueológicos de España que están a cargo del cuerpo facultativo del ramo*. Madrid, 1916, 508-511. Otro historiador catalán que pasó casi toda su vida en los archivos fué el P. Caresmar; cfr. Elías de Molins, *Los estudios históricos y arqueológicos de Cataluña en el siglo XVIII*. Barcelona, 1903. Ramón d'Alós: *Contribució a la bibliografia del P. Jaume Caresmar*, en *Butlletí de la Biblioteca de Catalunya*, IV (1917), 28-36; V. (1918), 52-82 y P. Martí de Barcelona. *Notas bio-bibliográficas de Caresmar. Conmemorando un Centenario, 1717-1791* en *Estudios Franciscanos*, XXII (1919), 197-206.

tiempo en que se escribieron: porqué los que mandaron hacerlas para memoria de los tiempos venideros, autorizándolas con testigos, i con la fé de un Escrivano público, no es creible que faltasen a la verdad en cosas notorias y particularmente, en el tiempo en que se formaron, en el conocimiento de las personas, i en las circunstancias que concurrieron... De semejantes Escrituras indubitadamente legítimas... quisiera yo una buena colección: i para que esta pudiese hacerse mejor, convendría que a lo menos en los Archivos públicos se formassen i publicassen índices de ellas, hechos por personas que entiendan bien la lengua en que están escritas y sepan leerlas» (1).

Pensando más tarde el P. Rávago (2), confesor del monarca y su ministro el marqués de la Ensenada, emprender una serie de trabajos encaminados a la exploración de los archivos españoles, nombróse con tal fin, en 3 de septiembre de 1750, una comisión integrada por varios eruditos. En el tomo XIII de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España* (3) puede verse la lista de sus miembros y las localidades a que se les destinaba. Alma y centro de la magna empresa era el P. Andrés Marcos Burriel de la Compañía de Jesús. Figura interesante y simpática, modesta y abnegada, verdaderamente representativa de su época, merece siquiera que en este rápido esbozo le consagremos unas cuantas líneas.

Había nacido en Buenache de Alarcón, provincia de Cuenca, en noviembre de 1719 (4). El año 1731 cursó Filosofía y Teología en los colegios de su orden en Toledo y Murcia, y algún tiempo después desempeñó en la primera de dichas localidades la cátedra de Gramática. En 1745 fué nombrado pasante de Teología en el Colegio Imperial y en 1747 *leyó* la misma disciplina en el Colegio Máximo de la Compañía de Jesús en Alcalá, habiendo tenido luego a su cargo la cátedra de Retórica en el Seminario de Nobles. En 1749, y en cumplimiento de un solenne voto, se disponía a embarcarse para California como misionero, cuando las empeñadas gestiones de Rávago lograron retenerle en España. Pocas personas, a la verdad, tan capacitadas como el Padre Burriel para llevar a feliz término la misión que se le encomendaba; familiarizado con la antigua liturgia española, con la diplomática, historia del derecho y literatura, unía a estos conocimientos los paleográficos, de que dió prueba

(1) Diez años antes, en la epístola dedicatoria a D. José Patiño del libro titulado *Carias morales, militares, civiles y literarias*, Madrid, Juan de Zúñiga, 1731, 8.º, defendía Mayans, entre otros proyectos, la formación de una *España Eclesiástica*, donde estuviesen recogidas las principales memorias eclesiásticas, «como concilios, bulas y privilegios» y «que para esto—agregaba—sólo se necesita de ir peregrinando por España tres o cuatro años con autoridad real y suficiente honorario».

(2) Cfr. Enrique de Leguina: *El P. Rávago, confesor de Fernando VI. Estudio biográfico*. Madrid, 1876.

(3) Madrid, 1848, 311-312.

(4) Cfr. *Razón de la vida del jesuita Andrés Marcos Burriel, dada por su hermano Antonio Burriel, también jesuita, a D. Joaquín Saurín y Robles*, publicada en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, VIII, Madrid, 1846, 518-571 y José Contreras Pérez: *El P. Burriel en La Ilustración Española y Americana*, LVIII (1914) número 18, págs. 295-299 y número 19, págs. 311-315.

elocuente en la *Paleografía española* que en 1755 salió a luz, formando parte de la traducción castellana de *L'Espectacle de la Nature* de Pluche, a nombre de su compañero de hábito D. Esteban de Terreros y Pando (1).

Burriel fué designado, en unión del diligente numismata Pérez Bayer (2), autor, entre otros trabajos, de las eruditísimas notas que enriquecen la segunda edición de la *Biblioteca Hispana Vetus* de D. Nicolás Antonio, para explorar los diversos archivos de Toledo. A partir de ese momento, la biografía del insigne jesuita es inseparable de la labor de investigación y copia. En 1752 se había logrado transcribir cerca de dos mil manuscritos—entre códices y documentos—que el propio Burriel cotejaba con los originales e ilustraba con datos y observaciones, fruto de su saber y experiencia, sin que le faltase tiempo para ordenar la *Historia de la California*, país que parecía ejercer sobre él misteriosa atracción, trazando nuevos mapas y recogiendo, con impropio trabajo, cuantos documentos y diseños le era posible, no sólo acerca de la región indicada, sino de las demás tierras y mares de uno y otro lado de la América septentrional. Con arreglo al plan maduramente elaborado, prosiguió Burriel sus trabajos hasta el momento en que, caído Rávago en desgracia, despojado Ensenada de su cargo y sustituido el difunto Carvajal y Lancaster en la Secretaría de Estado por el general D. Ricardo Wall, vió alzarse contra él la ira de ciertos envidiosos que utilizaron como instrumento la debilidad o pocas luces del nuevo ministro. Éste, en agosto de 1754, ordenaba a Burriel la remisión de los papeles que los restantes comisionados sometieran a su examen y, dos años más tarde, el envío inmediato, no ya sólo de la Colección Canónica, sino de cuantas obras, privilegios y documentos de toda índole hubiese hasta entonces recogido. Cumplió Burriel la primera parte de la despótica orden, resistiéndose a la segunda, con pretexto de formar índices minuciosos de lo trabajado y protestando de que «a un hombre empleado sin solicitarlo, y detenido cuando marchaba al último rincón del mundo a morir entre los bárbaros..., que ha trabajado con tan ardiente tesón y con tanta aprobación de todos los ministros...; que un hombre que no quiere otro premio que trabajar en gloria de Dios, del Rey y de la Nación, sea privado de un golpe en la edad florida de todos sus trabajos, ideas y papeles, sin que aparezca en él la menor culpa o descuido» (3).

Y no contento con afirmar que él había laborado como autor y no como

(1) *Espectáculo de la Naturaleza, o conversaciones acerca de las particularidades de la historia natural que han parecido más a propósito para exercitar una útil curiosidad y formarles la razón a los jóvenes lectores. Parte séptima que contiene lo que pertenece al hombre en sociedad...* Tomo décimotercero. En Madrid: En la oficina de D. Gabriel Ramírez... Año de 1755. Hay segunda edición, publicada por Ibarra en 1758 y dos más de los años de 1771-73 y 1785, respectivamente.

(2) Véase: L. J. García: *Un retrato de Pérez Bayer. De un estudio en preparación*, en *Basílica Teresiana* (Salamanca) III, 1915, 33-44, y del mismo autor *Pérez Bayer y Salamanca. Datos para la bibliografía del hebraísta valenciano*. Salamanca, Calatrava, 1918, 271 págs., 4.º

(3) *Carta al duque de Alba*. Toledo, 30 de marzo de 1756, en *Documentos inéditos*, XIII, 290-291.

mero copista (1) y de prever que sus traslados, libros y papeles iban a quedar, quizá para siempre, sepultados en el olvido, retuvo en su poder la *Colección*, fruto de sus desvelos, que a su muerte, acaecida en 1762, fué hallada en su aposento y trasladada a la antigua Biblioteca Real de Madrid. Los códices que fueron del insigne jesuita ocupan hoy los estantes de la *Sala de Manuscritos* señalados con la signatura Dd.; raro es aquel en que no hay algún apunte suyo, alguna variante anotada, alguna fecha corregida. El extraordinario interés de la colección estriba en que no se trata de una serie de copias hechas al azar y sin criterio fijo, sino de transcripciones revisadas y ordenadas por el colector. La descripción que Burriel hizo de los manuscritos que disfrutó no son meras catalogaciones, sino fruto de un paciente examen, folio por folio, del código examinado, y un abundante caudal de luminosas observaciones acerca de liturgia, legislación y cronología.

Interesante en extremo—ya que las obras publicadas por Burriel no son sino ensayos—es conocer su pensamiento y ambiciosos proyectos. Consérvase, por fortuna, gran parte de la correspondencia que sostuvo con personas eruditas de su tiempo, tales como el ya citado Rávago, el P. Flórez y D. Gregorio Mayans y Sísar (2). Cuatro cartas, principalmente, contienen la exposición de sus propósitos; tres de ellas pueden leerse en el *Semanario erudito* de Valladares, y son: la dirigida al jurisconsulto sevillano D. Juan Ortiz de Amaya, la que tiene por destinatario a D. Pedro de Castro, y la que escribió al P. Rávago en 22 de diciembre de 1752. La cuarta (3), enviada a Carvajal y Lancaster, su decidido protector, está fechada en Toledo a 17 de septiembre de 1751.

La primera pone de relieve su profundo conocimiento de la historia del Derecho e instituciones medievales; proponía en ella la formación de un *Corpus* de códices y fueros; exponía atinadas ideas respecto a la redacción de las *Partidas* y trataba con un acierto tanto más de admirar, cuanto que debió elaborarse en el trato continuo con los manuscritos, de las principales colecciones del Derecho español en la Edad Media. Revela la segunda cuán familiares le eran las cuestiones canónicas y de disciplina eclesiástica, y en la dirigida al confesor del monarca, carta que, por cierto, se publicó en París antes de ser dada a la estampa en su lengua original, trata por menudo de los planes y proyectos de la comisión que nos ocupa, exponiendo su intención de formar «dos colecciones de todas las leyes eclesiásticas y seculares que en algún tiempo hayan tenido vigor y fuerza de tales, singularmente en los reinos de Castilla y León», y prodigando peregrinas noticias acerca de historia eclesiástica y legislativa españolas. La última de las epístolas mencionadas.

(1) Véase su *Carta*, fechada en Toledo a 24 de marzo de 1756 y dirigida al inquisidor general, *Documentos inéditos*, XIII, 295-301.

(2) Cfr. Jesús Reymondez del Campo: *Correspondencia epistolar del P. Andrés Marcos Burriel, existente en la Biblioteca Real de Bruselas*. Madrid, 1908. (Tirada aparte del *Boletín de la Real Academia de la Historia*, marzo de 1908). Emilio Gigas: *Cartas del P. Andrés Marcos Burriel, en Revistas de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1914, 120-132, 472-486 y 1923, 406-438.

(3) *Revista de Archivos*, 1913, 483-486 y 1923, 406-414.

contiene, entre otros proyectos, los siguientes, que atañen más directamente a nuestro asunto: «*Uua Colección diplomática real de España*, que comprehendiese todos los Privilegios dados por los Reyes, de qualquier modo, y a qualquiera Comunidad, o Persona, que fuese; los Testamentos, Pactos, Capitulaciones, Tratados, Cartas, Quadernos de Cortes (si yá estos, y las ordenanzas, y Pragmaticas no se huuesen de ingerir en otro Cuerpo o Colección de todas las Leyes) y en una palabra todos los monumentos, que huuesen emanado de los Reyes, o tuuiesen conexion con la Corona, o Familia Real». «Un *Bullario Español*, que comprehenda no solo quantas Bullas se hallen embiadas a España con qualquier motiuo, sino los Papeles authenticos, que se hallen no impropios para la luz pública, de Diferencias, Ajustes, Concordatos, y Pactos con Roma, y los hechos por sus Legados, y Nuncios en España.»—«Un *Cuerpo diplomatico general*, que comprehenda quantas Escrituras se hallen en los Archivos del Reyno, dignas de la prensa, por interesar al Público, por qualquier título, y razon, que sea, aunque sean entre Comunidades, Familias, o Personas particulares.»—Pero en donde Burriel expone de un modo más completo y sistemático los proyectos cuya realización estimaba inaplazable, es en los *Apuntamientos de algunas ideas para fomentar las letras o Proyecto para Artes y Ciencias*, que lleva la fecha de 1750. Trátase de un extenso discurso que comprende una introducción y dos párrafos. El más importante es el segundo, inestimable esbozo de un plan bibliográfico, trazado con aguda penetración y atenta critica: enumera en él las obras importantes y de urgente necesidad, tales como la Biblia gótica, Oficio mozárabe, Colección de Concilios, Breviarios de Iglesias, Epístolas Sinodales y Decretales, Estatutos, Constituciones de Universidades y Colegios, Santos Padres Españoles, Escritores de cosas de España, Ilustración de Garibay, Morales y Mariana, Colección de Historiadores de Indias, Cartas edificantes americanas, Atlas geográfico de España y de las Indias, Colección de obras reales o de reyes y príncipes de España, Bibliotecas de D. Nicolás Antonio añadidas (1), Colección de escritores de obras pequeñas y excedentes, reimpressiones de autores célebres, Historia de la Compañía de Jesús en España, Colección de apócrifos españoles, *Acta Sanctorum hispanorum*, *Hispania Christiana*, Historia de las órdenes militares, monacales, mendicantes y clericales, Colección de monedas, inscripciones, monumentos y antigüedades de España, Diccionario etimológico y de voces anticuadas, Historia natural de España o Plinio Español, Plinio Indiano, Biblioteca de manuscritos españoles, Biografías de historiadores de reinos, ciudades y pueblos, Colección de monumentos en lenguas indígenas de América, Bibliografías locales y particulares, *Cuerpo diplomático o Colección de todos los privilegios y escrituras*

(1) En 13 de septiembre de 1750, y sin duda por inspiración de Burriel, escribía Rávago a D. Blas Antonio Nasarre: (Cfr. *Epistolario español*, II, 182, Colección Rivadeneyra). «Sirvase usía de mandar hacer una copia de las *Adiciones* manuscritas que tiene la *Biblioteca* de D. Nicolás Antonio, y al mismo tiempo el ir disponiendo cuanto usía y sus amigos puedan contribuir a su aumento, porque deseo que se trate con eficacia a la nueva edición».

antiguas, etc., etc. (1). A todo acudía su extraordinaria actividad y amor a la ilustración de sus contemporáneos y de la posteridad. El erudito que se decidiese a estudiar los manuscritos del sabio sacerdote y a publicar un detallado índice de su contenido, prestaría a la historia de España inestimable servicio.

Al mismo tiempo que Burriel y Pérez Bayer recogían documentos tocantes en especial al pasado eclesiástico español, se autorizaba—en 2 de noviembre de 1752—a D. Luis Velázquez, marqués de Valdeflores y autor de algunas obras de estimable erudición (2) para viajar por la Península y examinar y transcribir cuantos documentos de sus archivos pudiesen esclarecer la historia civil de España. Por sí sólo, y entre los años de 1752 y 1756, acopió la enorme suma de siete mil diplomas, a más de un crecido número de inscripciones, medallas y diseños de toda clase de monumentos (3). La colección, integrada por sesenta y siete volúmenes en folio, se conserva hoy en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

Este organismo, por inspiración de D. Pedro Rodríguez Campomanes, decidió, hacia 1755, emprender la formación «de un *Índice general diplomático* y de otros instrumentos fidedignos para ilustrar los acontecimientos de los primeros siglos de la restauración de España, porque sin ellos la concisión de los demás dexaría ignorados el tiempo preciso de unos hechos, la existencia de otros y varios otros puntos de fundaciones, leyes, costumbres, etc.» (4). El académico mencionado presentó en la sesión de 8 de agosto de 1755 el plan y reglas a que debía ajustarse la ejecución del proyecto y poco después se imprimió la *Instrucción que forma la Academia de la Historia, sobre el uniforme método de sus individuos en las cédulas para el Índice Universal Diplomático de España* (5). «Baxo de estas y otras reglas—es-

(1) Reymóndez del Campo. *op. cit.* 52-54.

(2) *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas que se encuentran en las más antiguas medallas y monumentos de España*. Madrid, 1752, 4.º *Conjeturas sobre las medallas de los reyes godos y suevos de España*. Málaga. 1759, 4.º

(3) Cfr. su *Noticia del viaje de España hecho de orden del rey, y de una nueva historia general de la Nación desde el tiempo más remoto hasta el año de 1516. Sacada únicamente de los Escritores y Monumentos originales contemporáneos. Con la colección universal de estos mismos Escritores y Monumentos recogidos en este viaje*. En Madrid. En la oficina de don Gabriel Ramirez, año de 1756, 4.º

(4) *Memorias de la Real Academia de la Historia*, I, Madrid, 1976, § VI, *Colección diplomática y litológica*, págs. XLI-XLIII.

(5) Sin indicaciones tipográficas; 10 hojas sin numerar en 4.º De los dos ejemplares que posee la Academia hemos utilizado el que lleva la signatura 21-1-3, legajo 28, número 9. Comprende XIX reglas y un modelo de cédula. Lo más interesante es lo que sigue: «I: Que este índice sea ante todas cosas de los privilegios impresos, y que evacuado se pase a los manuscritos aun inéditos y cotejo de los publicados que lo necesiten. Este índice comprenderá donaciones reales, tratados de paz, alianza, tregua, neutralidad, declaración de guerra, desafío, casamiento, capitulaciones, bulas, contratos de señores, Comunidades, Testamentos y todo instrumento notable antiguo, cortes, concilios, Fueros de ciudades, Estatutos de órdenes militares y otros semejantes». II: Que se anote siempre «el Canciller o Notario para que al mismo tiempo sirva esto de material para la *Historia de la Cancillería Real*». IV: Que se indique si el documento se sacó del original «o del libro que llaman *Tumbo* en Asturias, Galicia y Portugal, *Becerro* en Castilla, y en otras partes *Libro de Regla*». XVIII: «Puesto en limpio [el Índice] con una prefación de las advertencias que parezcan convenientes acerca de su uso y ciencia diplomática en España, se imprimirá para utilidad pública y facilidad en el reconocimiento de Archivos».

criben las *Memorias* (1)—, se empezó a trabajar desde entonces y se continuó con empeño en esta sistemática tarea de los extractos. Sin contar los instrumentos manuscritos, pasaban ya en el año de 1760 de 180 los volúmenes impresos que se habían extractado y de 56.000 las cédulas que existían coordinadas». Este importante material se guarda en la Biblioteca de la Academia y podría, incluso hoy, prestar inestimables servicios.

Durante el mismo reinado de Fernando VI, se inició la publicación de una obra fundamental y sobradamente conocida, en la que su autor se proponía encerrar la historia eclesiástica de España y rectificar, mediante un examen atento de los monumentos originales de toda clase, cuanto de inexacto se hubiese escrito acerca de ella por sus predecesores. El P. Flórez (2) comenzó a meditar y preparar el plan de su *España Sagrada* hacia 1744, en plena edad madura, pues ya contaba cuarenta y dos años, y, tres más tarde, publicó los dos primeros tomos, prosiguiendo sin desmayar la ingente tarea, hasta su muerte, acaecida en 1773. Dado el sistema de trabajo del docto agustino, no es de extrañar que la transcripción de los documentos, que en número considerable integran los apéndices de casi todos los tomos de su obra, adolezca de errores materiales, en su mayoría imputables a la falta de experiencia paleográfica de sus corresponsales y colaboradores; pero, así y todo, puede afirmarse que la *España Sagrada* es arsenal de datos de primera mano, base de ulteriores estudios, y que en ella yace sepultada y desconocida todavía gran parte de la historia española medieval.

Otras colecciones importantes, aun en gran parte inéditas y custodiadas actualmente en la ya citada Biblioteca de la Academia de la Historia, son las formadas por D. José de Vargas Ponce, en especial interesante para las antigüedades de Guipúzcoa, la de D. Juan Bautista Muñoz, indispensable para el estudio de la historia de América (3) y las de Salazar y Traggia (4). Entre todas ellas ofrece mayor interés, en relación con el asunto que investigamos en estas líneas, la reunida por el prior de Meyá, D. Manuel Abad y Lasierra (5). Sus proyectos halláanse expuestos en carta dirigida a Campomanes en 12 de marzo de 1773 (6) y se encaminaban fundamentalmente al esclarecimiento de

(1) *Loc. cit.*

(2) Cfr. Fr. Francisco Méndez: *Noticias de la vida y escritos del Reverendísimo P. Maestro Fr. Enrique Flórez*, Madrid, 1780, 4.º (2.ª edición, Madrid, 1860) y José María Salvador y Barrera, obispo de Madrid-Alcalá: *El P. Flórez y su España Sagrada*, Madrid, 1914. (Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia.)

(3) Cfr. el *Informe* de D. Jacobo de la Pezuela, escrito en 1867 y titulado *La colección Muñoz en la Real Academia de la Historia*, en *Boletín* de esta Corporación, LXXIX (1921), 74-79.

(4) Sobre Traggia, vid. Elías de Molins, *art. cit.*, págs. 178-179.

(5) Sobre Abad y Lasierra, vid. Elías de Molins, *art. cit.*, págs. 86-87 y del mismo autor, *Archivos españoles. Noticias bibliográficas*, en *Revista Crítica de Historia y Literatura*, 1902, 126-127. Cfr. et. *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses de Latassa, aumentadas y refundidas en forma de Diccionario bibliográfico-biográfico* por D. Miguel Gómez Uriel, Zaragoza, I, 1884, págs. 13-14.

(6) Consta de nueve hojas y puede leerse en el t. II de su *Colección (Acad. de la Historia.)*

Desde 1771 venía Abad trabajando en la ejecución de su proyecto. La carta a que nos referimos en el texto fué sin duda la que determinó a la Academia a adoptar su plan en mayo de 1773 y a nombrarle individuo de número. (Cfr. *Memorias*, I, LIV-LV.)

la primitiva historia de Aragón. Proponía para ello la ejecución de nuevos índices en los archivos de la Congregación benedictina tarraconense, el cotejo de todos los documentos con sus respectivas ediciones, la copia íntegra «de las piezas pertenecientes a la disciplina eclesiástica, concilios, pontificales, liturgias, santorales, breviarios antiguos, martirologios, etc., como también las de disciplina monástica, principalmente la doméstica... y quanto puede conducir a la historia de la religión de San Benito en España», el examen de la calidad de los documentos «pues el fin es sacar dibujo exacto de los más recomendables de los monogramas, letras iniciales, de las cláusulas controvertidas, de la data y modo de kalendar, del signo del príncipe, confirmantes y escribano o secretario.» El resultado de tan considerable labor había de ser «una colección exacta de todos los monumentos de la antigüedad que hoy existen en nuestros monasterios... para que de los índices y documentos de cada uno pueda después formarse un catálogo general de todas las escrituras reales o pontificias que se conservan en los archivos de nuestra congregación, con noticia puntual del monasterio y lugar en que se hallan: y asimismo una Biblioteca de todos los códices manuscritos litúrgicos, legales, históricos, políticos de qualquier naturaleza que sean con una noticia de su contenido bastante para conocer su mérito y utilidad: y una colección de inscripciones y monedas que junta con los demás documentos baste a preparar materiales sobre los cuales los literatos puedan meditar nuevas producciones con sólidos fundamentos.»

Trabajó Abad y Lasierra incansablemente, y su *Colección* (1) es riquísima cantera de materiales aprovechables. Para dar idea de su importancia (2) bastará recordar que el tomo de la misma, titulado *Índice de varios códices de los Archivos de Aragón, 1777* (3), contiene en facsímil los fragmentos visigóticos de las famosas genealogías de Meyá, estudiadas con su habitual competencia por Barrau-Dihigo y varias reproducciones del Libro gótico de San Juan de la Peña, que, largo tiempo perdido, pára hoy en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza.

Trataremos ahora sucintamente, por ser asunto más conocido (4), de otro intento de formación de un *Corpus diplomático e histórico literario* que va unido a la brillante tradición que en España y fuera de ella representó siempre la Orden benedictina. Base del proyecto era la publicación de una *Diplomática española*, trabajo que fué confiado en 1770 al monje de Silos Fr. Domingo Ibarreta y a algunos colaboradores como el P. Escalona, quien más tarde, en 1782, daba a las prensas su bien documentada *Historia del monasterio de Sahagún*. Durante dos años recorrió Ibarreta los archivos de Madrid, León, Astorga, Toledo, Oviedo y otros, con la mira de acopiar los có-

(1) *Academia de la Historia*, sign. 12-21-2, núms. 22 y sigs.

(2) El autor de estas líneas prepara la publicación de *Índices detallados de las Colecciones Burriel, Velazquez, Abad, Traggia y Abella*

(3) Sign. 12-23-1-A-6.

(4) Trató de él ampliamente en un estudio muy interesante y documentado el P. A. Andrés: *Proyecto de una diplomática española en el siglo XVIII*, págs. 67-120 del cuaderno V de la *Escuela Española de Arqueología e Historia en Roma*. Madrid, 1924.

lices y documentos antiguos que no hubiesen aún visto la luz pública, anotar las variantes de los ya publicados y corregirlos mediante su cotejo con los inéditos y originales; en 1772 enviaba a informe de la Academia de la Historia el plan definitivo de su *Aparato diplomático*, que debía constar de cinco volúmenes y se halla hoy en estado fragmentario en el Monasterio de Silos y en la Biblioteca conciliar de Sigüenza (1). «Esta importante obra seguía con visible empeño y progreso en 1773 (2), pues por setiembre del mismo año el general del Orden de San Benito dió cuenta del estado y reconocimiento de Archivos executado por los diez Académicos correspondientes de su religión, acompañando el Aparato entregado por el P. Ibarreta... Pero como esta empresa, digámoslo así, combinada, pedía constancia, celo y una armonía difícil de hallarse entre cuerpos separados, y dirigidos por distintas máximas, no ha tenido los progresos que prometieron al principio los deseos y buena voluntad de sus operarios» (3). El *Aparato*, curioso intento de sistematización de los conocimientos paleográficos y diplomáticos, iba encaminado a preparar debidamente en la práctica del formulario documental, de la cronología, de la geografía antigua y del bajo latín, a la falange monacal que se aprestaba a colaborar en la magna obra. La Academia contestaba a la Orden con un elocuente *Informe* de Campomanes, en que proponía centralizar los trabajos en el monasterio de San Vicente de Oviedo y se extendía a dar consejos y orientaciones que revelan la clarividencia de espíritu y los variados conocimientos de su autor. Del magno propósito de los Benedictinos dan fe, entre otras cosas, la obra fragmentaria de Ibarreta (4), el *Informe* citado y una carta, como suya admirable, de Fr. Martín Sarmiento, que por tener entonces más de setenta y cinco años no pudo prestar a la realización del proyecto su material concurso (5).

Idéntica suerte estaba reservada a dos historiadores que en las postrimerías del siglo XVIII pretendieron llevar a efecto lo que sus predecesores en el intento no lograron realizar. Fué el primero el P. Masdeu, autor de la *Historia de España*, «en la que se recoge a maravilla el espíritu crítico y documental de nuestra escuela nacional de erudición en el siglo XVIII; se estudian

(1) Cfr. Dom Marius Ferotin: *Histoire de l'abbaye de Silos*, Paris, 1897, 4.º, págs. 247-249 y Juan Francisco Yela: *Un aparato diplomático inédito y un recuerdo del P. Sarmiento*, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1916, 220-229.

(2) Léase 1772.

(3) *Memorias citadas*, I, LIX.

(4) En Silos se conserva una parte considerable de los documentos que reunió, muchas de las láminas grabadas y la epístola dedicatoria que imprimió con el título de *Diplomática española en obsequio del público*. (Cfr. Ferotin, op. cit., pág. 243 y nota 3).

(5) *Carta al general de la Congregación benedictina, sobre la formación de una colección diplomática*. Original en Silos. Copia en sus obras manuscritas, Biblioteca Nacional de Madrid. Cfr. Marcelino Gesta y Leceta: *Índice de una colección manuscrita de obras del Reverendísimo P. Fr. Martín Sarmiento, benedictino, seguido de varias noticias biblio-bio-gráficas*. Madrid, 1888, 4.º, pág. 37, número 78. Vid. Andrés, op. cit., págs. 101-109. El manuscrito *Egerton 907* del British Museum, contiene dos cartas de Sarmiento, pertinentes al asunto. Folio 90: *Carta a D. Pedro Rodríguez Campomanes, remitiéndole su Aparato y Prontuario de la Historia Universal, eclesiástica, civil, diplomática de España*. (Nájera, 7 de septiembre de 1772) y fol. 105: *Cartad el mismo sobre la formación de una diplomática española*. (Madrid, 16 de noviembre de 1772).

con orientación moderna y como aparato previo las ciencias auxiliares de la historia, se extrae, por decirlo así, el espíritu yacente en las compilaciones indigestas de documentos y se le hace servir por vez primera para construir un edificio sólido y orgánico, primer intento serio y moderno de nuestra historia nacional» (1). De los propósitos de Masdeu no tengo más noticias que las contenidas en una carta que, sobre reconocimiento de los archivos de Asturias y León para escribir la historia de España, le dirigió D. Gaspar Melchor de Jovellanos. «Mas, ¿qué podré yo decir—le escribía—acerca de la gran Colección diplomática que Vm. me dice haber propuesto al Gobierno por la vía del Estado? No creo como Vm. que el *jesuitismo* (porque esta manía pasó ya y no tiene traza de renacer), sirva de estorbo a su aprobación: pero sé que esta empresa requiere muchas manos hábiles, mucho trabajo penoso, mucho dinero y mucha protección y no sé de dónde le puede venir. — ¡Cuánto y cuán bueno—añadía—no trabajó en ella el infatigable Burriel! ¡Cuánto Ibarreta y sus Benedictinos, con mejores auspicios, aunque con menos constancia y menos fruto! ¡Cuánto no clamó y afanó en su favor el erudito Conde de Campomanes, aunque también en vano!» (2).

El segundo historiador a que antes aludíamos fué D. Manuel Abella, hombre erudito y capacitado, desde luego, para llevar a término sus bien meditadas aspiraciones. «Considerando yo—decía en el razonado informe que elevó a la superioridad en 13 de mayo de 1795 y se imprimió en el mismo año (3)—que después de tanto escribir crece más la confusión en la historia, y que en lugar de tomar asiento las cosas se levantan sistemas contra sistemas, he querido examinar la causa de este mal. Después de muchas reflexiones, he hallado que el origen de tanta discordia no es otro que el de haberse empeñado los escritores en un trabajo para el cual no están hechos los acopios necesarios. Es evidente que la historia no puede escribirse en fuerza de conjeturas y discursos voluntarios, dependiendo únicamente de la noticia cierta de los hechos... Es de creer que en los Archivos y Bibliotecas públicas y privadas, existen muchos manuscritos desconocidos de nosotros. Al menos está fuera de toda duda que no tenemos una Colección Diplomática de privilegios, bulas y otros instrumentos capaces de dar nueva luz a la historia. Sin estos conocimientos es imposible escribir con acierto lo ocurrido en los siglos pasados, y habiendo carecido de ellos nuestros mayores y nosotros mismos, no es de extrañar este mos todavía tan atrasados en el conocimiento de nuestra historia». Su idea era, según sus propias palabras, «la de un *Viaje literario* a reconocer archivos y bibliotecas, con el fin de sacar copias exactas de cuantos códices y ma-

(1) Cfr. Pedro Sáinz Rodríguez: *Las polémicas sobre la cultura española*. Madrid, 1919, 8.º, pág. 31.

(2) Publicada por Somoza García-Sala: *Jovellanos, manuscritos inéditos, raros o dispersos*. Madrid, 1913, 8.º, págs. 286-298.

(3) *Noticia y plan de un viaje para reconocer archivos y formar la Colección diplomática de España, encargada por el rey a D. Manuel Abella*. De orden superior. Madrid, en la Imprenta Real. Año de 1795, 39 págs., 4.º

nuscritos contengan, de cotejar los publicados con códices no conocidos hasta ahora, de recoger y extractar cuantos privilegios reales, bulas y demás instrumentos de consideración se encuentren, sin omitir cosa que pueda contribuir a ilustrar todos los ramos de la historia, esto es, la parte civil que comprende la sucesión de los Príncipes, la Política, la Legislación, la Táctica, el Comercio marítimo y terrestre, las Artes, la Agricultura y las Ciencias. La parte eclesiástica, a la que pertenece la serie de los Obispos, la Disciplina, los Concilios y Sinodos, las Fundaciones religiosas, las Obras pías y los Varones ilustres en Santidad» (1). Cuidaba de advertir que el empeño no era escribir la historia, sino juntar los materiales para ello necesarios, y tras de invocar los nombres de Muratori, de Montfaucon, de Labbé y de Duchesne, como prueba del interés que en otras naciones habían despertado empresas semejantes, se extendía a proponer los detalles de la misma, impresión de los índices cronológicos, condiciones que habían de reunir los amanuenses y, en una palabra, cuanto estimaba conducente al logro de sus deseos y a dar a conocer «el espíritu de nuestras leyes, el influjo que ha tenido sobre la política, la variación de la disciplina, lo que es propiamente de Dios y lo que es del César» (2). El autor de tan notable proyecto, en el que sin olvidar la ingente labor de sus predecesores, se proponía aprovecharla y evitar su pérdida total, fué autorizado por una Real Cédula en el mismo año, para comenzar sus trabajos. De la diligencia y entusiasmo que en ellos puso, dan fe sus papeles manuscritos que hoy guarda en Madrid la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (3).

Como consecuencia lógica de los trabajos reseñados, llegó a concretarse y sistematizarse en el siglo que nos ocupa, un concepto de la historia que podría llamarse moderno y que desde el siglo xvi hallamos expuesto aisladamente en algunos escritos, como en el interesantísimo del doctor Juan Páez de Castro titulado *De las cosas necesarias para escribir la historia* (4), en el cual, después de indicar que los conocimientos del historiador deben extenderse a todas las ciencias, traza un cuadro muy completo de las materias que había de abarcar la obra que proyectaba: Geografía de España en los diversos tiempos, idiomas, indumentaria, legislación, religión y costumbres, historia política y nobiliaria, sucesos militares, letras y artes. «Como escribir la historia—decía—no sea cosa de invención ni de ingenio, sino también de trabajo y fatiga para juntar las cosas que se han de escribir, es necesario buscarlas... leer las memorias de piedras públicas y letreros de sepulturas, desenvolver registros antiguos de notarios donde se hallan pleitos de estados, testamentos de reyes y grandes hombres, procesos de rieptos y otras muchas

(1) Ibid., pág. 41.

(2) Ibid., pág. 51.

(3) *Sign.* 12-24.3.B-80-118.

(4) *De las cosas necesarias para escribir historia. (Memorial inédito del Dr. Juan Páez de Castro al emperador Carlos V)*, publicado en *La Ciudad de Dios*, XXVIII (1892), 601-610 y XXIX (1892), 27-37.

cosas que hazen a la historia; révolver librerías de collegios y monesterios y abadías; ver los archivos de muchas ciudades para saber sus privilegios y dotaciones, y propios, y sus fueros y ordenanzas; inquirir los linajes que hay en cada uno; y saber sus descendencias y blasones; saber el derecho común de cada Reyno en España, y la orden que tienen de nobleza» (1). Otro tanto cabe decir del interesantísimo *Discurso sobre los privilegios y lo que en ellos se debe considerar para aprovecharse bien dellos quien escribe nuestra historia*, incluido en la Crónica de Ambrosio de Morales (2), el cual contiene valiosos datos acerca de los privilegios, una sumaria relación de las obras en que se les había utilizado hasta su tiempo, y diversas observaciones sobre cronología y diplomática.

Defensores de la nueva concepción del método histórico que, según se ve, tiene antiguos precedentes en España, fueron durante el siglo XVIII los ya citados Sarmiento y Jovellanos. «No hallaré dificultad—escribe el primero—en proferir que la mayor parte de los libros que se han escrito de historia, lo que menos contienen es lo que debiera ser objeto principal de ella. Si tomo un libro de historia en la mano, no tropiezo con otra cosa sino con un texido continuado de guerras, con una fastidiosa repetición de oraciones que jamás han dicho los capitanes, y, quando más, con tal qual nacimiento, casamiento y muerte de príncipes, como si solo las acciones de estos fueran el único objeto de la historia. Esta—añade—debe instruir a los hombres, presentándoles los sucesos más memorables, no sólo belicosos, sino también físicos, cosmográficos, políticos, theológicos y literarios» (3). Y el segundo en el notable discurso que, con el título de *Necesidad del estudio de nuestras antigüedades*, pronunció ante la Academia de la Historia, se expresa en estos términos: «Yo no tengo empacho de decirlo; la nación carece de una historia. En nuestras crónicas, anales, historias, compendios y memorias, apenas se encuentra cosa que contribuya a dar una idea cabal de los tiempos que describen. Se encuentran, sí, guerras, batallas, conmociones, hambres, pestes, desolaciones, portentos, profesías, supersticiones; en fin, cuanto hay de inútil, de absurdo y de nocivo en el país de la verdad y de la mentira. Pero ¿dónde está la historia civil que explique el origen, progresos y alteraciones de nuestra constitución, de nuestra jerarquía política y civil, nuestra legislación, nuestras costumbres, nuestras glorias y nuestras miserias?» (4).

(1) Acerca de Páez de Castro (c. 1515-1570), vid. Ch. Graux: *Essai sur les origines du fonds grecs de l'Escurial*, Paris, 1880, 79 y sigs.—J. Catalina García: *Biblioteca de escritores de la provincia de Guadalajara*, Madrid, 1899, 393 y en especial 410-411.—A. Morel-Fatio: *Historiographie de Charles Quint*, Paris, 1913 (fasc. 202 de la *Bibl. de l'Ecole des Hautes Etudes*), 87-97.

(2) *Crónica general de España*. Tomo VII, Madrid, Benito Cano, 1791, págs. VII-XXVIII.

(3) *Obras póstumas del Reverendísimo P. Maestro Fr. Martín Sarmiento, benedictino. Memorias para la historia de la Poesía y poetas españoles*. Madrid, Joaquín Ibarra, 1775, tomo I (y único), pág. 6-7.

(4) *Obras de Jovellanos*, tomo III, Madrid, 1845, pág. 517. Cita también estos textos José Palanco Romero, *Historia de España*, Madrid, 1918, I, págs. 6-7, excelente modelo de un Manual de historia que deseáramos ver en manos de nuestros estudiantes universitarios.

La pasada centuria y lo que va transcurrido de la actual, han visto aparecer colecciones de documentos, unas de carácter general, otras de índole monográfica, algunas estimables, las más publicadas con poca escrupulosidad y escaso cuidado. Es necesaria, con urgencia, una metódica revisión de todas ellas y la formación, como primera providencia, de unos *Regesta*, concebidos y planeados a la manera de los Pontificios de Felipe Jaffé. Se impone, asimismo, una exploración detenida y minuciosa de los grandes depósitos documentales de la Península, labor hoy no difícil gracias a las eruditas *Guías* publicadas por el ilustre y benemérito Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Lograriase de este modo dar un gran paso para la formación de un Cuerpo de documentos básicos de la historia de España y se echarían los sólidos cimientos de una *Diplomática Española*, obra cuya realización parece, hoy por hoy, dado el estado de nuestros conocimientos, prematura y de resultados muy poco consistentes.

AGUSTÍN MILLARES CARLO.

DON BLAS DE LASERNA

UN CAPÍTULO DE LA HISTORIA DEL TEATRO LÍRICO ESPAÑOL VISTO EN LA VIDA DEL ÚLTIMO TONADILLERO

(Continuación.)

El artista insigne cuyas melodías habían corrido de boca en boca durante treinta años de producción incesante; el compositor que había llevado al teatro el alma popular, aristocratizando las cancioncillas oídas en el arroyo; el proveedor universal de los teatros de Madrid llegaba a su ocaso dando lecciones a los cómodos precios de un real de vellón a los que sólo aprendan la música y de dos a los que se dediquen a tocar el fortepiano y estudiar para cantar en el teatro, y vendiendo música bien copiada y con la mayor equidad a cuantos recibían el encargo de mandar a los pueblos alguna de las arias italianas de última moda o la tirana popularísima que quizás había producido menos a su genial autor que al copista que ayudase a D. Blas en su oficina de venta.

Así transcurrieron los últimos años de la vida de Laserna hasta el día 8 de agosto de 1816 en que murió, a la una de la tarde, en la calle de la Torrecilla del Leal, esquina a la del Olmo. Había hecho declaración de pobre en 30 de julio del mismo año. Se depositó su cadáver en la bóveda de la iglesia de San Lorenzo, se le hizo el funeral de secreto y se le enterró en el camposanto extramuros de la Puerta de Toledo. (Documento número 9.)

VII

En medio de la inseguridad con que se pueden afirmar proposiciones generales en historia cuando el ramo de ella de que se trata no ha sido totalmente investigado, podemos aventurar, con grandes visos de acierto; que lo más importante de nuestra producción lírico-teatral, desde el siglo xv hasta nuestros días, está en lo que pudiéramos llamar poemas dramático-musicales menores. Efectivamente, en el siglo xvii, el culminante de nuestro teatro, las producciones lírico-dramáticas más interesantes fueron, sin duda, los entremeses cantados que son en substancia, lo mismo que las tonadillas del siglo siguiente, unos sainetillos con música, en los cuales ésta es lo principal, no siendo la letra más que pretexto para dar ocasión de lucimiento a la música y al baile,

que siempre anduvieron hermanados en nuestro teatro. En el siglo XVIII la tonadilla tiene un subidísimo valor artístico e histórico con sus cantos populares y sus melodías, que, aunque originales de los compositores que las firmaban, eran derivadas de aquéllos y llevaban el sello de la Patria. En cambio, los mismos compositores, cuando escribían óperas, perdían toda espontaneidad y todo genio de raza, alucinados por las obras italianas, no llegando a producir más que frías imitaciones sin vida ni originalidad. En nuestros tiempos, el compositor español moderno más fecundo, el ilustre Chapí ¿no dejó lo mejor de su alma en multitud de sainetes en los cuales alienta el espíritu de los tonadilleros y circula sangre española?

Laserna no desmiente el hecho. En su numerosa producción hay obras de varios géneros, pero sus aciertos, como los de los compositores contemporáneos suyos, están en la tonadilla. Por esto el género merece toda atención y hemos de estudiarle con preferencia. Si de la historia musical de España en el siglo XVIII desapareciese la tonadilla, habría perdido su más legítimo título de gloria.

La palabra tonadilla ha tenido en estos últimos tiempos un recrudescimiento de popularidad que ha desviado su genuino sentido a causa de no haber sido resucitada por ninguno que supiese lo que significaba, sino por alguien a quien sonó bien como castiza y garbosa para designar como tonadilleras a las que con extranjerismos desagradabilísimos se venía llamando cupletistas, canzonetistas o sabe Dios que otras palabras peor sonantes. Y la verdad es que ninguna de estas artistas interpreta nada que ni remotamente se parezca a una tonadilla; cuando más, cantan alguna canción española que pudiera equipararse a uno de los aires en que la tonadilla se dividía. Lo peor del caso ha sido que no solamente el vulgo ha hecho suya la palabra con este significado erróneo, sino que literatos muy encopetados han dado conferencias, publicado artículos y hecho alusiones en variedad de obras literarias, en las cuales han demostrado estar completamente en ayunas de lo que la tonadilla fué, sin reparar en que no era nada fabuloso sobre lo que impunemente se pudiera fantasear, sino que pertenecía a una realidad viva, y que los textos, lo mismo literarios que musicales, dormían en varias bibliotecas de Madrid esperando en vano que alguno de los que en teoría removían tan simpáticas antigüedades viniese realmente a sacudir el polvo a los legajos que las encerraban.

Importa por todo esto dejar bien sentado que la tonadilla no es una canción, aria, romanza o cosa así, con otro nombre. La tonadilla es un género lírico dramático, perfectamente determinado, con variedad de escenas, de personas y a veces hasta de lugares de la acción y sobre todo, y esto es lo principal, dividida en distintos aires o piezas musicales, que unas veces se cantan seguidos y otras con intermedios recitados. Por tanto, llamar tonadilla a una canción, por española que sea, es análoga impropiedad a la que cometería quien llamase entremés a un epigrama o sainete a una letrilla.

Hemos recordado ya que se atribuye la invención de la tonadilla a don Luís Misón, por la autoridad de un anónimo articulista que en el *Memorial Literario* lo afirma, añadiendo que fué en las fiestas del Corpus de 1757

cuando se cantó la primera tonadilla con argumento. A nuestro parecer se ha admitido con demasiada facilidad este aserto. Es verdad que desde entonces la tonadilla, con tal nombre adquiere una forma y un carácter que la acompaña toda su vida, pero ¿no es extraño que un género de tan exuberante fuerza durante medio siglo, naciese así de repente, porque a Misón se le ocurriese hacer cantar los amores de una mesonera y un gitano? Es indudable que al público español le era simpática la idea, y generalmente estas simpatías nacen de la memoria colectiva, por la cual conservan los pueblos unos mismos gustos, idénticas aficiones a través de los cambios que el progreso imprime en su fisonomía. La tonadilla llegó tan pronto a tal exuberancia de vida porque no era tan novedad como la han juzgado los que superficialmente han estudiado su historia. El precedente que salta a la vista, por poco que se conozca el teatro español, es el entremés cantado.

Entre los muchos autores del siglo de oro que compusieron entremeses, sobresale Luis Quiñones de Benavente, toledano, que llegó a alcanzar tal popularidad que no hubo compañía errante de cómicos de la legua que no representase o cantase alguno de los suyos famosos. Publicáronse varios en colección por su amigo D. Manuel Antonio de Vargas, el año 1645. En este libro, que apareció con el título de *Joco-seria, burlas veras o reprehensión moral y festiva de los desórdenes públicos*, figuran doce entremeses representados y veinticuatro cantados. Como se ve, el número de los cantados es mucho mayor que el de los representados, prueba de que aquellos alcanzaron más popularidad y que por esto fueron en más abundancia escritos por su autor.

Examinando estos entremeses, el libro, pues la música no se conserva, o al menos yo no conozco su paradero, y leyendo algún libro de tonadillas, se ve el extraordinario parecido de ambas composiciones, salvo las naturales diferencias en el mérito literario, ya que los entremeses se produjeron en una época de singular esplendor en nuestra dramática, y las tonadillas en tiempos de franca decadencia.

En las tonadillas a dúo, es regla general que la presentación de ambos personajes sea con una repetición de la misma música, con distinta letra. Este hecho le hallamos en algunos entremeses de Benavente. Ejemplo: en el de *La Puente segoviana*, los dos puentes madrileños, de Segovia y de Toledo, encarnados en dos cómicas, que fueron en su estreno Luisa de la Cruz y Josefa Lobaco, salen a escena sucesivamente y cantan:

LA PUENTE SEGOVIANA

Yo soy una segoviana,
dama de tan luengo talle
que desde la Morería
llego a la ermita del Angel.
Al río sirvo de puente;
mas no son leyes iguales,
que él no me sirve de río
ni puede darme un alcance.

LA PUENTE TOLEDANA

La puente soy toledana,
que ciñendo a Manzanares
para encubrir su flaqueza
le sirvo de guardainfante.
Cualquier gota de agua suya
un ojo dicen que vale.
Para mí, que no los tengo
es el precio intolerable.

Estas dos estrofas no cabe duda de que se cantaban con la misma música. Lo mismo acontece en el entremés de *La Dueña*, en la presentación del viejo y el mozo.

En casi todas las tonadillas, y sin excepción en las satíricas, sobre todo si son a solo, la pieza central es la que, dividida en estrofas, que llevan igual música, sirve para decir mucha letra en forma análoga a la francesa de *couplets*, que en la tonadilla se llamaba coplas. En los entremeses de Benavente existe esta forma bien determinada. En el citado de *La puente segoviana* se halla en la salida de los ríos que cantan cada uno su copla. Más característica aún, se reconoce la misma forma en el entremés cantado *El casamiento de la calle Mayor con el Prado viejo*. Salen los cómicos caracterizando en algunos de sus atributos a las calles de Madrid y cada uno canta su copla, sin duda con la misma música. Véase:

EL JUEGO DE PELOTA

El juego de la Pelota
soy, que en topándome un pelo,
se la vuelvo al más pintado,
armando mil peloteros,
No juro, mas boto sin ser juramento.

LA CALLE DE LAS POSTAS

La gran calle de las Postas,
en camisa o con colete
venga a compraros las bolsas
y a venderos los talegos;
que sobra en qué echallo y falta el dinero.

PUERTA CERRADA

Yo soy la Puerta Cerrada,
por quien el refrán dijeron
de «Al herrero, que echa chispas»
siendo quien las echa el hierro
que el hierro lo peca y lo paga el herrero.

LA ESPARTERÍA (CALLE DE ESPARTEROS)

La espartería yo soy
que en Provincia me aposento,
donde las pleitas me visten
y me desnudan los pleitos,
dejada en verano, buscada en invierno.

Y así siguen, cantando cada uno su copla, el Portal de los Mauleros, la Puerta del Sol, la calle de los Tintes o Tintoreros, la de las Tabernillas y el río Manzanares. Buscando con alguna paciencia sería muy posible cantar coplas de los entremeses de Quiñones de Benavente, con música de coplas de alguna tonadilla de Esteve o de Laserna.

Las tonadillas terminan casi siempre con seguidillas; los entremeses finalizan con un baile, no faltando alguno que tenga también seguidillas en el final.

Prescindiendo de tal suerte de semejanzas en pormenores y atendiendo a la forma literaria de ambas composiciones, tonadillas y entremeses, si leemos varios de unos y otras, es imposible no convencerse de que la tonadilla no es otra cosa que el mismo entremés cantado del siglo XVII. La música de los entremeses es de suponer que fuese del género popular; la tonadilla, basándose en los cantos populares, ha sufrido ya la influencia de la música italiana, principalmente de la ópera bufa, que le presta su técnica, que por entonces ya había llegado a su mayor grado de perfección.

De este modo se explica que el público acogiese con tal entusiasmo la tonadilla, por la que ya tenía simpatías antiguas, pues conservaba memoria del entremés cantado. Los entremeses, que ya no eran más que representados, murieron en esta época, por haber llegado a un grado ínfimo de rebajamiento y decadencia.

La tonadilla, como obra literaria, tiene un valor principalmente histórico y documental, que puede compararse con los sainetes de D. Ramón de la Cruz. Las costumbres de la época se retratan en la tonadilla con singular crudeza, que no está velada por los afeites literarios que en otros géneros atenúan la desnuda imagen de la realidad. En tal naturalidad está su más alto mérito. En cuanto al valor literario, es pequeño, pero también se ha exagerado su menosprecio. Desgraciadamente, gran número de escritores que en nuestros tiempos se han dedicado al género cómico lírico con grandes éxitos, no tienen nada que echar en cara a los tonadilleros en lo que a cultura general y literaria respecta. Si entonces cualquier cómico o empleado en más bajos menesteres teatrales escribía tonadillas, no han faltado en nuestros días tenderos de comestibles, mancebos de botica o escribientes de corto sueldo y no muy buena ortografía, que han surtido a nuestros teatros de zarzuelas con disparates mucho mayores y más abundantes que los que en aquellos tiempos crispaban los nervios al elegante y refinado D. Leandro Fernández de Moratín.

En aquella superabundancia de producción de tonadillas, no es extraño que los compositores se viesén apurados para hallar quién les proporcionase libros adecuados. Laserna, en esta situación, no vaciló en muchas ocasiones y

se hizo él mismo las letras de sus tonadillas más que por nada por economía, pues ya hemos visto que una de las cargas más pesadas de los compositores era la de pagar de su bolsillo a los poetas que les hacían los libros.

No era D. Blas ningún eminente ingenio en la literatura, pero podía codearse muy dignamente con sus habituales proveedores, y no faltan en sus obras versos fáciles y estribillos populares que se adaptan perfectamente al corte ligero y festivo de su inspiración musical. Otro tanto ha ocurrido en el siglo siguiente con los dos compositores que más genuinamente representan la musa nacional. Barbieri y Chueca, a quienes en muchas de sus obras nació la idea musical hermanada con graciosos versos, a veces casi puramente onomatopéyicos, de escaso valor literario, pero tan inseparables de la música que el pueblo hacía suyos en seguida unos y otra y corrían de boca en boca sin desgajarse jamás.

Cuando Laserna empezó a componer tonadillas, el año 1774, ya estaba el género muy en auge y había tomado la forma que con pocas variantes conservó hasta su muerte. Era entonces muy conocido ya como compositor Esteve y quien más abundante producción ofrecía a los coliseos de la Corte. Hacía diez años que D. Luis Misón, fundador del género, según la tradición, había compuesto su última tonadilla *El chasco del mozo de compra*, en cuyas seguidillas, pidiendo el aplauso, decía el autor estar enfermo y casi ciego. Sus tonadillas, al empezar Laserna su carrera, debían de hallarse bastante olvidadas, porque diez años, en aquella constante renovación del repertorio, es un período de tiempo muy suficiente para ello.

Estudiando cronológicamente la producción musical de Laserna, hallamos en sus primeras obras sus cualidades máspreciadas en el fondo: la facilidad melódica y el carácter español de su inspiración. La primera, cualidad es que Dios concede y que suele ser duradera y poco sujeta a cambios y mudanzas. En cuanto al carácter típico nacional de su música no puede dudarse de la influencia grandísima que ejerció en Laserna la música de Esteve, el compositor más genuinamente español de su época, comparable con Barbieri, en la segunda mitad del siglo xix.

Comparando la música de ambos insignes tonadilleros no podemos dejar de reconocer en Esteve superioridad en tal sentido, pero en cambio su técnica resulta, al lado de la de Laserna, rudimentaria e imperfecta. Esto es consecuencia de aquello. Ya hemos dicho que la técnica de los tonadilleros es, fundamentalmente, la de la ópera cómica italiana de su tiempo. Esteve no conoció tan a fondo la producción extranjera como su émulo. Esto, que le restó perfección formal y facilidad técnica, contribuyó en cambio a que su personalidad no se contaminase tanto de italianismo como la de Laserna.

Examinando obras de éste, sobre todo en su última época, no puede menos de notarse que, al través de una inspiración españolísima en el fondo, ha pasado el soplo de Cimarosa y de Paisiello, prestando al compositor español su insuperable perfección de forma, pero velando en cambio algún tanto su carácter nacional. Hecho que por ley histórica de fuerza incontrastable se repite en la música española de tiempos posteriores, obscureciendo en varias

ocasiones el esplendor de nuestra zarzuela. Nuestros compositores más ilustres han tenido la desgracia de recibir su educación artística de maestros extranjeros o extranjerizados. Hasta el más nacional de todos, Barbieri, fué discípulo de Carnicer, maestro de técnica completamente italiana. El compositor que había de producir la partitura de *Pan y Toros*, después de una reacción naturalista ocasionada por su estudio de nuestra música antigua, muy principalmente de los tonadilleros, empezó por componer una ópera bufa en italiano, a imitación de las por entonces en boga. De este italianismo se resintió toda su vida el gran maestro español. Mantiénese dentro del género popular en lo episódico o cómico, pero en las situaciones dramáticas no es raro verle perder su carácter para caer en la imitación de Rossini, Bellini o Donizetti.

No debemos olvidar, al estudiar las obras de Laserna, los dos factores que más poderosamente contribuyeron a la formación de su personalidad: los tonadilleros sus antecesores, sobre todos D. Luis Misón y D. Pablo Esteve; los autores italianos de la escuela napolitana, principalmente sus contemporáneos Paisiello y Cimarosa. Cronológicamente se nota la influencia nacional mucho más en sus primeros años que en los últimos; en cambio su italianismo se recrudeció notablemente al final de su carrera, sin duda por la familiaridad que adquirió, ensayándolas y dirigiendo su representación, con las obras más en moda entonces del repertorio de ópera.

Ya dice el mismo D. Blas algo que señala esta extranjerización, que había de ser causa de la muerte de la tonadilla; en su memorial de 1792 (Documento número 20), leemos: «Las tonadillas eran (cuando él empezó a componer para el teatro) de un corte del todo diferente, reduciéndose las a solo a un mero cuento; las a dúo, a tres, y generales a una unión de caracteres jocosos que formaban varios juguetillos músicos, cuya composición era de poco trabajo, careciendo casi todas de acción y asunto. Sustituyéronse después las de crítica o sátira, compuestas de instrucción, coplas y seguidillas, las cuales se han ido desterrando ya totalmente, menos la de a solo, cuya esterilidad de asunto no permite igual reforma, en tanto número como se necesita al año. Posteriormente, han ido tomando las referidas tonadillas tanto incremento que en el día son verdaderas *piezas de música* o unas cortas escenas de óperas, algunas serias y de una clase de música que pide mucho trabajo y meditación».

En estas pocas palabras de Laserna se refleja mejor que con lo que nosotros pudiéramos decir el proceso que en su desenvolvimiento siguió la tonadilla: comenzó siendo puramente popular, pero después, por el contacto con la música italiana, fué ganando en perfección técnica la que perdía en carácter típicamente español. Tonadillas hay en donde a seguida de un andantino italianísimo, se cantaban unas seguidillas majas o una tirana, de melodía absolutamente popular. De esto resultan contrastes que, a veces, son pintorescos y agradables, pero que otras extrañan y desconciertan al oyente. Al fin, de estas mezclas no había de resultar nada provechoso al arte español.

La producción de Laserna fué más abundante en los primeros años de su vida de compositor, desde el año 1779, en que le nombraron para tal cargo en la compañía de Eusebio Rivera. Aunque no conocemos la fecha de todas

sus composiciones, podemos asegurar que lo más y lo mejor de su producción está desde 1779 a 1790. Es muy difícil, produciendo tanto, que haya la renovación de estilo necesaria para hacer cosas nuevas que sean mejores que las que el público aplaudió con anterioridad. Todos los autores muy festejados suelen amanerarse al producir sin descanso ni meditación obras y obras, demandadas incesantemente por el público en su ansia de novedad.

No es posible hacer una clasificación de las tonadillas de Laserna, porque el trabajo que representa su lectura completa no sería compensado por las ventajas que de tal clasificación resultasen, pero desde luego se impone un criterio de clase, que es el de separar las tonadillas de carácter español de las que son imitación de la ópera italiana.

Desde luego, las tonadillas más interesantes son las de carácter nacional. Un trabajo que sería de mucho fruto para la depuración de nuestros cantos populares, es el de formar una antología de las melodías de tal género contenidas en las tonadillas. A pesar de que hay trozos de innegable valor, dentro de la imitación italiana, para nosotros no tienen interés alguno. En cambio, allí donde hay una melodía popular, aunque no existan otros méritos como composición erudita, tenemos algo que hay que estudiar con amor y divulgarlo, para contribuir al engrandecimiento de nuestra nacionalidad musical.

Las tonadillas a solo fueron las que menos variaron con el transcurso del tiempo, porque como dice muy bien Laserna, su esterilidad de asunto no permite gran progreso. Sin embargo, hay ejemplares interesantes, pero de ningún modo tanto, como en las de varios personajes, en las cuales, como es natural, se acentúa su carácter dramático por permitir desarrollar una acción de mayor o menor importancia, pero casi siempre interesante por su carácter sainetesco y costumbrista.

Es difícil analizar la producción de Laserna en su totalidad, pero para dar idea de ella a aquellos lectores que por sí mismos no pueden leer los textos que en gran número conservan nuestras bibliotecas, muy especialmente las tres de Madrid en que hemos hecho nuestras investigaciones: la Nacional, la Municipal y la del Conservatorio de Música, mencionaremos algunas tonadillas de cada clase, analizando muy someramente las que sobresalgan por alguna circunstancia.

Entre las tonadillas a solo que hemos examinado, merecen especial mención las siguientes: *Oh, cuánto un pecho sufre*, escrita en 1777 para la Mayora, tiple de gran extensión y agilidad; *Silencio por un rato*, estrenada en la Pascua de Resurrección del año 1779, música de mucho lucimiento para la tiple, que fué la Faustina Silva; *Si no tenéis silencio*, de la misma fecha y cantada por la misma artista, que tiene una buena seguidilla final; *Las murmuraciones del Prado* (1779), cantada por la Mayora, muy curiosa para la historia de las costumbres y con unas seguidillas finales muy buenas; *No hallo sosiego* (1779), la Mayora, tonadilla muy curiosa para estudiar las costumbres teatrales, de música fácil y elegante, aunque poco española, como casi todas las destinadas a la Mayora, tiple de gran agilidad y familiarizada con el repertorio italiano; lo mismo puede decirse de la titulada *Gracias a*

Dios, Madrid mío, compuesta para la presentación de Vicenta Antón, tiple de agilidad (1779); *El Cofre encantado* (1779), cantada por Manuela Guerrero, con pantomimas y bailes, de bastante extensión en comparación con la generalidad de las a solo y con música fina y muy cuidada; *Aquí tenéis a la Silva* (1779), de música muy española, sobresaliendo una coplilla de muy gracioso ritmo y unas seguidillas de melodía muy popular.

Di por qué, mudable suerte (1780), obra con que se presentó en Madrid María Pulpillo; *Agitada de la suerte*, compuesta para presentación de María Rivera, jovencita hija del autor Eusebio; *El deseo de la Pulpillo* (1781), tonadilla de mucho lucimiento, en la cual alternan trozos de gusto italiano muy marcado con otros de gran sabor popular español; *Aquí está de rubor llena* (1781), para presentación de María Ibáñez, muy interesante por los varios aires populares que contiene; *La Academia* (1781), buena tonadilla que contiene un rondó con letra italiana y varias canciones de género popular español; *El Tribunal de las quejas*, obra muy curiosa, aunque italianizada; *La vida del pretendiente* (1783), con buenas seguidillas y tirana finales; *Los frenos trocados*, cantada por Catalina Tordesillas (1783), con buenas seguidillas, muy brillantes para la voz; *La disculpa de los necios*, de letra satírica bastante graciosa; *Tonadilla del Pero*, de letra también satírica, sobre los que elogian siempre, pero no les falta nunca un pero que poner; *Los Trajes*, cantada por María Pulpillo (1785), letra satírica contra las modas, muy curiosa para la historia del traje de la época; *El sistema de los preocupados*, contra el afrancesamiento de las costumbres; *Los Premios*, entre cuyos versos se halla la siguiente graciosa copla:

«Se dará un premio al que pruebe
por qué causa son más aptos
para el arte de cantar
los capones que los gallos.»

No hay nobleza sin virtud, cantada por la Pulpillo en 1787, que revela sus grandes facultades de cantante, en piezas un tanto italianizadas. Lo mismo puede decirse de *Yo soy una señorita*, cantada por la Mayora.

En las tonadillas a solo la forma varía muy poco, como ya dejamos dicho. Sirvanos de ejemplo la ya mencionada que se titula *El deseo de la Pulpillo*. El libro es poco interesante, pero representativo, de los que servían para presentación de artistas. La Pulpillo había ascendido a cuarta dama, de sexta que era en la temporada anterior, y pide al público que le dispense su gracia en este nuevo empleo, como se le había otorgado en el anterior. Después, todo lo que se dice en la tonadilla no tiene cohesión alguna.

Véase como muestra de letra de coplas, la que interrumpe por unas seguidillas majas, en ella intercaladas, forma la parte central de esta tonadilla:

«Para ver si acaso logro
complacer a mis polacos,
he pedido varias cosas

que para ellos son del caso.
He pedido a cierto hortera
que me dé un vestido fiado,
aunque sé que de aquí a un mes
me ha de embargar hasta el gato.
A París también he escrito
por salero y por desgarró,
y unas majas de aquel pueblo
me han de enviar hasta tres carros,
y eso que en aquella tierra
el salero es contrabando.

* * *

Y, sin embargo,
que falta esto,
unas seguidillas
cantaros quiero.

* * *

La majas madrileñas
son de tal casta,
que a todas las del mundo
dan quince y falta.
Digo ¡a ver qué desguinces!
Digo, ¡a ver qué fanfarrias!
Digo, ¡a ver este arqueó!
Digo, a ver. (*Hablado*) ¡Vaya, vaya,
[sobre que son remajas!
(*Cantado*) ¡Pues digo si columpian!
¡Pues digo si se plantan!
Pues digo... mas ¿qué digo?
si no puedo imitarlas.
Cierto que es Madrid sólo
la sal de España.

* * *

Prosiga el intento,
todos escuchad,
y si no gustare
paciencia tendrán.

* * *

Para dar gusto a los serios
a un italiano he pedido
que venda a peso de oro
tres libras de gorgoritos.
Para los viejos babosos
también iré a buscar mimo,
que en San Fermín por las tardes,
hay bastante de registro.
Aunque con esto consiga
complaceros y serviros
si no hallo un cortejo indiano
ya podré dejar mi oficio;
porque el teatro con nosotras
está ya muy decaído.»

La letra no es muy escogida, porque al presentar esta tonadilla como modelo, hemos atendido principalmente a la música, pero da idea de la literatura tonadillesca, naturalísima, sin empaque culto, pero con agradable sabor popular y chistes intencionados, aunque no siempre lo limpios que fuera menester.

Comienza la tonadilla con el acostumbrado preludio, andante, sol menor, seis por ocho. Es de graciosa melodía, con un ligero matiz popular. La presentación del personaje se hace en el desarrollo del mismo período musical, como es usual. Termina el trozo en semicadencia y prosigue un andante, en el mismo tono, tres por cuatro, de melodía más acentuadamente española y de corte de seguidilla. Continúa con un allegro en si bemol, seis por ocho, que sirve de unión con el fragmento siguiente en andante, que prepara las coplas, pieza fundamental de toda tonadilla a solo. Estas, están en dos por cuatro, sol mayor, allegretto. Son claras y agradables, muy a propósito para que la letra llegue fácilmente al público y su melodía se desarrolla con gran espontaneidad.

Las seguidillas que siguen son majas, es decir, escritas en tres por ocho, como las actuales, y no en tres por cuatro, como es lo más clásico en las de terminar tonadilla. Esta diferencia no es puramente gráfica, como pudiera suponerse, sino rítmica y afectando a la economía de la composición. En las antiguas seguidillas, en tres por cuatro, cada compás equivale a dos compases de las actuales.

Estas seguidillas están en mi menor y son muy decididas y características. Un allegro de transición prepara la repetición completa de las coplas. Después de ella sigue un *rondó atiranado*, pieza muy graciosa que empieza con una dulzarrona melodía, tan italiana como la letra que en ella se canta, y termina con una desgarrada coplilla de tirana. Una repetición del allegro de enlace citado, conduce a las seguidillas finales que son en tres por cuatro, andante, de carácter no muy popular y bastante recargadas de vocalizaciones para lucimiento de la Pulpillo, que como hemos dicho repetidamente, era discípula predilecta de Laserna.

Las tonadillas a dúo son más interesantes y variadas que las a solo. Lo mismo ocurre con las de mayor número de personajes, pues ya permiten alguna complicación en el asunto y además reclaman en la música un movimiento que no pueden tener las a solo, por carecer realmente de acción escénica.

Mencionemos como notables entre las a dúo las siguientes: *El casamentero fingido* (1779, María Raboso y Cristóbal Soriano) de cortas dimensiones, pero muy inspirada y sin mácula alguna de italianismo; *La dama y el cadete* (1779, Josefa Valdés y Sebastián Briñoli), también muy española, sobresaliendo en ella las seguidillas del cuco y las finales que también son muy buenas; *El majo y la italiana fingida* (1779, María Antonia Fernández la Caramba y Miguel Garrido), bonísima tonadilla, con trozos de mucho carácter español e italiano. El preludio y período de presentación de los personajes es muy español, movido y de ritmo gracioso. Los trozos de enlace, en allegro siempre, son muy fáciles y responden a la técnica de la ópera bufa. Las seguidillas son muy populares.

El valenciano y la petimetra (1779, Mariano Raboso y Antonio Robles), de mucho carácter popular, sobresaliendo el número de presentación de la petimetra, gracioso tiempo de tirana, de melodía muy española y netamente acentuada; el encuentro de ambos personajes, las coplas y las seguidillas finales, todo muy castizo, sin mezcla de arias parásitas y demás italianismos en moda. Hay trozos que pudieran parecer de Barbieri a quien no conociese el estilo de Laserna. Lo mismo puede decirse de *El tuno y la calcetera*, de melodías que se harían hoy familiares a nuestro público, como a nuestros antepasados lo fueron. En cambio, hay tonadillas, como *El remedio de la ausencia* (1781, Josefa Valdés y Tadeo Palomino), que no son españolas más que por su letra; la música se diría producto de algún ingenio de la escuela napolitana; las melodías son italianas y hasta hay recitados que, aunque cortos, están hechos en la misma forma que los de la ópera bufa.

También son dignas de recordarse: *La Cibeles y el Apolo* (1782), diálogo entre las fuentes del Prado personificadas. *El hospiciano y la criada* (1782), de letra satírica muy graciosa, compuesta por el cómico Miguel Garrido; *Los Puntillosos* (1782), cantada por Catalina Tordesillas y José Ordóñez y de gran lucimiento para ellos. La tonadilla del *Tambor* (1782), de música muy graciosa y letra en que se describe en cómico la conquista de Menorca en 1781; *La novia porfiada* (1783, Joaquina Arteaga y Tadeo Palomino), con una preciosa tirana al final; *La ramilletera y el jardinero*, obra muy cuidada, con buenas seguidillas y tirana.

Merecen especial mención las siguientes tonadillas a tres: *El lance de la naranjera*, que además de tener valor como estudio de costumbres, es muy importante por la música popular que contiene, que se canta y se baila, como el *cumbé*, el *caballo*, *seguidillas*; *La pajarera y los cazadores*, de libro muy endeble, pero con interesantes trozos musicales; *La paya y el petimetre*, del género popular; *El sochantre y su hija*, con buenas seguidillas manchegas; *Los maestros de la Raboso*, graciosa tonadilla que se hizo muy popular; se le solía intercalar la célebre tirana del *Tripili*, de melodía que

aún se canta. Esta tonadilla tuvo mucha vida, como lo prueba el haber intercalado en ella el maestro Carnicer un dúo, muy italiano por cierto, que se conserva en el ejemplar de la Biblioteca Municipal; *Los majos de los toros*, curiosa para la historia de las costumbres populares y de música muy española; *La vida cortesana y la aldeana*, interesante por las canciones y sonsonetes populares que contiene; *La afligida*, música muy cuidada, aunque poco española; *El cordero perdido*, con música de carácter pastoril; *El gusto perdido*, con una tirana muy notable; *La mallorquina*, escrita en buena parte en dialecto mallorquín, con trozos populares, entre los que se descuella una sardana que cantan y bailan al final; *La posadera y los jugadores*, de asunto gracioso, con música cómica, fácil e inspirada; *El testamento de Tadeo*, de carácter muy popular, como igualmente *Los celos de Tadeo*, *La dama sofocada*, *La cómica y la operista*, *El novillo de la tarde de San Isidro*, curiosas, además de por su música, muy española, por el gracioso retrato de costumbres de la época; *La Desgraciada*, que tiene una graciosa tirana; *Los quejosos del teatro*, en que intervienen como personajes de la acción el Teatro, el Vicio y la Moda; *La posadera burlada*, gracioso sainetillo musical, que cantó la célebre Lorenza Correa, no muy español, pero movido y elegante.

Las tonadillas de mayor número de personajes no son más interesantes, pudiendo afirmar que los verdaderos aciertos los tuvieron los tonadilleros en las de a dúo y a tres. Sin embargo, recordemos las siguientes:

El amor perdido, a cuatro, de letra satírica; *Los ciegos y el amolador*, a cuatro, que tiene al final una canción de muy graciosa melodía; *El triunfo de las mujeres*, a cuatro, de buen sabor popular; *La visita de las estatuas*, a cuatro, diálogo cómico entre las estatuas de las fuentes del Prado, con alusiones picantes a la nueva de la Alcachofa; *El aduar de gitanos*, cuadrito de costumbres muy bien hecho, con música agradable; *A la escuela, a la escuela*, a seis, con coro; *El chasco de la viuda*, tonadilla general, que es un gracioso sainete lírico, de mucho movimiento y vida; *La Miscelánea*, general, obra muy importante y curiosa; *El molino y la caza*, de música muy cuidada, y adaptada perfectamente al movimiento escénico.

No insistimos en esta clase de enumeraciones, porque su utilidad no puede ser otra que la de despertar el deseo de conocer los textos. Esto es lo importante y lo que puede producir frutos en la música española. Por el conocimiento de las tonadillas se produjo en Barbieri la evolución más beneficiosa en su personalidad, hacia un franco nacionalismo y le sirvió para desprenderse de las huellas que en su técnica había dejado la educación italianista que en su juventud recibiera. No puede dudarse de que la actual generación de compositores necesita, más que perfeccionamientos de técnica obtenidos por el trato continuo con las obras novísimas de músicos extranjeros, una sólida cultura retrospectiva nacionalista, que les permitiese formarse clara idea de lo que constituye la esencia musical de nuestra raza. Sólo de continuar la tradición en lo que tiene de privativamente nacional, se forman las grandes escuelas artísticas. Allí en donde el desenvolvimiento progresivo del arte se in-

terrumpe frecuentemente por invasiones del extranjero o por debilitamiento de los caracteres étnicos que le informan, no puede surgir el genio, que no es fenómeno aislado que nazca por generación espontánea, sino producto de larga elaboración colectiva que prepara naturalmente su aparición, que ocurre siempre cuando el nivel artístico del país ha sido suficientemente elevado.

Dejamos dicho ya lo que verdaderamente importante en la producción de Laserna y sus contemporáneos es la tonadilla. Efectivamente todo lo demás, o son piezas de encargo para las comedias o son zarzuelas que algunas veces les daban nombre de óperas, aunque siempre tenían gran parte puramente declamada. Entre esta última alcanzó gran popularidad *La Gitanilla por amor*, de Laserna, que se puso en escena en varias épocas. En ella lo mejor son los números de ambiente popular. Lo demás es de imitación italiana, aunque interesante por su facilidad melódica y carácter cómico.

Bien que si las óperas no eran buenas, tampoco el resultado que con ellas obtuvieran los compositores les estimuló a cultivar el género. Ya hemos dicho que Laserna compuso una, *El Figaro*, que no llegó a representarse y le pagaron tarde, mal o nunca, a pesar de que se la habían encargado los comisarios de los teatros. La ópera española siempre ha corrido la misma suerte. (Documento número 23.)

IX

Para terminar nuestro estudio hemos de apuntar, aunque ligeramente, dos notas interesantes en la historia de la tonadilla. Nos referimos a la intervención oficial para mejorar el cultivo de tal clase de composiciones dramáticas y a la opinión que mereciese a los cultos, reflejada en uno de los personajes representativos de la tendencia clasicista pura: D. Leandro Fernández de Moratín.

En cuanto al aprecio que el pueblo hacía de las tonadillas, no es necesario encarecerlo, pues sólo con pararse un momento a examinar la ingente producción de los maestros que las componían, se adquiere el convencimiento de que el género fué eminentemente popular y que a esto debió su exuberante vida. Quizás por este su carácter plebeyo, fué por lo que mereció tan agrias censuras del elegante y aristocrático Moratín, espíritu estrecho y rigorista, encerrado en su criterio académico, incapaz de sentir la belleza natural y sin afeites de la poesía y música populares.

Decía Moratín (1), ya entrado el siglo XIX: «A las antiguas jácaras y bailes cantados, que duraron hasta más de la mitad del siglo anterior, sucedieron las tonadillas, nuevo género de composiciones más variado y artificioso que los romances que se acompañaban con la guitarra, y menos complicado que los bailes, sin la danza y movimientos pantomímicos que se usaban en ellos,

(1): Anotaciones a La Comedia Nueva, publicadas en las *Obras póstumas*

sin personajes alegóricos y ficciones absurdas. En las tonadillas a solo se trató de imitar un monólogo narrativo o afectuoso y en las de dos o más interlocutores una acción dramática.

»Si en los principios de esta revolución plausible no se consiguió toda la perfección que era de esperar, a lo menos se puso término a muchos desaciertos, y desde luego se conoció cuánta regularidad y belleza podían adquirir aquellos breves poemas dedicados al canto. Los poetas se aplicaron con algún esmero a estas composiciones y no reñidas todavía, como hoy lo están, la poesía y la música, la primera daba ocasiones de lucimiento a la segunda, y ésta, dejando el más sobresaliente lugar a su hermana, sabía contentarse con aprovechar y embellecer sus motivos, imitando entrambas la sencillez de la naturaleza.

»Sencillas eran entonces estas obras y no faltaba en ellas gracia, novedad e interés, como es sencillo *El Apolo del Belvedere*, la *Santa Cecilia de Bolonia*, *La columna Trajana* y no por eso dejan de ser modelos admirables de belleza artística.

»Pero hay profesores en todas las facultades que no se persuaden de esta verdad elemental, y por desgracia son tantos los que en la música prefieren lo difícil a lo sencillo, lo brillante a lo verosímil, que no es mucho se apartasen los compositores del teatro de aquella única senda que debe seguirse en las artes de imitación para que a un tiempo reciban placer el entendimiento, el corazón y la fantasía.

»Parece que poetas y músicos hicieron particular empeño en corromper, por todos los medios posibles, un género que habían cultivado sus antecesores con aprobación del público. Los poetas, siempre atrasados y famélicos, hicieron barato en la composición de las letras de tonadillas: una con otra, chica con grande, a doblón se pagaba; y según ellas eran se les daba mucho dinero de más. Hasta mujeres, en extremo ignorantes, se aplicaron a este ejercicio y escribieron en ruines coplas cuantos disparates se pueden cantar en veinte minutos; acabada su obra hacían entrega del manuscrito, tomaban su doblón y volvían a casa a calzarse el dedal y a freir los calabacines.»

Continúa Moratín a este tenor los comentarios, terminando por dar unos consejos, que sin duda son pertinentes, a los compositores, pero que tienen mucho de verdades de Pero Grullo.

Lo que sorprende en las opiniones de Moratín, no es su saña contra el género (mayor aún que en lo transcrito en lo que dejamos sin transcribir), consecuencia necesaria de su criterio ultraclásico, sino la notoria injusticia que comete al ensalzar a los primeros cultivadores de la tonadilla, para fustigar a los que les sucedieron. Es muy fácil convencerse de que, como género literario, no sufrió la tonadilla la decadencia que Moratín señala y de lo equivocado del aserto de que los primeros poetas que las compusieron lo hicieron con mucho mayor acierto que los posteriores. Basta para ello leer algunos de los numerosos libros que se conservan, perfectamente ordenados cronológicamente, en el departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional, procedentes de la de Barbieri. Los méritos literarios de la tonadilla fueron siempre

los mismos: la naturalidad, el fiel retrato de las costumbres en todas las clases sociales, pero principalmente en las populares, la gracia sin rebuscamiento alguno y lo intencionado de la sátira; sus defectos también acompañaron constantemente al género: el desaliño de lenguaje, la versificación incorrecta, la falta de urbanidad en los chistes; en fin, faltó a la tonadilla todo cuanto da en arte la cultura y la erudición.

En la parte musical tampoco tiene razón Moratín al quejarse de la invasión de lo complicado y ruidoso en perjuicio de lo sencillo y regular. Laserna tiene cuantos méritos adornaron a sus predecesores, que fueron, en primer lugar, los que a inspiración de sabor nacional se refieren, abillantados por una técnica más acabada y perfecta. No hemos de insistir sobre esto, pues ya hemos tratado del asunto antes de ahora.

Leyendo los libros originales de tonadillas que en la Biblioteca Nacional se conservan, se traba conocimiento con un singular personaje, censor de los teatros y catedrático de Poética en los Reales Estudios de San Isidro, del cual nos ha hablado D. Carlos Cambronero, aunque presentándole por el lado más favorable. Nos referimos al gran pedantón D. Santos Díez González.

Con los documentos que de este ceñudo censor publicó el Sr. Cambronero, no puede formarse idea exacta de su interesante personalidad. Según nos informa el erudito bibliotecario, era D. Santos gran amigo de Moratín, y sin duda éste intervino en los asuntos de importancia sobre los que había de dar informe el catedrático de Poética. No se explica de otro modo el hecho de que el hombre que discurre juiciosamente a veces en materias literarias, se extienda otras en insufribles y ridículas pedanterías acerca de cualquiera tonadilla sin importancia. Cuando todos los demás que informan (pues antes de llegar una pieza teatral a representarse, pasaba por varios tamices de autoridades civiles y eclesiásticas) se contentan con decir que no hallan inconveniente para que la obra sea representada, el buen D. Santos cita varios autores, para decir, con solemnidad digna de mejor causa, cualquiera vulgaridad..

La pluralidad de censores daba lugar a enojosos incidentes en que salían perjudicados casi siempre los autores. En julio de 1790 el vicario de Madrid se opuso a la representación de una tonadilla de Laserna, manifestando, además, que no aprobaría ninguna de las que del mismo género se presentasen. Laserna acudió en respetuoso memorial al comisario protector de los teatros, suplicando se decidiese el asunto, porque de la demora se le irrogaban perjuicios, por tener que pagar él la letra, que le costaba por lo menos un doblón. y por necesitar presentarse una artista nueva con la tonadilla discutida.

El comisario mandó el citado memorial con la tonadilla a D. Santos Díez González y el informe de éste constituye una buena muestra de su pintoresco estilo. Dice el censor: «De orden de V. S. he visto el presente memorial y la tonadilla adjunta que en él se cita. Y por lo que mira a las razones expuestas en dicho memorial, me parece que no son convincentes, pues siempre que las letras de las tonadillas sean deshonestas, de mala doctrina y faltas al decoro que merece el público que concurre al teatro, no debe permitirse, aunque sigan los perjuicios que se expresan en el memorial, porque para no llegar a

experimentarlos, hay el medio de valerse de otras letras que con anticipación se escriban y corrijan».

Prosigue el censor con una inútil disertación acerca de lo que son los diversos géneros teatrales, afirmando que las sátiras las llamamos, si son dramáticas, sainetes o entremeses, y si cantadas, tonadillas. Y continúa: «Esto supuesto, yo no hallo en la presente tonadilla cosa que desdiga del teatro. Ella es una sátira contra algunos vicios frecuentes y no contra alguna determinada clase o persona: las sales, si no son delicadas, tampoco son plautinas y deshonestas; la libertad con que se explica, se contiene en sus propios límites, y sólo hallo tres cosas que van rayadas, para que se enmienden, que son: la voz *salero* a que puede sustituirse otra; la expresión *se postra*, en cuyo lugar se podría poner *se humilla*; y la otra, un *caramba*, la cual puede despertar una idea torpe, si el compositor de música hace un calderón partiendo la dicción caramba, de modo que al cantarse se para la cantatriz diciendo un *ca...*, y después de larga pausa diga lo restante *ramba* lo que no sucederá si el calderón es antes; en cuyo caso es inocente la dicha expresión. Esto no es decir que la letra de la expresada tonadilla sea una sátira exquisita y conforme a todo el primor del arte, sino que es inocente y que no desdice del teatro, como otras piezas mayores que recientemente se han representado con licencia del señor vicario eclesiástico y se han impreso, mediante su censura y aprobación: contra las cuales expuse mi dictamen cuando se me remitieron para su revisión, como se puede ver en los originales, que paran en poder de las compañías».

No sabemos qué entendería D. Santos por gracias plautinas; al parecer, para él era lo mismo que chocarrerías, indecentes o cosa por el estilo. No es extraña esta opinión en quien dice que el principio de la decadencia y desorden que se había introducido en nuestro teatro, estaba en las obras de Lope de Vega.

También son graciosas las observaciones que le ocurren respecto de ciertas palabras. Sin duda hoy se ha perdido el sentido equívoco que entonces tuvieran, pero tal vez D. Santos se haya pasado de listo, encontrando malicia en donde no la hay.

La censura, que a veces era muy tolerante, no dejaba pasar en otras ocasiones cosas que no tenían nada de atrevidas. Con las alusiones a los maridos complacientes, eran los censores extremadamente pudibundos, no consintiendo que se nombrase a ningún animal con cuernos. Les asustaba, sin duda, que la clase, muy numerosa por lo visto, se enojase con ello. En cambio, de los cortejos, que eran una fuerte institución en aquella época, se dicen cosas muy subidas de color, sin que la irritabilidad de la censura se altere.

Las cantantes, a veces, no hacían caso de las correcciones impuestas y cantaban la letra primitiva; pero no pasaba esto inadvertido para el metódico D. Santos Díez, que tenía una localidad señalada en el teatro, desde donde velaba porque se observasen escrupulosamente las modificaciones que imponía. Así que muchas veces, en la censura por él firmada, dice que se cante la tonadilla con las variaciones marcadas, sin que sirva de pretexto para evadir-

se de ello el tener aprendida la música, causa que invocaban los cómicos para cantar la letra original.

A los cómicos desobedientes se les retenía el sueldo, así se hizo con María Pulpillo, que en la tonadilla *Los hortelánitos*, dijo *baboso* en lugar de *meloso* que había sustituido la censura. El castigo se le levantó por orden del corregidor, a quien la artista se dirigió disculpándose, pero de todos modos es de suponer que en adelante tratase con más respeto las decisiones de los censores.

No se limitó la intervención oficial en la tonadilla a esta función fiscalizadora. Visto el general aprecio que se hacía de tal género de composiciones y siendo pocos los compositores que brillaban entonces en la música dramática, el juez protector de los teatros convocó un concurso para premiar tres tonadillas: una a cuatro, con veincinco doblones; otra a dos, con veinte doblones, y otra a solo, con doce doblones.

Esta convocatoria se publicó en la *Gaceta de Madrid* de 2 de diciembre de 1791. Saldon la copió en su *Diccionario biográfico-bibliográfico de efemérides de músicos españoles*, pero como este libro es ya bastante raro, la incluimos también en el apéndice documental del presente trabajo, faltando esta vez a nuestro propósito de no publicar más documentos que los inéditos. (Documento número 19.)

No tenemos noticia alguna del resultado del concurso, pero no debió de ser muy satisfactorio, por cuanto no se reveló ningún músico nuevo que fuese capaz de recoger la herencia de Esteve y Laserna. Con estos murió la tonadilla, sufriendo nuestra música dramática una anulación que dura toda la primera mitad del siglo XIX. En la segunda resurge el teatro lírico nacional con la zarzuela, género en el cual, lo más sano, fué aquello que se derivaba directamente de la tonadilla: Barbieri en la fase popular de su producción.

(Continuará.)

JULIO GÓMEZ.

Biblioteca del Real Conservatorio de Música.

VARIEDADES

La Fonda de San Sebastián

Con fecha 8 de junio de 1765, los hermanos Juan Antonio Gippini y José María Gippini, naturales de la ciudad de Milán, acuden al gobernador del Consejo de Castilla y «dicen tener establecido en Barcelona, Cádiz, Puerto de Santa María, como también en Sevilla, casa de posadas de caballeros y juntamente hostería, al uso de Italia, con título de la Fonda, en las cuales sirve con el mayor aseo, limpieza y distinción, administrando platos de la mayor delicadeza, tanto en las mesas redondas de casa, como las que se ofrecen para fuera, y al mismo tiempo para todo género de caballeros». Tratan de establecer «una hostería en esta Corte de igual condición y con el mismo título, donde se pueda servir a bastante concurrencia, por no haber otra de esta clase más que la que tiene título de La Fontana de Oro (1), la que no es suficiente, especialmente en tiempo de funciones. Como los hosteleros pretendían, en virtud del artículo primero de sus ordenanzas, que la casa nueva había de estar distante 25 casas de otro cualquiera de la misma clase, materia esta dificultosa por cuanto los palacios, conventos e iglesias ocupan mucho terreno y se cuentan por una casa, los milaneses piden que, en consideración a que su Fonda se ha de distinguir de las otras existentes, no les pongan embarazo en tomar una casa de la marquesa de Aytona, junto a San Felipe de Neri, a la entrada de la calle del Prado, u otra que les convenga más a propósito».

El obispo de Cartagena, gobernador del Consejo, decretó: «Constándome por informes muy verídicos lo útiles que son en Barcelona y Cádiz los hospedajes y hosterías que estos interesados tienen establecidos en dichas ciudades, y su especial desempeño, con muchas ventajas a las que hay en esta Corte; dejando en su fuerza y vigor para los demás casos las ordenanzas que citan (2), las dispenso por esta vez con estos interesados, por no hallar casa cómoda en donde establecerse a la distancia prevenida en dichas ordenanzas, sin que sirva de ejemplar, ni se les pueda embarazar dicho establecimiento con pretexto de las referidas ordenanzas».

Los veedores del gremio de hosteleros, Francisco Ardz y Domingo Martínez, sin conocer el decreto anterior, o fingiendo no conocerlo, acuden a la Sala de Alcaldes de Casa y Corte (3) y, en virtud de sus ordenanzas, aprobadas por

(1) En ocasión próxima trataré del establecimiento de esta célebre hostería.

(2) Las ordenanzas por que se regía el gremio de hosteleros se modificaron en junio de 1757, y regían las que dió la Real Provisión de 1 de diciembre de 1758. (A. H. N., Sala de Alcaldes, 1757, fol. 367.) Se imprimieron en Madrid, 1758, fol. 36 págs.

(3) Los documentos que voy utilizando se conservan en el Archivo Histórico Nacional, libros de Gobierno de la Sala, año 1765, fols. 653-661. El manejo de los papeles de la Sala lo facilita la obra de A. González Palencia y E. Varón Vallejo, *Sala de Alcaldes de Casa y Corte, Catálogo por materias*, Madrid, Archivo Histórico Nacional, 1925, 4.º, 849 págs.

Real Provisión de 1 de diciembre de 1758, reclaman contra el establecimiento de los hermanos Gippini. El capítulo I de tales ordenanzas exigía ser los hosteleros maestros aprobados por el gremio, sin cuyo requisito nadie podía pretender licencia de la Sala, debiéndose informar acerca de la conducta del solicitante, y, si es extranjero, de las causas de la ausencia de su patria. Habían también los aspirantes de depositar 300 reales de fianza para seguridad de los derechos reales de alcabalas, cientos, etc. No podía tener nadie (cap. III) más que una hostería, y de una a otra había de haber distancia de más de 25 casas «que se entienden numerándolas por una cera, no por las dos», para evitar el perjuicio que se ocasionaría a otros. «Ninguno—decían—que viene a poner hostería se excusa ni puede eximir del examen, aunque tenga mucha pericia, como sucedió y se verificó en Mr. Danche, de nación francés, jefe de cocina del excelentísimo señor duque de Medinaceli, que, no obstante ser notoria su habilidad para poner hostería en la proximidad de los Italianos, se sujetó a examen». Advertían que «el gremio ni sus individuos no intentan ni pretenden que no haya en la Corte abundancia de semejantes casas de trato y comestibles; ni solicitan hacer estanco ni vedamiento, ni aspiran a privilegio privativo ni prohibitivo, sino que se observen sus ordenanzas en todo y por todo, y que cada uno se contenga en sus límites».

Después de tales consideraciones, exponen el caso de los hermanos Gippini (Chapini, los llaman ellos), «cuya sed parece insaciable, sin poder cuidar ni asistir a todas sus fondas (y es ambición de hacer caudales y extraerlos del Reino, sin experimentarse más mejoría que la novedad); y tienen tomada casa en la calle de Atocha, contigua o frente de la iglesia de San Sebastián, perteneciente dicha casa al príncipe de las Torres, donde van a establecer hostería». Y como dudan de que estos milaneses tengan licencia, y como no han sido examinados, acuden a la Sala, en defensa de su derecho, para que pida ésta a los Gippini que exhiban la licencia que tengan, y que no abran la hostería ínterin se ordena otra cosa, con vista y audiencia del gremio.

La Sala, a 5 de julio de 1765, decreta que se notifique a los hermanos Gippini para que exhiban, dentro del segundo día, la licencia que tengan para abrir hostería, notificación que se les hizo el mismo día por el escribano Francisco Martínez.

Los Gippini comparecen en el expediente, representados por Francisco Sanz de la Piña, y muestran el memorial suyo y el decreto del gobernador del Consejo, atras citado, y como no tienen otra casa más a propósito que una que está a los pies de la parroquia de San Sebastián, propia del vizconde de las Torres, dicen que «han pasado a tomar esta casa y plantificar en ella dicha hostería y posada para caballeros». Mediante lo cual, y la licencia indicada, piden que se les despachen los aranceles correspondientes para vender sus comestibles.

La Sala acuerda (6 de julio de 1765) que se guarde el decreto del gobernador, y que el gremio de hosteleros acuda donde toca.

Los hermanos Gippini dicen que están prontos a incluirse en el gremio de hosteleros y pagar como individuos de él, para poder ejercer su industria, y piden para ellos los aranceles; la Sala se los entregó a 9 de julio de 1765. Eran estos aranceles los de 1742, y que copiamos a continuación (1):

(1) A. H. N., Sala de Alcaldes, libro de Gobierno de 1742, fol. 378.

«ARANCEL

DE LOS PRECIOS Y POSTURAS

que los señores Alcaldes de la casa y corte de su magestad mandan a los Figoneros, y Hosteleros vendan por aora en fus. Figones, y Hostelerías, los mantenimientos, que en ellos aderezan, guisan, y mechan, y es en la forma siguiente:

GÉNEROS DE CARNE

Guisado y Assado

Un Capón aderezado, ocho reales y medio.....	8 y m.
Dos pichones aderezados, seis reales y medio.....	6 y m.
Una gallina aderezada, siete reales y medio.....	7 y m.
Un par de perdices aderezadas, siete reales y medio.....	7 y m.
Un conejo aderezado, cuatro reales y medio.....	4 y m.
Un conejo a la Portuguesa, cinco reales.....	5
Una paba aderezada, once reales y medio.....	11 y m.
Un pabo grande trece reales y medio.....	13 y m.
Una liebre cinco reales y medio.....	5 y m.
Dos pollos aderezados. siete reales y medio.....	7 y m.
Una ánade aderezada cuatro reales.....	4
Una lonja de tocino algarrovillas, que pese una libra en crudo, dos reales y medio; y se pesare más, ó menos, al respecto.....	2 y m.
Dos palominos aderezados. tres reales.....	3
Un plato de cabrito guisado, un real; entendiendose, que de un cuarto de cabrito se han de hacer cuatro platos regulares.....	1
Un plato de gigote, un real, entendiendose que de dos libras de carnero se han de hacer seis platos.....	1

EMPANADOS.

Un pastel de tres pichones y dos libras de carnero.....	12
Un pastel de tres pares de Criadillas., y tres libras de carnero.....	12
Una tostada de ocho pellas de manjar blanco que pese diez y seis onzas.	8
Un conejo empanado.....	4 y m.
Dos pichones empanados. siete reales y medio.....	7 y m.
Una gallina empanada siete reales y medio.....	7 y m.

MECHADO Y FRICASE

Un capon mechado ó en fricasé nueve reales y medio.....	9 y m.
Dos pichones mechados, ó en fricasé, ocho.....	8
Una paba mechada ó en fricasé, catorce.....	14
Un pabo grande mechado o en fricasé, diez y seis.....	16
Una liebre mechada o en fricasé, siete.....	7
Dos pollos mechados ó en fricasé, nueve.....	9
Una anade mechada ó en fricasé, seis.....	6
Dos palominos mechados ó en fricasé, cuatro.....	4
Una gallina mechada ó en fricasé ocho y medio.....	8 y m.

GENEROS DE PESCADO

Un besugo que pese veinte y cuatro onzas. diez reales; y á proporción, según el más ó menos peso que tenga.....	10
Una empanada de dos libras de congrio seco, seis reales.....	6
Una empanada de dos libras de anguilas.....	12
Una empanada de dos libras de mero..	12
Una empanada de dos libras de salmón fresco.....	16
Un pastel de criadillas de tierra con sus huevos y limón.....	8
Una empanada de truchas que tenga dos libras trece reales.....	13
Una cazuela de espárragos con huevos seis reales.....	6
Un manojo de espárragos de jardín cuatro reales.....	4
Una empanada de dos libras de salmon salado.....	5

Y. todos los referidos precios, y posturas, no escedan los mencionados. figones y hosteleros, pena de cincuenta ducados para los pobres de la Carcel Real de esta Corte, y bajo de la misma pena, los unos, y los. otros tengan puesto este arancel en parte donde se pueda ver y leer por las personas. que entrasen en sus figones y hosterías. Y para que así conste de pedimento de que tiene ... su ... en ... lo firmo en Madrid 29 de Octubre de 1742».

Juan Antonio Gippini manifiesta estar pronto al examen que exigían las ordenanzas de hosteleros, y a «incluirse en el gremio, depositar los 300 reales y pagar y contribuir a la Real Hacienda todo lo que se le reparta y le pertenezca; de suerte que no intenta perjuicio alguno de tercero. Únicamente puede ser que contando las casas por sola una cera no haya las 25 que se dicen en las ordenanzas; pero el mismo gremio lo tiene derogado. Y no es verosímil que las gentes distinguidas que han de concurrir a su casa, fueren a las otras hosterías, que la más cerca se halla en el comedio de la calle del Príncipe, en que cabrán, según el ámbito, más de cuarenta casas; e importa más la abundancia en las Cortes que la distancia de 25 casas, y más en las próximas funciones reales, y en cada esquina convendría que hubiese mantenimientos». Pide en conclusión que le admitan en el gremio, y, en caso negativo, que le den certificación de los decretos de la Sala para acudir al Consejo.

La Sala acuerda (10 de julio de 1765) notificar a los veedores del gremio esta pretensión de Gippini. Y no dice más el expediente; pero debió de acceder el gremio a la pretensión del milanés, por cuanto en 1767 encontramos (1) a Juan Gippini, que llamándose «maestro hostelero», dice «se halla su casa, por el buen hospedaje que hace, la más acreditada de la Corte, sirviendo a sujetos de la mayor distinción, así de la tropa como caballeros de la mayor altura, como también en sus casas y funciones que ocurren, a toda satisfacción por su aseo y limpieza, como es público y notorio». Trata de construir un horno, que es lo que falta a la casa, y la Sala acuerda que vean la finca el arquitecto D. Ventura Rodríguez y los que nombren Gippini y la dueña, que era la vizcondesa de Irueste. D. Ventura y D. Andrés Díaz Carnicero examinaron la casa y señalaron el sitio en que había de hacerse el horno, cuya construcción estaba terminada por febrero de 1768.

* * *

(1) Sala de Alcaldes, libro de gobierno de 1768, fols. 607-617.

La mayor fama de la Fonda de San Sebastián se debió, como es notorio, a reunirse en ella una importantísima tertulia literaria, iniciada por D. Nicolás Fernández de Moratín, para seguir los pasos de la *Academia del Buen Gusto*, presidida por la condesa de Lemus, marquesa de Sarria. A aquella reunión concurrían D. Ignacio López de Ayala, autor de la tragedia *Numancia destruida*; D. Juan Bautista Muñoz, historiador del Nuevo Mundo; D. José Cerdá y Rico, erudito bibliógrafo y comentarista; D. José Cadalso; D. Tomás de Iriarte; el orientalista Pizzi; el botánico D. Casimiro Gómez Ortega; los italianos Conti, Bernascone, etc.

Estaba prohibido hablar de política; sólo se permitía a los contertulios disertar acerca de teatro, de toros, de amores y de versos. En el renacimiento poético del reinado de Carlos III ejerció poderosa influencia la tertulia de la Fonda de San Sebastián (1).

Los que no somos ya muy jóvenes hemos conocido todavía el café de San Sebastián, con entrada por la calle de Atocha (núm. 45) y por la plaza del Angel (núm. 11) en el local que luego ocupó una tienda de ropa blanca, y hoy se halla dividida entre un establecimiento de cerámica y otro de cristalería...

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.

Archivo Histórico Nacional.



Preliminares en Madrid y su jurisdicción del Donativo de 1625

El estado de la hacienda española, cada día más precario, que arrastrado desde los tiempos de Carlos I había llegado a extraordinarios apuros en los de Felipe IV, la necesidad de sostener guerras como la de la Valtelina, reproducida por haber quebrantado Luis XIII el Tratado de Madrid, ratificado en febrero de 1623, la ocupación por los franceses de plazas en ese valle desde tal fecha hasta los principios de 1625, el secuestro de las propiedades de los súbditos del Rey Cristianísimo en la primavera de este último año, con las correspondientes represalias, los aprestos levantados por la Corona para acudir a tal situación, las obligaciones contraídas por nosotros con el emperador Fernando en virtud de alianza, el auxilio prestado a Holanda por Francia e Inglaterra ayudándoles a levantar tropas en 1624, la contracción monetaria y las restricciones y exigencias de los hombres de negocios, determinaron solicitar de los súbditos un Donativo, que, suave en la forma y en el fondo fuerte, tenía precedentes en las finanzas castellanas, como uno de tantos medios de haber dinero, en los acordados por el Consejo de Hacienda y otras personas de nota de 1523 a 1529, en el Donativo de

(1) Para el conocimiento de la importancia literaria de esta tertulia puede consultarse la obra de J. Hurtado y A. González Palencia, *Historia de la Literatura española*, 2.^a ed. Madrid, 1925, págs. 817 y 822.

Felipe II, más conocido y de tantas amplitudes por la cuantía y la generalización, exornado en los procedimientos por el P. Sicilia, y, últimamente, por el del reinado de Felipe III, el de 1602, por el que, sin salir de sus preliminares, se men- digaba de puerta en puerta un óbolo para la Corona (1).

El Donativo de que tratamos no se limitó, como el de Felipe II, a solicitar dinero, sobre todo de los pudientes, sino que, como veremos, se impetraba, igual que en el de 1646, de toda clase de personas. Encargada, como en éste último, la solicitud y el recaudo a los corregidores, éstos eran los que, siempre sobre las normas que ofrecía la Carta Real y las prevenciones del Consejo de Castilla, seguían los procedimientos, sometidos en toda ocasión a las variaciones que imponían el estado de los pueblos y la condición de las personas.

Del servicio del Donativo en Madrid, asunto del que hemos de tratar cuanto a su planteamiento, nos da cuenta detallada la carta del corregidor D. Juan de Castro y Castilla dirigida en 5 de febrero de 1625 a su superior jerárquico el presidente del Consejo «sobre el modo que ha tenido en la disposición del Donativo», procurando cada día «mejorar la forma» por su experiencia en el negocio y su comunicación con las personas impuestas en la materia.

Sienta la afirmación de que el asunto por tan importante al servicio de Su Majestad no es de los que pueden delegarse en otros, pues consistiendo todo en el buen modo, persuasión suave y procurar no haya sospecha de fraude, debe asistirse a él personalmente como lo viene efectuando, y, en caso solo de ausencias o enfermedades, sería sustituido por su teniente. Le acompañan, para mayor garantía de éxito, un regidor de los dos o tres elegidos por la Villa a tal efecto, los dos escribanos de Ayuntamiento, o por lo menos uno de ellos, la persona eclesiástica que le ha parecido más a propósito, bien el cura de parroquia, bien el superior de un convento o religioso grave, teniendo por cierto que así la persuasión es más eficaz y más exclusiva de fraude, tanto respecto de los que ofrecen como de los que nada hayan de entregar, con plena satisfacción del proceder del exponente, pues aunque pone de su casa para el servicio de S. M. excusando la costa, ha tenido siempre por mejor «no dejar a cortesía lo de que puede hacer evidencia».

(1) Lafuente, D. Modesto.—*Historia general de España*, Barcelona, 1887-1890, vol. XI, capítulo II, págs. 230 a 243.

Archivo de Simancas. Consejo y Juntas de Hacienda. Legajos 7 y 9.—Se proponía pedir empréstitos a obispos, títulos y terratenientes poderosos, oficiales de Hacienda, extranjeros diseminados en el país, dinero de las fábricas de las iglesias y rentas de cofradías. Los presidentes, gobernadores y corregidores, habían de enviar al Consejo relación de las personas que podían prestar dinero en el territorio de su mando.

González, D. Tomás.—*Censo de población... de la Corona de Castilla en el siglo XVI*. Madrid, Imp. Real, 1829. Tomado del «Libro del repartimiento que se hizo de los ocho millones (de Donativo) en virtud de las averiguaciones que se hicieron de las vecindades del reino el año de 1591 para desde el año de 1594 en adelante». (Sim. Cont. Grales., 2.^a época. L. 2.970).

El empréstito solicitado por Felipe III de las personas pudientes estaba encomendado a los frailes de distintas órdenes religiosas y personas de prestigio en general. En Valladolid realizaban el cometido el P. prior del Carmen y el correo mayor Juan de Tassis. Las cantidades suscritas se apuntaban en un librito que llevaban los comisionados, yendo de casa en casa, y firmaban los interesados.

El empréstito de 1616, fué acordado por las Cortes en cuantía de 1.460.000 ducados en juros sobre el segundo 1 por 100 de lo vendible. La unidad era de sueldo a libra, de lo que satisfacía cada uno por encabezamiento del segundo 1 por 100. Se libraron provisiones a los respectivos corregidores para el cumplimiento de lo acordado.

A los lugares y aldeas de la jurisdicción fué siempre con uno de los escribanos del Ayuntamiento, el cura y el alcalde o alcaldes del lugar; leía y glosaba la carta del presidente de Castilla, mensajera de las apretadas necesidades del rey, del amor y fidelidad que debe hallarse en los buenos vasallos, y, a imitación de los que comenzaron a proponer este Servicio, que el Donativo en substancia no sólo era para bien de la causa pública, sino de cada particular a quien tocaba el beneficio de la paz y la seguridad de su hacienda. Procuró se hiciese la proposición notoria a todos por la concurrencia en el ingreso, evitando las quejas por desigualdad y parecer se fiaba de los unos menos que de los otros. Aseguró que el Servicio se emplearía efectivamente en el desempeño del Patrimonio Real por la cantidad que se pudiese, dispúsole con el mayor beneficio que prometieran la disposición de las cosas y justificó era de alivio a los vasallos el medio adoptado, pues cuanto mejor estado tuviere la hacienda real tantas menos causas habría para concurrir en los gastos, fuera de que aseguraba el resto del haber de los súbditos quienes la gozarían con mayor paz y quietud. Añadía en cada caso particular las razones atinadas para que se alargaran a dar los requeridos lo más que pudieren, según el estado y calidad de cada uno, y ello con blandura y suavidad, de modo que los ofrecimientos «sean enteramente graciosos y sin olor de violencia».

Había hecho un libro grande, encuadernado, con abecedario, para asentar las cantidades ofrecidas por vecinos y moradores, numeradas sus hojas, rubricadas y signadas éstas por él, el escribano y el regidor, garantía que llevaba también la diligencia de apertura y el auto de que se abría a tal efecto, estampado en la primera hoja. En tal libro se iban escribiendo las ofertas, con expresión del día, mes, año, vivienda, parroquia, oficio, cantidad y calidad del dinero—plata o vellón—o de especies determinadas, como se suele hacer en trigo, cebada u otras cosas; si el pago había de ser de presente o a plazos; si era en créditos, sus calidades particulares expresadas al por menor y tomando los recaudos necesarios para la cobranza. En cada plana de ofrecimientos se sacaba la suma al margen y era la primera cifra de la plana siguiente. Si alguno, mejorando la oferta, suscribía mayor cantidad, se colocaba ésta al margen de la primitiva o bien podía ser objeto de nuevo asiento. Todas las planas eran firmadas y rubricadas por el corregidor, escribano, eclesiástico e interesado u otra persona en su nombre si no sabía escribir.

El libro le comenzó en esta villa de Madrid, y los días festivos había de continuarlo en los pueblos, para los cuales había otro separado con las mismas solemnidades. Concluido, se extendería auto de cierre, con fecha, resumen de partidas, monto de ellas y firmas expresadas. La totalización de los ofrecimientos de los pueblos se sentaba en el Mayor de la cabeza de jurisdicción para conocer las ofertas del partido.

En comprobación de lo expuesto ofrecía al presidente o a la Junta, para dentro de treinta días, traslado de los libros mencionados, quedando los originales para el caso de que se les pidieran.

Continuando en la exposición del procedimiento empleado, dice en el memorial cómo manda hacer con brevedad y puntualmente relación de cada vecindario, informándose sumariamente y sin forma de autos, de la comodidad de hacienda de cada uno, a fin de que libremente ofrezcan según lo permitan sus posibilidades o sus ánimos, «yendo con cuidado de que a los de menor caudal a quienes les puede ser de aflicción o congoja poder dar poco, se les excuse todo lo posible y se per-

suada a que el amor y buena voluntad del que puede poco, se estime tanto como la dádiva grande del rico».

Usaba para conseguir sus intentos de estos dos medios: uno, juntar los gremios, pidiendo al escribano de rentas de la villa de Madrid relación de los que había en cada uno, dirigiéndose con su proposición a las personas que lo formaban; y otro, para los demás que no pertenecen a ellos, suplicar al cura relación de sus feligreses, procurando en tal caso ir personalmente por las casas de ellos si eran de calidad o enviarlos a llamar si no lo fueren.

Daba ejemplos de conducta, para mayor facilidad y persuasión, ofreciendo 4.000 ducados y haciendo lo propio, por sumas varias, sus tenientes, regidores, ministros de Ayuntamientos, justicias, caballeros y personas principales que vivían de sus rentas, sin trato alguno, y siguiendo luego con los gremios y demás vecinos, señalando a aquellos casa, día y persona con que juntarse. Recibíalos a todos con agasajos, apartábase con sus acompañantes y uno de los citados «por ser mejor estilo»; a los de más caudal argüíales con lo ofrecido por otros de su condición y calidad, y así sucesivamente, haciendo al final recuento de lo copiado no sólo a los efectos de la comprobación de cifras, sino también para seguir las diligencias con los que nada hubieren ofrecido hasta entonces. Con los oficios no agremiados, tales como plateros, impresores, libreros, bordadores y otros que no pagaban alcabalas, se procedía hablando a los mayordomos o a los examinadores de ellos, y sabido por medio de éstos las personas que los constituían, a cuyo efecto enviaban copias, y de la forma de llamamiento a sus cofradías, reuníanse usando de ella y exponíales la pretensión, con la cautela de ir acompañado de uno de los mayordomos, veedores o personas de influencia, celosas del servicio real, porque estos solían animar a los otros según lo que sabían y podían hacer. Procedía nuestro corregidor del mismo modo con los oficiales llamados mancebos que había en todos los gremios y oficios. Y, en fin, para obligar mejor a las personas particulares y ricas, las hacía llamar, citábalas a horas diferentes y las veía aisladamente.

A los que no podían servir de contado, les admitía a plazos las partidas ofrecidas, cuidando, cuando eran deudas, que ofrecieran menor suma, pero de presente, para el caso en que los créditos fueren fallidos, si bien admitiendo unos y otros para elegir según conveniencia.

De lo procedido, puesto en persona segura, se daba cuenta quincenalmente al presidente de Castilla en la Junta de este Donativo.

Para que la cobranza tuviera efecto como era de desear, pensaba entregar al mayordomo de cada gremio memorias de los ofrecimientos, encargándole que dentro de los días acordados, entregara el dinero al Depositario nombrado por el corregidor, recomendándole actividad y pronto despacho.

Prometía remitir a la Junta por plazos también de quince días y a los efectos de la resolución posterior de ella que resolvería sobre beneficio y cobranza, el orden a seguir cuanto a las ofertas de réditos en censos y juros, deudas contra otros o especies de trigo, cebada y otras cosas.

Cuando nuestro corregidor había de marchar a cualquier lugar de la jurisdicción, cuidaba anticipadamente de pedir al escribano los padrones o lista de los vecinos, y recibidos y reconocidos, visitaba las aldeas, no sin enviar el día antes para que le preparara el terreno, persona de su satisfacción. Esta hablaba en su nombre al cura y a los clérigos, estimándoles estuvieran a su devoción para animar a los vecinos, con lo cual cumplirían con la fe, la Corona y sus obligacio-

nes; representaríales el servicio de los otros lugares, las razones que había para que los siguieran ellos, las atenciones que les dispensaría S. M., el ejemplo que debían dar los alcaldes, regidores y escribanos, que los regidores se repartieran por barrios para visitar a los vecinos y que todos asistieran a la proposición que que se había de hacer en nombre de S. M. El informe abarcaría quiénes eran en el poblado las personas celosas del bien público, los propios de que gozaba el lugar y los arbitrios de que pudiera usarse con menos inconvenientes para la concesión por el Concejo de algún servicio considerable; apuntaría las personas enfermas e impedidas, los vecinos o residentes que estaban fuera, en dónde y por qué causas; las viudas, expresando también calidades y comodidades, que se juntarían en la iglesia; los menores, con sus tutores o curadores, y los mozos de soldada, que se reunirían, para dirigirse a ellos, en la casa del Concejo o donde mejor les pareciere.

Como hubiera sabido por consulta de personas de calidad que los tutores en nombre de los menores podían y aun debían hacer ofrecimientos según los verificaran ellos mismos, encomendaba al enviado examinar la calidad de éstos y cantidad de sus bienes, y, conformes en el ofrecimiento, «doy—dice—a los tutores que me la piden licencia y aprobación para que estén seguros y para que se les reciba en cuenta en la que dieren de su tutela o curaduría.»

Por tal medio—añade—enteróme puntualmente del estado de las cosas y voluntad de las personas, hago la proposición más en firme, y teniendo propicia a la clerecía y los demás citados, facilito mucho el expediente.

Para reunir en el pueblo el mayor número de personas voy a él en día de fiesta, en que paran sus labores y otras ocupaciones, y, acabada la misa, hago salgan las mujeres y se queden en la iglesia los hombres a quienes formulo mi propuesta; salen luego por orden, está a la salida el escribano con su bufete, acompañado de los alcaldes y el cura—y si conviene también el escribano del lugar y persona de prestigio entre ellos—, y se van asentando las ofertas en la forma expuesta anteriormente. Luego después reuno—dice—ya en la iglesia o en el Concejo, a las viudas y a los que no han ofrecido todavía, y acabada esta ocupación mando tocar a Concejo abierto, a campana tañida, según uso, y propongo ofrezcan como entidad, entendiendo que si habían de pedir autorización para derrostrar arbitrios con que poder cumplir la suma ofrecida, sean de aquellos que con facultad real tuvieron en otras ocasiones, y que se les concederán prórrogas para usar de ellos; aceptados los ofrecimientos y despidiéndome con palabras de sumo agradecimiento, encargo al cura apunte las personas que faltaron y cuáles fueron sus promesas, remitiéndomelas, y al escribano del lugar certifique cómo se hizo a todos la proposición; concluyendo por sentar en el libro encuadernado las actuaciones que el escribano envía para la cobranza.

Del trigo y cebada que debe ser entregado en agosto se harán cargo las personas nombradas por los alcaldes a mi requerimiento, sin salario ambos para evitar costas, avisando, desde luego, conforme al estado de las cosas, para proveer lo que proceda, «pues no todo puede estar sujeto a regla, y no guardarla suele ser el acto de la mayor prudencia, pero esto es en casos que ellos mismos muestran la necesidad que hubo de proceder así y que totalmente están libres de fraudes y de sospecha» (1).

(1) Biblioteca de la Academia de la Historia. — *Colección Salazar*, t. 48. 9-1.344.

El patriotismo de los reinos y provincias de España contribuyó con su dinero para las necesidades presentes, levantándose con él un ejército de 104.000 infantes, 14 600 jinetes y una armada de 72 navíos y 10 galeras: La grandeza prometió contribuir con 900 000 ducados y el clero se obligó a sostener 20.000 hombres en campaña (1).

* * *

Aunque puedan parecer minúsculas las disposiciones adoptadas, propias más bien de un régimen privado, tiene que tenerse en cuenta el desarrollo de las ideas y de las prácticas administrativas en el período que estudiamos, la escasa autoridad de las personas y del crédito financiero, la aplicación del dinero del contribuyente a menesteres distintos de aquellos para los que se solicitaba o exigía su haber, y el país trabajado por exacciones innumerables, y de aquí la necesidad imperiosa de revestir de las mayores garantías el Donativo para que fuese cuantioso en la recaudación y beneficioso en sus inversiones. Reinado este de Felipe el Grande en que comenzaba a estar en quiebra la subordinación racional, el interés por la realeza, menguado siempre que se trataba de asuntos pecuniarios, caídas tantas casas poderosas, flojos los lazos de la moral y de la ley, entronizados tantos advenedizos con fortunas amasadas en poco tiempo y por medios de todas clases, no es extraño se acudiese a ese revestimiento exterior, de forma, que tanto deslumbra al pueblo, desconfiado de suyo por desengaños amargos en sus afectos, tranquilidad y patrimonio. Resalta en este Donativo el influjo de la clerecía castellana, la desconfianza en los funcionarios públicos, la desorganización administrativa, el imperio de las Juntas frente a los Consejos, la potencia de los gremios, la desigualdad ante la ley tributaria, la independencia de algunos oficios, la penuria de la hacienda que admitía hasta créditos contra particulares y réditos de juros en notorio deprecio, la admisión del vellón con una quiebra por el cambio a la plata de más de un 30 por 100, el sistema de contabilidad, que elemental en ferias y en la administración pública, cambios y bancos, asentistas y casas fuertes, se nos ofrece como una novedad, y el nombramiento de depositario, siquiera transitoriamente y por la recaudación de pequeñas cantidades, conservadas por corto tiempo, cuando debieran designarlos los funcionarios del Fisco y cuando había depositario general de la Corte. Sobresale también la Iglesia como centro adonde se llevan o se solventan cuestiones civiles, punto de reunión conveniente al rey, la laxitud en la interpretación de los principios del derecho privado cuando se trata de servir a la Corona; la preparación estudiada de la oficina de compromiso de pago o de suscripción de obligaciones, sin duda asentada en el atrio del templo, que por lo expuesto dice menos de la voluntariedad que del atraco, el reconocimiento, así en la administración municipal como en las finanzas del antiguo régimen, de la personalidad de las mujeres como cabezas de familia, y, últimamente, la ayuda de los Concejos a la Corona, compensados con arbitrios y garantizados con los propios de los

(1) Gebhardt, Victor.—*Historia general de España...* Barcelona, s. a., 5.ª ed., t. VIII, cap. XII, pág. 58.

pueblos, haber herido siempre en toda clase de gabelas. De suponer es que, como en el de 1646 cuando había reparto, quedaran excluidos los pobres de solemnidad, aunque se incluyesen los mozos de soldada, principio contrario al minimum de liberación de que tanto se habla hoy, y que en algunas modalidades de su vida social tuvo Castilla en el curso de la Edad Moderna. Creemos que estaría exento el clero secular y el regular, como parece lo estuvo en el del reinado del segundo D. Felipe, pues que en el Censo para el Donativo no se hace expresión del uno ni del otro.

CRISTÓBAL ESPEJO.

Registro de la Propiedad Intelectual.



El estreno de “La Serva Padrona,, de Paisiello en Madrid

Una compañía formada por cantantes españoles—la de Rivera—estrenó en el otoño de 1786 la ópera bufa *La Serva Padrona*, de Paisiello, en uno de los famosos «corrales de comedias».

Como esta obra tenía duración brevísima, se pensó en hacerla preceder de una *Introducción* donde dialogarían los principales miembros de aquella compañía teatral, entre los cuales figuraban la célebre Polonia tantas veces mencionada con las tonadillas de la época; la Pulpillo, artista que contrajo nupcias con el músico tonadillero Laserna; Rivera, Querol, la Tordesillas, Aldobera y otros.

En dicha *Introducción*, los diversos actores, presentándose sin disfraz alguno, es decir, con sus propios nombres y cargos, hacían consideraciones variadas sobre su importancia respectiva, sobre la significación de la vida teatral y sobre el proyecto de representar la mencionada ópera bufa.

Según costumbre de la época, la censura intervino para tachar ciertas frases que parecían atentatorias a la moral o a las buenas costumbres, si bien algunos de los versos que se hallaban en tal caso a juicio del inquisidor D. Cayetano de la Peña, del censor Reverendo P. Fray Angel de Pablo Puerta Palanco, del corrector D. Ignacio López de Ayala y del corregidor Armona, se considerarían hoy completamente inofensivos, como, por ejemplo, los siguientes:

«... Moldes hay
y buenos; lo que nos falta
son otras cosas que no
me atrevo a decir...»

Otros versos, por atentatorios al buen gusto más que a las buenas costumbres, merecieron entonces, y seguirían mereciendo hoy, el castigo de la supresión.

Con extraordinaria rapidez se despacharon a la sazón todas esas diligencias de la censura, pues la primera está fechada en 22 de septiembre de 1786, y la postrera en 23 del mismo mes y año.

Más lenta—sin duda por venir la obra escrita en idioma italiano y no hallar-

se con él tan familiarizados como con el español esos celosos defensores de las buenas costumbres—fué la tramitación de análogas diligencias con respecto al libreto de *La Serva Padrona*, cuyo «guión de música» lleva, lo mismo que el ejemplar manuscrito de la antedicha *Introducción* que a mi vista tengo y que se puede consultar en la Biblioteca Municipal de Madrid, las firmas y rúbricas de tan respetables varones, figurando algunas por partida doble. De todo el libreto italiano sólo encontraron los censores un punto tachable y tachado, a saber: el contenido en dos versos del principio del segundo acto, que dicen así:

«Acquistar d'un vecchio il core
con la scuola del bel sesso.»

Veamos ahora varios fragmentos de la *Introducción* a *La Serva Padrona*, de Paisiello, tal como se estrenó en Madrid en 1786.

Cambiando impresiones sobre la conveniencia de encontrar algo nuevo para divertir al público, un autor propone y otro aconseja:

«... cositas
chistosas, breves y varias.»

Tordesillas ofrece:

«... una ópera bufa
pequeña, pero aprobada
por las cortes más brillantes
de Europa, y poco cansada,
pues apenas dura una hora.»

La discusión se prosigue en los siguientes términos:

ESPEJO.	«Es poca función.
PULPILLO.	Pegarla aquella gran tonadilla de la oposición, variadas algunas piezas.
ESPEJO.	¿Qué dura?
PULPILLO.	Tres cuartos de hora
ESPEJO.	No alcanza.
MAYORITO.	Todo puede remediarse. Si quieres que se le añada una comedia...
ESPEJO.	¿De aquellas de invierno, como el <i>Tetrarca</i> , que en diciéndolas deprisa, en cuatro horas se despachan?...

Después continúa el cambio de impresiones en relación con la ópera bufa en proyecto y con el papel que a cada uno se le asignará. El actor Briñuelo advierte que en la ópera

«... solo hay dos personas
y un monote de comparsa.»

Y los actores siguen hablando del siguiente modo:

ESPEJO. «¿Cómo esa ópera se llama?
BRIN. *La Serva Padrona*, o más
claro *La sirvienta ama*.
ESPEJO. ¿De su amo?
BRIN. Sí.
ESPEJO. De esas hay
muchas piezas en España.
TORD. Gran pieza, y más lo parece
nuevamente sazónada
con la música asombrosa
de Paisiello.
QUEROL. ¿Y cuántas
arias tengo yo?
TORD. Ninguna.
QUEROL. Ya Paisiello ignoraba
que yo había de entrar en ella,
no quiso que se arriesgara
la voz de primer soprano
en menos dulce garganta.
TORD. Se ha de hacer.
BRIN. No se ha de hacer.
TORD. Pues vamos a prepararla.»

Todos estos preparativos hacen manar, fluidos, muy diversos, comentarios por parte de unos y de otros actores, contrastando con el silencio en que se supone que debían de hallarse sumidos, por falta de pieza teatral nueva que poder ofrecer al público, cuando, al alzarse el telón pocos minutos antes, uno de los actores iniciaba el texto de la referida *Introducción*, diciendo así:

«¿Dos, cuatro, seis, ocho, diez
mujeres en una sala
juntas, más de un cuarto de hora,
sin hablar una palabra?
Caso es que ninguno ha visto
ni hay historia que lo traiga.»

Entre los comentarios que suscitan la plática de aquellos comediantes, hay uno que pinta las costumbres corrientes a la sazón en cuestiones de música escénica, ello sucede cuando, interrogado Espejo sobre la misión que le habrá de corresponder en la ópera bufa proyectada, responde que le tocará callar

«hasta que le haga
cosquillas a mi pasión,
el ver que otros trabajan,
y salga de punta en blanco,
con guitarra o sin guitarra,
cantando unas seguidillas
boleras, con que las haga,
a cuantas mozas me escuchen,
salir de mí enamoradas.»

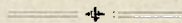
No sabemos si en aquella sesión teatral que dió a conocer ante el público de un «corral de comedias» madrileño *La Serva Padrona*, de Paisiello—no la de Pergolesi—, el buen Espejo salió o no con su guitarra para cantar unas seguidi-

llas, pero sí sabemos que la obra se estrenó el 25 de septiembre de 1786 y con texto italiano, según se colige por el libreto manuscrito que conserva la Biblioteca Municipal, aunque Carmena y Millán afirma que se cantó con letra española, añadiendo que sus intérpretes fueron la Tordesillas, Briñoli y Mariano Querol.

Repitióse la misma obra, con intérpretes italianos, en los Caños del Peral, el 12 de abril de 1795. Y volvió a cantarse el 2 de febrero de 1801 y el 14 de noviembre de 1808.

La primera *La Serva Padrona*, es decir, la de Pergolesi, menos afortunada que la de Paisiello, se ha representado por primera vez en Madrid el 4 de noviembre de 1922; es decir, cuando llevaba unos dos siglos de vida. Ello se hizo, bajo los auspicios de la Asociación de Cultura Musical, en el teatro de la Princesa, teniendo por intérpretes a Angeles Oteín, Armando Crabé y Carlos del Pozo.

JOSÉ SUBIRÁ.



Un dato sobre la profesión del padre de Lope de Vega

No creo sea despreciable curiosidad, tratándose de tan portentoso ingenio, averiguar la cualidad y profesión de su progenitor. De igual forma que se ha inquirido la condición social de los antepasados de Cervantes, Quevedo y tantos otros, tratemos de inquirir, siquiera sea por noble curiosidad, aunque en nada aumente ni disminuya el mérito de Lope de Vega, la ocupación u oficio de los que, según la carne le antecedieron.

Una casualidad me ha puesto sobre la pista de este particular, que parece conduce a la certidumbre de que el padre de este ingenio fué artífice bordador al servicio de la reina Doña Ana de Austria, o más probablemente de la Real Casa, en el reinado de Felipe II.

En el artículo que en la *Ilustración Española y Americana*, número XVII, correspondiente al 8 de mayo de 1899, publicó doña Blanca de los Ríos de Lampérez, sobre el hallazgo de la partida de bautismo de Lope de Vega, en el libro I de bautismos, folio 110 vuelto, de la Iglesia parroquial de San Miguel de los Octoes de Madrid, se reproduce en fotograbado la plana del libro en que aparece la partida de Lope, la que dice al pie de la letra así:

«En seis días de dize.º de quis.º y sesenta y dos as.º El muy R.º S.º lic.º do Muñoz baptizo a lope hijo de phelices de bega y de fran.ª su mujer y Comp.º mayor anton.º gomez y madrina su muger.—Licen.º Muñoz.»

En esta partida, con posterioridad, ha sido enmendado el nombre de Felices, como aparecía en el original, por el de Félix, poniendo sobre la terminación *ces* una gran *z*.

Felices es la forma antigua del nombre actual Félix.

En el mismo libro de bautismos, aparece, con fecha 28 de enero de 1565, la partida de una hermana de Lope, a la que se puso por nombre Juliana, hija de Felices de Vega y de su mujer Francisca Fernández; en esta partida no está enmendado el nombre de Felices.

En 1574, por encargo del Concejo de Lorca, el bordador Alonso Cerezo construyó un suntuoso palio, para la festividad del Corpus, todo él bordado con alegorías del Sacramento de la Eucaristía y blasones de la ciudad, el cual fué tasado por dos bordadores vecinos de Murcia, en seis mil ochocientos cuarenta reales (1). Esta tasación pareció inmoderada al alcalde y regidores lorquinos, y acordaron fuese nuevamente valorado en Madrid, para donde salió el regidor Gaspar de Salazar con el palio, acompañado de su constructor el bordador Cerezo.

En 23 de septiembre del dicho año 1574, ante el licenciado Valle, teniente de corregidor en Madrid, y a presencia del escribano Juan del Campillo, que autorizó los autos, pareció Gaspar de Salazar, que presentó una requisitoria del alcalde de Lorca, para que mandase comparecer a los peritos que se nombrasen y tasasen el palio, cuyo precio Lorca había de pagar. Luego, Salazar propuso como tasador por su parte a Felices de Vega, bordador de la reina; Alonso Cerezo nombró a su colega Lucas de Burgos, ambos estantes en la Corte. Después de examinado el trabajo minuciosamente, del cual hacen estos peritos una prolija relación de su confección y dibujo, apreciáronlo en seis mil cuatrocientos ochenta reales y «la firmaron de sus nombres.—Lucas de Burgos.—Felices de Vega».

No es muy común el nombre de Felices de Vega para inducir a confusión, por duplicidad de nombre y apellido, en dos o más personas en un mismo lugar y época, y aunque es posible se trate de un homónimo, no es probable. Por el 1560 parece se estableció Felices en Madrid y falleció en esta villa hacia el 1576; de forma, que en el año 1574, fecha de tasación del palio antedicho, residía la familia de Lope en Madrid, en donde el padre se dedicaría a su profesión hasta hoy desconocida. ¿No es presumible que el bordador de la reina, Felices de Vega, y el padre del Fénix de los Ingenios, del monstruo de la fecundidad poética, Frey Félix Lope de Vega Carpio, fueron una misma persona?

Pérez-Villamil, en su libro *La Catedral de Sigüenza* (Madrid 1899, pág. 472), pone entre los bordadores que trabajaron en dicha iglesia catedral, a «Vega el año 1575». No da más detalles del nombre ni del trabajo que hiciera.

Los eruditos madrileñistas pueden verificar esta vehemente presunción que me han sugerido los dos diferentes textos citados.

JOAQUÍN ESPÍN.

(1) Vid. mi artículo *Alonso Cerezo, broslador*, publicado en el *Boletín de la Sociedad española de Excursiones*, XXXII, págs. 85-95, donde reproduzco íntegramente la tasación, que se conserva en el Archivo Municipal de Lorca.

RESEÑAS

ARCO, RICARDO DEL.—*El pergamino original del Fuero de Jaca concedido por el Rey Sancho Ramírez en Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXXVI (1925), 474-485.

D. Ricardo del Arco es un erudito benemérito de la historia de Aragón. En sus libros, bien conocidos, y en multitud de artículos, diseminados en diversas publicaciones (*Linajes de Aragón*, *Revista de historia y genealogía españolas*, *Revista histórica de Valladolid*, *Archivo de Investigaciones históricas*, *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* y otras), ha trabajado sobre material inédito, aportando al esclarecimiento del pasado aragonés datos y elementos de considerable importancia y eficacia.

Recientemente ha tenido la suerte de encontrar entre los pergaminos del municipio de Jaca el original del famoso fuero concedido por Sancho Ramírez a los pobladores de la Ciudad, cuyo texto era conocido únicamente por la transcripción del siglo XIII contenida en el *Libro de la Cadena*. La simple inspección de la fotografía que acompaña al estudio del Sr. Arco demuestra bien a las claras que el pergamino por él descubierto es, positivamente, el original. La escritura, visigótica degenerada y muy influida, sobre todo en el sistema abreviativo, por la letra reformada, es idéntica a la de otros documentos del mismo monarca, tales como los del fondo pinatense, editados con escasa fortuna por J. Salarrullana y la que, sin grandes modificaciones, perduró en la cancillería aragonesa hasta los comienzos del reinado de Alfonso II.

La transcripción del fuero es excelente; cabría, no obstante, mejorarla en algún que otro lugar. He aquí el resultado del examen de la fotografía aludida: lín. 1: falta la indicación del *Chrismon*. Lín. 5: *partem*, no *parietem*; lín. 7: *burgensis*, no *bu.yensis*; lín. 14: *pascua*, no *pastua*; lín. 19: *maça*, no *mazo*; lín. 28: *anatemaçatus*, no *anatomatizatus*.

A. MILLARES CARLO.



RUIZ GIMÉNEZ, JOAQUÍN.—*Pretéritos y presentes. Trabajos varios de mi archivo*. Vol. III. Primera parte. Madrid. Imp. de Juan Pueyo, 1925. 366 págs., 4.º

Desde que en julio de 1894 inició el autor de este volumen su actuación pública y ciudadana como concejal de elección por el distrito del Hospicio de esta Corte, puede afirmarse que jamás, ni aun a través de sus altos cargos ministeria-

tes, que por la extensión y generalidad de sus cometidos eran harto fáciles para alejarle de lo puramente local y circunscrito, jamás ha dejado de estar atento y vigilante a todo aquello que a la defensa, mejora y engrandecimiento de Madrid se haya referido. «Nos sugiestona—dice—cuanto se relaciona con la vida municipal, especialmente la de Madrid, en la que hemos puesto tantos desvelos y trabajos por gratitud y por deber». En Madrid ganó tempranamente su primera peseta con esta arma humilde y poderosa de la pluma, saboreando de camino con el encomio de sus colegas, el halago de los maestros del periodismo de entonces; y Madrid había de ser quien le consagrara más tarde como abogado insigne por certero y unánime asenso popular. Y es que Madrid, prócer generoso, de alma y corazón de oro, que se da a todos por entero, tiene el acierto de no distinguir a sus propios hijos de aquellos otros de las demás regiones de España; conciliador magnánimo, patriarca del solar español, con los brazos en cruz, y de par en par las puertas, espera y ansía la llegada de los de fuera, de los luchadores esforzados, paladines de la ilusión, conqueridores del éxito, de la fortuna y de la fama; y lo espera y ansia, no sólo para sumarse a su triunfo y engrandecerlo, sino para pagarlo con usura, agradecerlo siempre y mostrarlo a la postre como ejemplo a imitar.

Al concluir Ruiz Giménez en el año de 1901 el mandato que como su diputado en Cortes le confió Madrid el 16 de abril de 1899, estimó un deber dar cuenta de su actuación a sus mandantes; a tal fin, recogió en un volumen de 300 páginas algunos artículos, conferencias y discursos parlamentarios del mayor interés y provecho para todos, y, singularmente, para la historia de esta Villa, «pueblo abierto que se le conquista con facilidad y no se le conserva con empeño», pueblo al que el autor calificó por entonces acertadamente con relación al Estado de *Cenicienta de la casa*. Tanto este primer libro, titulado *Por Madrid*, como el siguiente, *Trabajos varios*, impreso en 1905, son buena parte de la vida e historia de nuestra Villa y Corte; y a ellos habrán de acudir los cronistas e investigadores que pretendan documentarse sabía y certeramente acerca de muchos temas.

Y lo mismo cabe decir de este libro, recopilación esmerada de variados estudios, titulado *Pretéritos y presentes*, cuyo capítulo XV—«La plaza de Canalejas»—, por no señalar otros, tiene una fuerza emotiva y una como voz interior tan plena de sinceridad que, unidas a lo severamente feliz del relato, bastaría para el prestigio de una pluma. Canalejas, momentos antes de ser tan vilmente asesinado, hablaba íntimamente con el Sr. Ruiz Giménez, Alcalde de Madrid a la sazón, interesándose por la Hacienda del pueblo, donde alevosamente había de morir dos horas después: «Puede afirmarse—escribe Ruiz Giménez con honda emoción—que el insigne D. José Canalejas dedicó a Madrid los últimos pensamientos de su privilegiado cerebro».

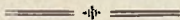
Pocos hombres han podido abordar temas cumplidos e interesantes para Madrid con el conocimiento—obra de profundo estudio—y con la seguridad y el amor acendrado de Ruiz Giménez. Reconociéndolo así nuestro Concejo hubo de nombrarlo unánimemente hijo adoptivo de la Villa en la sesión de 8 de octubre de 1913, teniendo en cuenta para ello «que a la entusiasta y perseverante acción en el desempeño de los altos cargos que ha ejercido se debe en gran parte el mejoramiento de la instrucción pública y el desarrollo que la misma ha alcanzado con la creación de los Grupos escolares». El del «Príncipe de Asturias», los de «Bailen», «Cervantes», «Vallehermoso» y otros corroboran cuán atinada y justa fué la decisión del Consistorio matritense. «Es de suponer que si el gran Joaquín

Costa—escribe el autor de *Pretéritos y presentes*—pudiera hacer oír su voz de trueno clamante en pro de la despesa y de la Escuela, no sería para sumarse con los escarnecedores del antiguo régimen, sino para reconocer que el Ayuntamiento de Madrid ha hecho supremos esfuerzos, a pesar de su presupuesto misérrimo, para que la capital de España cuente y pueda mostrar con legítimo orgullo a los de dentro y a los de fuera hermosos edificios de Escuelas nacionales; y, colaborando con el Estado en la obra de cultura, múltiples Centros de enseñanza, exclusivamente municipales, dotados de excelente material pedagógico y de cantinas escolares perfectamente organizadas, y ha puesto al frente de ellos ilustrados y entusiastas maestros, honra del profesorado primario.»

Ruiz Giménez ha sido, es y será «toda una vida dedicada al examen y defensa de los intereses de Madrid», según él mismo expresaba en una carta dirigida al presidente del Consejo de Ministros, D. José Canalejas, el 23 de septiembre de 1912. La prolongación de la Castellana, hoy en vías de hecho, será una mejora madrileña tan unida al nombre e iniciativas de Ruiz Giménez, que quienes conozcan su moción de 21 de enero de 1923, tendrán, forzosamente, que rendirle su elogio.

Pretéritos y presentes, en suma, es un buen libro de estudio y consulta, como era de esperar que nos lo ofreciera persona de la capacitación y cultura de aquella que en 27 de julio de 1923 sometía al Ayuntamiento de su presidencia una propuesta—que éste aprobó el 3 de agosto—encaminada a «la creación de un órgano en el que puedan recogerse aquellos trabajos y monografías, atañentes a Madrid, que, por sus límites concretos y reducidos, no puedan constituir volúmenes aislados.» Entonces nació esta REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO municipales.

JOSÉ RINCÓN LAZCANO.



LLABRÉS BERNAL, JUAN.—*El Archivo de la Audiencia de Mallorca. Noticia histórica descriptiva*. Con un Apéndice extracto de 280 documentos en pergamino de los siglos XIII al XVII. Palma de Mallorca. Imp. de Guasp. Diciembre de 1923. 121 págs. + 1 sin pág. + 1 de ind. y 1 de erratas; 20 × 14.

El opúsculo apuntado es una tirada aparte del *Bolleti de la Societat Arqueològica Luliana*. En los tres capítulos de que consta—Noticia histórico descriptiva, Descripción del lugar que ocupa y número, clasificación e índice de sus fondos—, valorados por un Apéndice, comprensivo por siglos, de los documentos en pergamino que contiene el Archivo (1230-1700), desarrolla muy cuerdamente la materia.

Historia desde su creación el desenvolvimiento del Archivo con las vicisitudes habidas en él en el curso del tiempo, al que sirvió de base la documentación de la Curia del Reino, multiplicándose sus fondos en el siglo XV por la propagación del papel. Trata de su primitiva instalación en el Palacio de la Almudaina, de su traslado, por necesidad de mayor espacio, al piso principal del mismo edificio, donde hoy se halla; de su dependencia de la Audiencia, corriendo sus pape-

les, en un principio, a cargo del escribano mayor (1571-1597), luego, para conservarlos mejor y catalogarlos, al de un archivero, siendo el primero Mateo Nebot, desde 20 de diciembre de 1597, citando sucesivamente los sucesores en tal cargo, con el nombre expresado o con otro distinto, hasta los días nuestros; consigna sueldos, trabajos técnicos, descuidos por ignorancia u holganza, suspensiones, facilidades en las entregas de los documentos para juicios, ocasionando extravíos y falsificaciones y el espíritu restrictivo en este orden de la disposición de 1718; medidas tomadas para recoger los fondos que debían nutrirlo; perjuicios que ocasionaba al Real Patrimonio en sus derechos y acciones por ocultaciones y otros medios; la unión del Archivo patrimonial, la separación del mismo y los documentos que pasaron a él; el estado precario de tal centro, el servicio público desde fines del siglo XVIII a principios del XIX; la creación en 1847 de la Junta superior de la Corte, su conversión en Dirección general de los Archivos de España y de Ultramar, con sus representaciones en Audiencias, provincias y partidos, y la vida efímera de tal organización; el expurgo ordenado en 1854, con su efecto de las 10.000 causas criminales quemadas o vendidas, el criterio de incultura en la Junta, cuyos trabajos, sin embargo, habrían de servir de mérito en la carrera de sus componentes; la actuación de Cuadrado y sus desvelos; la posibilidad del traslado del de Protocolos, la actitud del Ayuntamiento de Palma y del capitán general contrarias a todo interés histórico; la venta de papel en 1893 y los expurgos en 1911, la orientación del Ministerio de Gracia y Justicia, los traslados en 1901, la descripción del local y las secciones en que está dividido el Archivo con sus nombres de Expedientes y pleitos civiles, Causas criminales, Pergaminos, Protocolos, Cabrevaciones y Varios.

* * *

De la lectura del Apéndice se desprende cuanta cosa importante y curiosa atesora este Archivo para diversos estudios: los oficios varios, los funcionarios de la Corona y de la clerecía, los sueldos y los salarios, el valor de las tierras, la condición civil de las personas, los conventos existentes, la intervención de los judíos en la vida de aquella sociedad, especialmente en el comercio y los préstamos y la libertad que tuvieron bajo Jaime III para establecerse donde gustaran con sujeción a tributo, los censos y los esclavos, la importancia en el tráfico de pisanos y genoveses, los fletamentos, las divisiones administrativas, la pena de quema en el tribunal civil, las germanías, el servicio personal en los trabajos públicos, y otros más. En asuntos de gobernación hallamos la Curia de la Gobernación del Reino de Mallorca, tan anterior a nuestro Consejo de Castilla, como de 1230, y en su organismo el procurador fiscal de ese mismo siglo, que también le hubimos nosotros en cuestiones de justicia, como en hacienda con ese propio nombre, el de abogado del fisco o letrado de la Contaduría mayor, si bien desde fines de la centuria décimacuarta; los Bayles, desde el general al local, pasando por el de señorío, investido, el primero sobre todo, de facultades múltiples en hacienda, justicia, comercio, transportes y administración, con ascendencia en los tiempos de la conquista, semejantes, cuanto a tributos, a los contadores mayores de hacienda castellanos; el veguer forense o payés y el veguer de la ciu-

dad, creado éste en 1231, que conocían de algunas causas en primera instancia; la procuraduría general y la sindicatura torense o clavaría o de comunidad de villas, tan importantes en el régimen local y en la región; la Rota o Audiencia Real, nombrada también Real Acuerdo, fundada en 1571, compuesta de letrados, de los cuales dos, como oidores, habían de ser mallorquines; y, en materia tributaria, el colector, el tauler, equivalente a nuestro alcabalero de tabla, derivado de telonarius, nombre que en Castilla tomó carta de naturaleza con el telonio, tributo de mercado y de transporte, inserto en el fuero de Nájera; el bajulivo, apelativo acaso del funcionario que entendiera en las consecuencias derivadas de la cobranza, por otro nombre retrodécimo, que en su dependencia de un derecho, acto o hecho superior, semejante a los rediezmos castellanos, mencionados con tal nombre o con el de recoage en el fuero de Valderejos entre otros, contribución mercantil también en Vizcaya y en Guipúzcoa, hallaron en Castilla resistencia justa en sus nombres varios, y, últimamente, en materia de contabilidad, más desatendida entre nosotros en la Edad Media, algo perfeccionada en Aragón, el maestre racional que la tomara de la hacienda del Reino, con funciones contables, interventoras y fiscalizadoras, creado al lado del bayle para oponerse a sus demasías, con las prerrogativas de un contador mayor cabeza del fisco, sin otro superior que el rey, y cuya equiparación en nuestro país podemos hallarla en los antiguos contadores de la Razón, con facultades más limitadas, en el apoderamiento de 1496 dado a Ximénez de Briviesca para los bienes de condición varia en el Reino de Granada, en el oficio de conservador del patrimonio de esta ciudad, su jurisdicción y Alpujarras, diferido en 1526 al veinticuatro Diego de Padilla, para la cuenta, razón y cargo de habices, agüela y toda clase de derechos, aunque dependiente del capitán general de aquel Reino, en los de tomar razón de las mercedes y oficios, satisfacción y pagas en 1510 y el de la razón de la hacienda en 1517, puestos nuevos, cuyo primer tenedor fuera Francisco de los Cobos, y, finalmente, en nuestro contador mayor de Cuentas con genealogía en el siglo xiv.

* * *

El criterio de las Comisiones de expurgo, nombres sinónimos de destrucción, el de las autoridades que posponen la conveniencia doméstica a la seguridad de los documentos, el del Ayuntamiento de Palma negándose a adquirir papeles en venta porque no quería «cargar con este estorbo», el de algunos archiveros de entonces, explican la situación en la guarda de estos fondos y la posibilidad de que desaparezcan algún día, siendo preciso, para evitarlo, se entreguen al Cuerpo de Archiveros, pues para lograr tal propósito bastaría, como acaeció con los de las Chancillerías, tan mermados por idénticas causas, una buena voluntad, moneda la más escasa en España, donde la ley Gresham tiene frecuentes confirmaciones.

C. ESPEJO.

STARKIE, WALTER. — *Jacinto Benavente*, Humphrey Milford, Oxford University Prers, 1924, 218 págs., 4.º

Recientemente, reseñando en esta misma REVISTA (1) el estudio sobre Jacinto Benavente, publicado por Federico Onís (Nueva York, 1923), hicimos notar la abundancia de publicaciones referentes al insigne dramaturgo, aparecidas en los Estados Unidos durante los últimos años. Algo más tardía, pero no menos seriamente orientada, la atención de la crítica inglesa se aplica actualmente al estudio y divulgación de la obra benaventina. La monografía del Sr. Starkie representa el esfuerzo informativo y crítico más intenso realizado hasta ahora, para abarcar en un estudio de conjunto todas las manifestaciones literarias del talento de Benavente. Además, el Sr. Starkie, que conoce todo el teatro europeo continental tan perfectamente como el de su propio país, relaciona en muchas ocasiones la producción de Benavente con la de otros grandes dramáticos extranjeros, logrando de este modo hacer resaltar tanto el valor universal de algunos aspectos de nuestro dramaturgo como la significación casticísima y nacional de otros. Este punto de vista internacional en que la posesión de una amplia cultura literaria sitúa el juicio del Sr. Starkie, es ya un sorprendente atractivo para el lector español habituado a la cortedad de alcance, al localismo «de campanario» que suele cohibir a nuestra crítica.

La necesidad de hacerse entender por un público que, como el inglés, salvo casos excepcionales, desconoce la obra de nuestro dramaturgo, ha obligado al S. Strarkie a incorporar en su estudio una gran cantidad de materiales puramente informativos, de fijo innecesarios para el lector familiarizado con la producción benaventina; pero sobre ellos, el Sr. Starkie ha logrado realizar un análisis de la técnica literaria y de la ideología de Benavente que ofrece infinidad de observaciones sagaces y certeras y puntos de vista, a veces, de verdadera novedad.

El estudio del Sr. Starkie comprende cuatro capítulos: en el I, después de una breve introducción sobre el carácter del teatro español anterior a Benavente, traza una biografía del dramaturgo; en el II, bajo el título de *Obras realistas*, estudia las «comedias satíricas», las «comedias de la clase media» y las «comedias dialectales»; en el III, bajo el epígrafe de *Obras de fantasía*, agrupa el resto de la producción en tres secciones: «estudios psicológicos», «comedias románticas y obras de espectáculo» (*pageantry*) y «comedias grotescas» (según la denominación corriente en el teatro italiano a partir del triunfo de *La Maschera e il volto*, de Chiarelli); en el IV, se resumen brevemente, sin clasificación específica, las «comedias posteriores a 1914». Acaso esta división adolezca de complicación excesiva: la separación, bajo tres epígrafes diferentes de obras como *La comida de las fieras*, *Rosas de otoño* y *Más fuerte que el amor*, o la inclusión en un mismo grupo de *Por las nubes* y *El Hombrecito*, no son de una congruencia incuestionable.

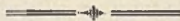
Por fin, un capítulo de *Conclusión* resume el pensamiento de Starkie sobre la significación del teatro de Benavente, que retrata, en su sentir, «la lucha de

(1) Vid. año I, núm. II.

incontables aspiraciones en el alma española moderna» y que constituye «una serie de intentos para reconciliar la vida externa y social de la España moderna con su vida interior, la vida de su propia alma». Tal vez esta consideración del teatro benaventino como una expresión de la dualidad íntima del propio carácter de su autor—concepción que en todo el estudio del Sr. Starkie se manifiesta con feliz variedad de formas: «the two inner voices» «his own conflicting motives» «the perpetual antithesis between filmy fantasy and hard reality», etc.—, ha seducido con excesivo exclusivismo el juicio del Sr. Starkie, estorbándole llegar a una fórmula final verdaderamente sintética sobre la estética y la moral de Benavente. En los minuciosos análisis que ofrece su estudio se hallan, sin embargo, los elementos necesarios para lograrla.

Complementa el notable trabajo del Sr. Starkie una abundante bibliografía, en la cual se echa de menos, no obstante, la mención del citado estudio de Onís, fundamental en la materia, y la de algunas otras obras también interesantes, como *The drama of transition*, de Goldberg.

F. M. DE S.



MORTET, CHARLES.—*Les origines et les débuts de l'imprimerie d'après les recherches les plus recentes*. Ouvrage accompagné de XXI planches en phototypie. Paris. Pour la «Soc. Franç. de Bibl.», 1922. VIII + 98 págs. 34 × 29.

Esta nueva obra de M. Mortet es una especie de refundición de las explicaciones del autor como encargado de la cátedra de Bibliografía en *l'Ecole des Chartes*. Como resultado de labor de clase, es obra de exposición clara y metódica, con excelente y numerosa bibliografía y útil sobre todo, a nuestro juicio, por presentar en cuadro resumido y preciso el estado actual de la cuestión acerca de los orígenes de la imprenta en Alemania, Holanda, Flandes y Francia. Más que un trabajo de investigación personal nos parece de exposición ordenada; más que obra para eruditos manual de divulgación sintética, sin que falten en ella atinados juicios propios, comentarios críticos de opiniones ajenas y conclusiones nuevas y estimables. A través de sus páginas se sigue paso a paso el proceso de la imprenta, viéndosela surgir en sus dos manifestaciones, tabelaria y tipográfica, de los confusos antecedentes (grabado de monedas, estampado de telas, de letras capitales, etc.), modalidades que, aunque de origen distinto y vida independiente, bien pronto se funden, después de un período de convivencia, en una sola: la imprenta del último cuarto del siglo xv. La nueva industria se consideró en sus comienzos como un medio clandestino de imitar los manuscritos, lentos y costosos, para vender las imitaciones como auténticas, y realizar pingües negocios (el término *multiplicare* se encuentra frecuentemente empleado por los primitivos tipógrafos como sinónimo de *imprimir*). «La historia de los orígenes de la imprenta está, pues, sobre todo dominada por cuestiones de orden técnico y comercial: es más un capítulo de la historia industrial y económica de Europa que de la historia literaria» (pág. 3), aunque tanto le deban las letras. El autor estudia separadamente,

en las dos partes en que divide la obra, la *impresión xilográfica* y la *tipográfica*. En cuanto a la primera admite la opinión, hoy corriente, de que no fué importada directamente en Europa desde el extremo Oriente, como lo fué el papel, sino inventada de nuevo, y es una evolución natural de los procedimientos usados por los calígrafos e iluminadores para estampar en el pergamino las letras capitales llenando los espacios blancos dejados por los copistas: una estampilla en madera con la letra grabada en relieve, de lo que quedan muestras en algunos manuscritos, notadas al verso de la hoja por la fuerte presión que el grabador había de hacer; y del estampado de telas, industria usada en Europa desde el siglo xii y muy perfeccionada en el xiv y xv. Una muestra de esta perfección la tenemos en la plancha de nogal descubierta en 1898 entre los materiales de demolición de la Abadía de Ferté-sur-Grosne, matriz de un grabado en que aparece una pequeña leyenda en escritura uncial. Esta tabla, dice M. Mortet (pág. 10), por el estilo de trajes y armas, se puede verosimilmente suponer que es de fines del siglo xiv, fecha que nos parece algo exagerada. Teniendo en cuenta que los primeros ensayos tipográficos se hicieron *copiando* exactamente modelos y tipos ya establecidos y fijados por la práctica de los copistas e iluminadores, bien se puede admitir que, al grabar esta matriz, se hubiere tenido como modelo un dibujo de uno o dos siglos atrás, y, por consiguiente, llegar a la conclusión de que la tabla es del siglo xv o del xvi; es decir, una consecuencia, no un precedente de la xilografía. De este género de impresión al de impresión sobre papel, una vez inventado éste no había más que un paso, que se dió definitivamente mediado el siglo xv. Reduce M. Mortet su estudio sobre el origen de la imprenta: primero, al examen de las piezas del famoso proceso de Estrasburgo; segundo, al del testimonio de la *Cronica von der hilliger stadt von Collen*; tercero, a los contratos de Avignon descubiertos y publicados por el abad Réquin (*L'imprimerie en Avignon en 1444*, 1890 y *Origines de l'imprimerie en France*, 1891), y cuarto, al del testimonio sacado de las memorias del abad de Snt-Aubert (fols. 153 y 166). Como conclusión del examen de estos testimonios admite que probablemente hubo ensayos tipográficos, independientes unos de otros, en Strasburgo en 1439; más verosimilmente en Holanda (Haarlem) en 1440; en Avignon en 1444-1446 y en Flandes por esta misma época; pero añadiendo, con excepticismo que nos parece excesivo comparado con la facilidad con que admite la hipótesis sobre la imprenta de Avignon en 1444, que lo único cierto es que en 1447 el invento estaba realizado y funcionaba una prensa en Maguncia con la aparición del tipo del *Calendario astronómico* confeccionado para el año 1448, según la opinión del astrónomo alemán Bauschinger, y, por consiguiente, impreso el año anterior, en 1447, y el de la *Biblia de 42 lineas* que puede ser de 1453, a juzgar por el ejemplar del Buchgenerbe Museum de Leipzig que lleva esta fecha manuscrita. Los primeros talleres de que hasta hoy hay producciones ciertas son los de Maguncia, a donde bien pronto se trasladó Gutenberg desde Strasburgo y donde en 1457 aparece Pedro Schoiffer firmando con Juan Fust el *Psalterio litúrgico* de esta fecha. Respecto a las obras que pueden atribuirse a cada uno de éstos tres impresores, Mortet adopta una posición intermedia entre los dos extremismos representados por los bibliógrafos alemanes, de una parte, que admiten como de Gutenberg todos los libros impresos en Maguncia antes del citado *Psalterio* de 1457, y aun en éste defienden su colaboración, y de otra, por J.-N. Hessels (*The Gutenberg fichen*. London, 1912) que niega todo fundamento a estas opiniones. Según nuestro autor, «entre los impresos anónimos anteriores a 1457, puesto que ignoramos que existieran antes de esta

fecha otros impresores que Gutenberg y P. Schoiffer, conviene atribuir al primero todo lo que no se puede considerar, fundado en documentos positivos, como del segundo» (pág. 69). Serán, pues, de Gutenberg, mientras nuevas investigaciones no permitan afirmar otra cosa, las diversas impresiones hechas con el tipo de *Donato* y del *Calendario astronómico*, la *Biblia de 36 líneas* y las *Letras de indulgencias de 31*. En cambio son de Schoiffer la *Biblia de 42 líneas* y las *Letras de indulgencias de 30*. En cuanto a Fust, es sólo auxiliar capitalista: primero de Gutenberg y luego, desde el proceso de 1455, de Schoiffer, sin que se le pueda atribuir la ejecución de ninguna obra. Creemos que en lo relativo a los impresos que salieron del taller Schoiffer, M. Mortet, en su desacuerdo con los bibliógrafos alemanes, exagera un poco. Aún admitiendo que sea de Gutenberg todo lo que se le atribuye hay que reconocer que las razones que aduce para suponer a Schoiffer autor de la *Biblia de 42 líneas* y las *Letras de indulgencias de 30* no son concluyentes. Más probable parece que, siendo Schoiffer un operario aventajado del taller de Gutenberg, allí adquiriera la técnica suficiente para hacer una impresión tan perfecta como la del *Psalterio* de 1457, cosa que a Mortet parece imposible (pág. 60). En cuanto a la semejanza de los tipos de letra empleados en el *Psalterio* y los de las otras obras que atribuye a Schoiffer, otra de las razones en que se apoya (pág. 70), no nos parece argumento decisivo. Lo extraño sería que habiendo trabajado con Gutenberg, no se hiciera dueño de moldes y tipos al sobrevenir la bancarrota de aquel, máxime contando con la ayuda de Fust, ganador del pleito con Gutenberg y probable dueño, por ello, a lo menos de parte del material de imprenta que juntamente utilizaban. Por consiguiente, es más admisible la opinión de que la primera obra salida del taller de Schoiffer es el *Psalterio* citado. Confirmándolo, además, el hecho de que haga constar su nombre por primera vez, cuando no había razón para ocultarlo antes, es más, debió haberlo hecho constar toda vez que simultáneamente y en la misma localidad funcionaba la imprenta de Gutenberg. Acompañan a la obra que comentamos 21 facsímiles de páginas de primitivos impresos, tanto xilógrafos como tipográficos que, convenientemente citados a través del texto de la obra, ayudan sobremanera a su perfecta inteligencia.

JENARO ARTILES RODRÍGUEZ.



PÉREZ DE BARRADAS, JOSÉ.—*Prehistoria. (Cartilla de divulgación.)*
Ayuntamiento de Madrid. Madrid, Imprenta Municipal. 1925. Un folleto de 68 págs. con 49 figuras.

A las obras culturales emprendidas por el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid se añade una, no menos digna de aplauso, con la publicación de la Cartilla de divulgación de Prehistoria.

Esta ciencia era inaccesible para el público, pues no se había publicado hasta la fecha, no sólo en España, sino en los países latinos, ninguna obra de vulgarización. Sin embargo, y especialmente desde la Exposición del Arte prehistórico español, celebrada en 1921 en los salones de la Sociedad de Amigos del Arte, nu-

merosísimas personas se habían interesado por investigaciones tan atractivas como las referentes a los orígenes de la Humanidad.

Como corresponde a una labor divulgadora, que lógicamente ha de ser desinteresada, el Municipio madrileño la ha repartido gratuitamente entre todos los alcaldes, curas párrocos, maestros, médicos y farmacéuticos de los pueblos de la provincia y a todas aquellas personas y Centros que la han solicitado (1).

La precede un prólogo, debido al catedrático de Historia primitiva del Hombre de la Universidad Central Dr. Hugo Obermaier, en el que acentúa el carácter científico de la obra de su discípulo y colaborador Sr. Pérez de Barradas, indicando al mismo tiempo que «de la vida de los primitivos pobladores de España ha hecho un relato atractivo y ameno».

Sobriamente, pero interesando desde el primer momento, el autor hace en la introducción un esquema histórico de las investigaciones prehistóricas, y resalta el gran interés de las mismas.

El primer capítulo está dedicado al Paleolítico (? — 5.000 años antes de J. C.) y comienza con la descripción del medio ambiente en que vivió el hombre primitivo, que en sus alternativas cálidas y frías fué tan distinto del actual. Después presenta ante el lector las razas humanas, las industrias de piedra y hueso, el arte moviliar y el rupestre, de tan asombrosa perfección, y sus ideas religiosas, reconstituyendo hábilmente la vida material y espiritual de nuestros remotísimos antepasados.

No menos interesante es el segundo capítulo, en que Pérez de Barradas presenta una etapa de la cultura humana, tan atractiva como el Neolítico (5.000-2.000 años antes de J. C.), por sus poblados fortificados, por sus palafitos, por su industria de piedra pulimentada, por su arte esquemático tan extraño, por sus monumentales sepulturas dolménicas, así como también por haber tenido en él su origen la ganadería, la agricultura, la minería, la cerámica, el tejido y el comercio.

En el tercer capítulo el autor nos ofrece un resumen preciso de las Edades del Metal (2.000 años antes de J. C. hasta la conquista romana), procediendo sucesivamente de la Edad del Cobre a la del Bronce y a la del Hierro. Al tratar de esta última estudia con mayor detalle los poblados ibéricos, especialmente Numancia, la vida de aquellos indómitos pueblos, la cerámica, orfebrería, escultura, santuarios, ideas religiosas, prácticas funerarias y sepulturas, refiriéndose siempre con mayor detalle, como en páginas anteriores, todo lo encontrado en la provincia de Madrid o en sus cercanías.

Con el fin de ayudar a las personas que empiecen a dedicarse a esta clase de investigaciones inserta una lista de las principales obras sobre historia primitiva de la Humanidad y unas instrucciones para las rebuscas prehistóricas.

Además del fin educativo de la Cartilla, ha sido publicada con el de recoger toda clase de antecedentes sobre probables yacimientos para proceder a su debido estudio, evitando así la pérdida completa de materiales de gran valor para el conocimiento de las más antiguas civilizaciones.

Tiene tan gran interés esta labor y es tan conveniente su divulgación que creemos imprescindible no terminar nuestra reseña bibliográfica sin transcribir el Cuestionario con que finaliza la Cartilla.

(1) Las personas que deseen un ejemplar de la Cartilla a que hacemos referencia pueden solicitarla en la Biblioteca Municipal. Plaza del Dos de Mayo, 2.

CUESTIONARIO

A los fines de la formación del *Mapa prehistórico de la provincia de Madrid*, el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid suplica a los maestros y personas cultas de todos los pueblos de la misma contesten al adjunto cuestionario, aun en casos absolutamente negativos, y lo remitan a D. José Pérez de Barradas, tercera Casa Consistorial, plaza de la Constitución, 3, Madrid, mereciendo por su interés la gratitud de los hombres de ciencia, y especialmente del Ayuntamiento de Madrid.

Debe indicarse en los casos afirmativos el sitio exacto (finca, lugar, pago, etcétera) en que han aparecido objetos prehistóricos, describirlos lo más extensamente posible, dando medidas y remitiendo un croquis, si es posible. Esto motivará un estudio detenido sobre el terreno, y se procederá, si el caso lo requiere, a toda clase de trabajos necesarios como excavaciones, etc.

Igualmente el Ayuntamiento madrileño agradecerá cuantos objetos prehistóricos le remitan, pues a más de los fines culturales antes dichos, contribuirán los donantes a acrecentar los fondos del *Museo Municipal*, hoy en formación.

* * *

¿Existen bancos o canteras de pedernal?

¿Han aparecido piedras como hachas, cuchillos o puntas de flecha de pedernal?

¿Hay graveras o arenerías en explotación?

¿Han aparecido huesos a cierta profundidad y en terrenos no removidos?

¿Hay cuevas?

¿Hay peñas que por su forma extraña hayan llamado la atención de las gentes?

¿Se han hallado sepulcros antiguos con vasijas de barro, piedras trabajadas, armas de metal, etc.

¿Se han encontrado hachas pulimentadas o piedras de rayo?

¿Se han hallado restos de antiguos poblados o de fortificaciones antiquísimas?

Hay algún toro o cerdo (bicha o verraco) de piedra?

¿Se tiene noticia de alguna otra clase de hallazgos?

E. A. B.

ÁLVAREZ-CERÓN, MARCELIANO. — *El oculto manantial. Poemas*. Segovia. Imp. de Carlos Martín. 1925, 202 págs., 8.º

Desde que en 1917 publicó Álvarez-Cerón su libro de poemas espirituales, titulado *Alucinaciones*, poco o nada sabíamos de su excelente pluma. Eran aquellas sus primeras rimas.

«... Trinos de ruiñeñor
que quisiera estar ciego para cantar mejor.»

Contenía el volumen lo que da la cultura: ideas, sabiduría, tecnicismo, arte, erudición; pero contenía además, y este era su gran mérito, «el hervor de la inspiración legítima, el *quid divinum* de que carecen infinidad de libros de versos magistrales que hoy se hacen en todo el mundo, y que no tienen mucho que ver con la poesía; este sí: burbujea todo él fraguando y deshaciendo pompas de emoción, que otra vez vuelven a formarse y otra vez vuelven a desbaratarse; hay *vaivén y resaca* en todo el libro, como lleno de elementos vivos que está».

El silencio, harto duradero, de este poeta estimamos que ha sido buena parte para el encanto de este libro de selección, todo serenidad y hondura, donde las impresiones y los sentimientos se manifiestan y traducen en escolios y sentencias de un humorismo entonado, seguro, poco palabrero. No es su voz ahora como lo fué antaño, «alta voz capaz del vuelo de los grandes asuntos». Para este libro ha preferido el poeta, con acierto, la media voz, la requerida para la confidencia, la bien amada de la filosofía, la expresiva de las meditaciones, porque esto es en sí *El oculto manantial*: una sabia y sonora meditación lírica.

En Segovia, donde, por ineludible obligación de su cargo, vive Alvarez-Cerón, existe, de algunos años acá, una verdadera refluoración lírica; una especie de olvidado y recogido parnasillo español. Y en Segovia también se halla y reside el nobilísimo D. Antonio Machado. A este gran poeta, por generoso, por maestro indiscutible y por bueno, está dedicado el libro en estos sencillos conceptos:

«Por un amor que hubistéis en Castilla,
fué vuestro amor para Castilla todo.
Cuando en el alto llano su figura
se os aparece, ¡cómo
de escondida emoción vuestra alma tiembla!
¡Y cómo entonces yo comprendo y lloro!
Para cantarla generosamente,
vos sólo,
que al mirarla llevábais todavía
un recuerdo de luz en vuestros ojos,
un recuerdo de luz y de esperanza.
Así fué vuestro canto de piadoso.
.....
A vos, poeta verdadero y claro,
este libro consagro, don Antonio.»

La poesía, la verdadera poesía, está de enhorabuena con la publicación de *El oculto manantial*.

J. RINCÓN.

BIRCH, FRANK, AND J. B. TREND.—*Life's a Dream, by Pedro Calderón de la Barca. Translated for the English Stage by...*—With a stage plan and two illustrations by E. Le Bas. Cambridge, W. Hefer & Sons, 1925. XIV-72 págs., 8.º

El Sr. Birch, especialista muy distinguido en la técnica del arte escénico, y el Sr. Trend, uno de los más cordiales y cultos hispanófilos del día, autor de *A picture of Modern Spain*, han emprendido y logrado el empeño de dar a la len-

gua inglesa, por vez primera, una traducción literal y completa de *La Vida es sueño*. Su tarea sobrepasa los límites de un nuevo recreo erudito, pues la traducción aspira a divulgar desde los escenarios la belleza de la gran creación calderoniana. Los Sres. Birch y Trend han elaborado minuciosamente un plan escénico que, salvando las dificultades materiales de escenificación, permitirá una representación coherente, rápida y de gran eficacia de efectos. La atención minuciosa con que los traductores han estudiado este problema de la presentación material del drama, revela ya el entusiasmo que ha presidido toda su labor.

Literariamente la traducción de *Life's a Dream* constituye un triunfo de laboriosidad y conciencia artística sobre los obstáculos que ofrecen no sólo la disparidad de las lenguas española e inglesa, sino las arduas peculiaridades (exacerbadas en esta obra) del estilo calderoniano. Salvo en algunos pasajes en que la expresión parafrástica y aun redundante hubiera podido aparecer en la traducción, despojada del prestigio de metro y rima, demasiado ampulosa y vacua—pasajes que los traductores han concentrado discretamente—la versión se ajusta al original literalmente, y en muchos felices momentos consigue trasladar a la prosa inglesa todo el vigor y lozanía de expresión del verso calderoniano. Por excepción, en algunas escenas de alto valor lírico, como los monólogos de Segismundo en los actos II y III, los traductores han recurrido, con acierto, al verso blanco.

No creo que perjudique al crédito de una labor tan sólida, que sitúa a sus autores en la categoría singular de aquellos traductores artistas que—como Fitz-Gerald, como Longfellow—vivifican su labor mecánica con una nota personal de arte y verdadera creación, el señalar algunos errores o inexactitudes de detalle que en su traducción creo percibir. Como la traducción se ajusta al sistema de división escénica propia del teatro inglés, y no al del original español, las indicaciones que siguen se refieren al lugar que en la traducción ocupan los pasajes correspondientes.

Acto I, pág. 4: Faltan los dos versos finales de la primera décima en el monólogo de Segismundo: «pues el delito mayor | del hombre es haber nacido». (Aunque el sentido general de la estrofa incluye esta conclusión, se pierde la admirable energía de este epifonema). En la misma página: «I am *Vulcan*, I am *Etna*»; («Un volcán, un Etna hecho»). *Pág. 5:* Y'll tear you *both*. (El original dice *te*, refiriéndose sólo a Rosaura). *Pág. 6:* For I hove tasted now the bitterness of death». («desta suerte | su rigor he ponderado»). *Pág. 11:* «To such strange courtesy my heart's no less a stranger. For the Kingdom you wish to keep to yourself, belongs, I think, of better right to me». (Todo el sentido está trastornado: «A tan cortés bizarría... Para sólo hacerla vuestra | me holgara que fuera mía»). *Pág. 13:* «I earn the thanks of Time». («Le gano al tiempo las gracias»).

Acto II, pág. 28: «brought up in the mountains, he has mixed with all sorts»... («... Como en montes nacido | con todos ha procedido»). *Pág. 29:* «If he takes her hand»... («Soy perdido»). *Pág. 29:* «How how could that happen?» («¡Vive Dios que pudo ser!»). *Pág. 30:* «I turn away, unsatisfied, revolted» («que tengo miedo a tus brazos»). *Pág. 41:* «These are Estrella's wishes, and in all things, however trivial or distasteful, I must carry out her wishes». («Porque aun las cosas más leves, | como sean en mi daño | es Estrella quien las quiere»... Aunque el juego de palabras sea intraducible, podría, sin duda, lograrse mayor justeza de interpretación). *Pág. 44:* «Poor fellow! He drew me to him». («¡Ay de mí! | deste modo me ha traído [la curiosidad]»). *Pág. 46:* «No wonder I'm tired. For, while I'm as-

leep I Know, that I dream while I'm awake». («Y no es mucho que rendido, | pues veo estando dormido, | que sueñe estando despierto»).

Acto III, pág. 56: «Strike thunder on my shield and lightning with my sword». («rayo descienda el que blasona trueno»). *Pág. 67:* «And I'm a coward, a scandal to the world!» («Pues ¿cómo cobarde estoy | y ya a su lado no soy | un escándalo del mundo?»). *Pág. 68:* «Take it to yourself, and save yourself in flight». («Haz por donde te reserves»).

Estas objeciones de pormenor u otras aún más leves que acaso pudieran hacerse, nada significan ante el valor total de esta admirable traducción de los señores Birch y Trend, una de las más bellas y en general, más fieles versiones que jamás se hayan hecho de obras españolas al idioma de Shakespeare.

F. M. DE S.



ZARCO CUEVAS, P. FR. JULIÁN.—*Catálogo de los manuscritos castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial, dedicado a S. M. el Rey Don Alfonso XIII*. Vol. 1.: a. I. 8.—h. III. 29. Madrid. [Imp. Helénica], 1924; CXXXVI + 2 hojas + 370 págs. + 1 hoja, 26,5 × 18 cm.

Las letras han contraído una deuda, en mayor o menor grado, con casi todos los bibliotecarios de El Escorial, dice el actual auxiliar de aquella Biblioteca (1) y autor de la presente obra (pág. CXXX). Esta deuda debe ser francamente reconocida al P. Zarco Cuevas por la publicación del Catálogo que nos ocupa, que llenará, cuando esté terminado, el vacío inmenso que todos notamos entre los de igual naturaleza, y es de utilidad indiscutible y elemento muy necesario de trabajo para toda labor de erudición, por la riqueza de los fondos escurialenses que se reseñan. Se describen en este vol. I, por el orden de colocación en los estantes de la Biblioteca, 302 manuscritos. La descripción es bastante detallada y minuciosa, no pudiéndose decir lo mismo de la uniformidad: no nos explicamos el por qué de la anomalía que resulta de indicar unas veces la clase de letra del códice y el siglo, otras éste solamente, y que en muchas falten ambas indicaciones. En un examen rápido del tomo, hecho en las condiciones desfavorables inherentes a la falta de índices (que el autor promete para cuando acabe la publicación de la obra), se nos han ocurrido las siguientes anotaciones: Los manuscritos b. II. 9 y b. II. 13, *Diálogo de San Gregorio* (págs. 34 y 38) no nos parece que puedan identificarse, como pretende el P. Zarco (pág. 39), con el núm. 3.259 del *Ensayo* de Gallardo, entre otras razones porque el reseñado por Gallardo se halla en la Biblioteca Capitular de Toledo. El b. IV. 15 [*Flores de las leyes del maestro Jacome Ruiz*] (pág. 53), ha sido publicado recientemente con el título de [*Flores de Derecho*] por los Sres. Ureña y Smenjaud y Bonilla y San Martín en su edición crítica de *Obras del maestro Jacobo de las Leyes, jurisconsulto del siglo XIII*

(1) Vid. su biobibliografía en la pág. CXXVII.

(Madrid, 1924, págs. 7-184); pero no utilizan este manuscrito, sino otros también de El Escorial (m. II. 18, p. III. 2, z. III. 13 y z. III. 21) y el interesantísimo, hoy en poder del Sr. García de Quevedo y Concellón, de Burgos, escrito en 1289. Los citados autores niegan, con argumentos que nos parecen incontestables, que sea *Ruiz* el apellido del maestro Jacobo, y demuestran la falsedad de la «peregrina» opinión de Rodríguez de Castro, citada por el P. Zarco Cuevas, negando al maestro Jacobo la paternidad de las *Flores* (pág. XII, n. 1). Del b. IV. 20 hay una edición anterior a la de Salamanca de 1595 citada por el autor: la de Alcalá de 1577 que describe Gallardo (*Ensayo*, núm. 3.481). El h. I. 6, *Crónica Troyana* (pág. 181), terminado en la era de 1388 (= 1350) por Nicolás González y comenzado a escribir por iniciativa de Alfonso XI, fué descrito por A.-G. Solalinde en *Las versiones españolas del «Roman de Troie»* (*Revista de Filología española*, III (1916), pág. 128 y sig.), donde reproduce en facsímil los fols. 84 v. y 30 v. de este manuscrito de El Escorial. La versión romance del diálogo entre Alejandro, Aníbal y Escipión, que forma parte del h. II. 22, debe ser la misma (no podría afirmarlo sin estudiarla detenidamente) que se atribuye a Vasco Ramírez de Guzmán (Cfr. A. Paz y Melia: *La Biblia puesta en romance por Rabi Mosé Arrages de Guadalajara*, en *Homenaje a Menéndez Pelayo*, Madrid, 1899, II, página 34). La traducción latina de Aurispa, utilizada por Guzmán, se imprimió en 1492 (Cfr. Haebler: *Bibliografía Ibérica del siglo XV* [primera parte], núm. 372, pág. 174). Véase, en relación al texto romano, Pérez Bayer, notas a la *Bibliotheca vetus*, II, 163 y 254, y Paz y Melia: *Biblioteca fundada por el conde de Haro en 1455* (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1897, pág. 62-63). El texto castellano del Diálogo o Disputa es interesantísimo desde el punto de vista del lenguaje, y merecedor de una cuidada edición. El h. III. 3, [*Viridario de consolación y otros tratados*] (pág. 212), dice el P. Zarco que fué regalado a Felipe II por Argote de Molina, como el h. III. 25. (¿Por qué no se describe este último?) El tratado 4 es las Epístolas de Rabi Samuel, de que hay, por lo menos, tres ediciones incunables, ninguna citada por el P. Zarco, a pesar de que una de ellas, quizá la más interesante, se halla en el manuscrito b. IV. 29 (descrito en el Catálogo, págs. 64-66), en donde ocupa los 38 primeros folios. Omitimos algunas otras consideraciones de detalle por falta de tiempo para contrastarlas debidamente.

Preceden al Catálogo unas extensas «Noticias históricas» de la Biblioteca (su fundación, fines que persiguió Felipe II, detractores, fondos y procedencias de los mismos, biobibliografía de sus bibliotecarios, etc.). Esta parte, por la importancia indudable que tiene, por ser materia completamente ajena a la de la obra propiamente dicha y hasta por su misma extensión (aproximadamente una tercera parte del volumen del t. I) bien merecía haberse publicado aparte del Catálogo: nadie que no conozca previamente la obra irá a buscar la historia de la Biblioteca en el presente Catálogo del P. Zarco, máxime cuando el título, que es lo que se suele dar al público en las listas de librería y en las fichas de bibliotecas, no hace mención alguna de este inesperado contenido, al paso que la hace de algo que importa tan poco al asunto como la dedicatoria.

Hemos de elogiar nuevamente la obra meritísima del P. Zarco Cuevas, lamentando que la falta de un índice de autores y otro de materias haga que no rinda, por lo pronto, toda la utilidad que está llamada a prestar más tarde.

J. ARTILES.

MARTÍNEZ KLEISER, LUIS.—*La Semana Santa de Sevilla*. Edición trilingüe, Talleres «Voluntad», 1925, 103 págs. + 45 láminas, 4.º

El cuadro inolvidable de la Semana Santa en Sevilla ha dado motivo a la pluma del poeta Martínez Kleiser para trazar este libro de encanto lírico y de fervor apasionado. «Página de arte, torrente de riqueza, alarde escenográfico, episodio de un cuento de hadas, destello de raza, rasgo típico, conjuro mágico, aleteo de la fantasía, quimera de orate, pesadilla de noche estival, visión de genio, encarnación de idealismo, delirio de poeta es la Semana Santa de Sevilla.» Así, con esta riqueza y superabundancia de expresión, presenta Martínez Kleiser «aquel desfile de cuarenta y tantas Cofradías que exhiben más de setenta Pasos; aquellas veintitrés horas de espectáculo procesional repartidas entre el domingo, el martes, el miércoles, el jueves y el viernes de la Semana Santa; aquel cortejo de millares de nazarenos misteriosos; aquella danza fantástica de luces; aquel relumbrar de tesoros; aquel bullir de imágenes bellísimas, hendiendo, como un museo trashumante, la densa multitud heterogénea e innominada de extranjeros e indígenas, de encopetadas señoras y degradantes borrachos, de aristócratas y de plebeyos, de cultos e ignorantes, y arrastrando en pos de su solemne marcha el vibrar de una saeta, el viva de un menestral, el brindis de un bebedor, el arrobo de un devoto y la irreverencia de un mundano...»

Publicada la obra en francés, inglés y castellano, tiene, por tanto, el acierto de hacerse asequible y valedera a los innumerables visitantes de la gran ciudad, siendo, además, un guión certero de impresiones y visualidades.

Martínez Kleiser, como era de esperar, ha rendido con este libro un buen tributo a Sevilla.

J. R. L.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

Generalidades

469. Alvarez de Sotomayor y Zaragoza, José.—*A través de mi patria*. Madrid. [Talleres del Depósito de la Guerra] [1925], VI págs. + 1 hoja + 360 páginas + 1 mapa, 4.º
470. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, II, págs. 453-456.
471. Maldonado, Horacio.—*Madrid*, en *A B C*, 12 julio, 1925.
472. [Pérez Mateos, Francisco].—*En tal día... Hace tres cuartos de siglo*, en *La Epoca*, julio a septiembre, 1925.

Hechos históricos

473. Lauzac de Laborie.—*Joseph Bonaparte a Madrid. 1809-1811*, en *Le Correspondant*, 10 abril, 1925. [Acerca de Geoffroy de Grandmaison, en *L'Espagne et Napoléon*.]
474. Núñez de Arenas, M.—*Don Vicente María Santiváñez. Un madrileño en la Revolución francesa*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, II, págs. 372-394.
475. Répide, Pedro de.—*El Siete de Julio. La jornada en Palacio*, en *La Libertad*, 8 julio, 1925.

Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

476. Deleito y Piñuela, José.—*La vida madrileña en tiempos de Felipe IV*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, II, págs. 352-371.
477. Machado, José.—*Apuntes de la calle*. [Dibujos], en *La Libertad*, 12, 16, 19, 20, 21, 22, 23, 27, 28 y 29 agosto y 2, 3, 4, 6, 10, 11, 12, 13, 17, 18, 24, 25, 27 y 30 septiembre, 1925.
478. Martínez Olmedilla, Augusto.—*Espectáculos de Madrid. Las «Varietés» y el «Cine»*, en *Blanco y Negro*, 23 agosto, 1925.
479. Quijano, José D. de.—*Estampas de Madrid. La regia y popular castellanía de la Plaza de Armas*, en *Blanco y Negro*, 27 septiembre, 1925.
480. Restori, A.—*Il Cavaliere di Grazia*, Napoli, Penella, 1924, 155 páginas (Biblioteca rara.)
481. Sánchez Alonso, B.—*Los avisos de forasteros en la Corte*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, II, págs. 325-336.
482. Tarrayo, Victorino.—*Tiempos viejos. Los teatros de Madrid en 1800*, en *Blanco y Negro*, 2 agosto, 1925.

483. Villa, Antonio de la.—*Cuadros madrileños*, en *La Libertad*, 20, 21, 22, 28, 29 y 30 agosto y 2, 6 y 10 septiembre, 1925.

484. Villa, Antonio de la.—*Madrid en verano. Las tardes de la Moncloa*, en *La Libertad*, 9 julio, 1925.

Escritores madrileños

485. Altschul. A.—*Gegen Ludwig Pfraudl als Kritiker von Lope de Vega und Calderon Übersetzungen*. [Dresden], 1925, 8 págs., 8.º

486. «Azorín».—*Mi viaje a Francia*, en *A B C*, 4 julio, 1925. [Sobre Mesonero Romanos.]

487. Bazán de Cámara, R.—*El alma del Quijote*. Prólogo de A. Bonilla San Martín. Buenos Aires. J. Peuser, 1924, 153 págs.

488. Brandt, C.—*El Quijote (divagaciones)*, en *Cuba contemporánea*, 1925, XXXVIII, págs. 305-317.

489. Calderón, Pedro.—*El médico de su honra*, Berlín, Edit. Internacional, 1925, 162 págs., 8.º

490. Calderón, Pedro.—*La cena de Baltasar*. Introd. by J. W. Baker. Cambridge University Press., s. a. VII-56 págs. (Cambridge Plain Texts.)

491. Castro, A.—*Cervantes, su filosofía de la naturaleza y su técnica literaria*, en *Bol. Instit. Lib. Ens.*, 1925. XLIX, págs. 112-119.

492. Cervantes.—*El cuento del cautivo*. Für Lehrzwecke bearbeitet von G. Dierks. Berlin, Edit. Internacional, 1925, 110 págs., 8.º

493. Cervantes.—*Rinconete und Cortadillo*, Nach notters Übertragung Zürich, Leipzig, Amalthea Verlag, s. a. 102 págs., 8.º

494. Cervantes, Miguel de.—*Viaje del Parnaso*. Edic. crítica anotada por J. T. Medina, 2 vols. I, Texto y anotaciones. II, Notas biográficas y bibliografía. Santiago de Chile. Imp. Cervantes, 1925. XLVIII-368, 322 págs., 4.º

495. Cotarelo, Emilio.—*Elogio biográfico de Don Ramón de Mesonero Romanos*, en *Bol. de la Real Acad. Esp.*, XII (1925), págs. 309-343. (Vid. núm. 425.)

496. Hartzzenbusch, J. E.—*Cuentos*. Madrid, Calpe, 1924, 228 págs., 8.º

497. Hatzfeld, H.—*Mittel der Anschaulichkeit im Don Quijote*, Germanisch-Romanische Monatschrift, 1925, XIII, págs. 219-229.

498. Huber, J.—*Sobre Lope de Vega; Übersetzt von W. Wurzbach*. Bd. V. Die Nuren Sprache, 1924, XXXII, págs. 465-467.

499. Machado, Manuel.—*Otra poesía inédita de Lope de Vega*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, II, págs. 431-433.

500. Martínez Olmedilla, Augusto.—*Historia de los grandes éxitos*. «*El sí de las niñas*», en *Blanco y Negro*, 12 julio 1925.

501. Mesonero Romanos, R. de.—*Panorama matritense. Primera serie de las «Escenas»*, 1832-1835, t. I. Madrid, Imp. I. latina [1922], 418 págs., 8.º

502. Tichter, W. L. —*The source of Lope de Vega's «El castigo del discreto»*, en *Romanic Review Quartely*, 1925, XVI, págs. 185-186.

503. «Tirso de Molina».—*Don Gil de las calzas verdes*. Berlín, Edit. Internacional, 1925, 192 págs., 8.º

504. «Tirso de Molina». *El condenado por desconfiado*. Berlín, Edit. Internacional, 1925, 192 págs., 8.º

505. Tortosa, Diego.—*Oración fúnebre que en las honras de Miguel de Cervantes... pronunció... el día 23 de abril de 1925...* Madrid, Imp. Rev. de Archivos, 1925, 20 págs., 4.º

506. Vega, Lope de.—*Augewählte Komödien*. Zum ersten mal aus dem original in deutsche übersetzt von W. Wurzbach VI. Wien. a Schrol & C., 1925, 274 páginas., 8.º (Vid. núm. 367.)

507. Vega Lope de.—*El mejor alcalde el rey*. Berlín. Edit. Internacional [1925], 145 págs., 8.º

508. Vega, Lope de.—*La estrella de Sevilla*. Berlín. Edit. Internacional, 1925, 152 págs., 8.º

Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

509. Andarias, Angel.—*Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Municipal*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, II, págs. 457-458.

510. Millares Carlo, Agustín.—*Documentos del Archivo Municipal de Madrid acerca de judíos españoles*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, II, págs. 393-405.

511. Morato, J. J.—*La estereotipia y Don Miguel de Burgos, impresor madrileño y liberal*, en *La Voz*, 26 agosto, 1925.

512. Morato, J. J.—*La imprenta de Juan de la Cuesta*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, II, págs. 436-441.

513. Ramirez Angel, E.—*Dependencias municipales. El Almacén general de la Villa y Corte*, en *A B C*, 13 agosto, 1925.

514. Zarco, J.—*La biblioteca y los bibliotecarios de San Lorenzo el Real de El Escorial*. (Notas históricas), en *La ciudad de Dios*, 1925, CXLI, págs. 321-334; CXLII, págs. 16-35. [Continuación.]

Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

515. Arregui, V.—*Guitarristas célebres del pasado*, en *El Debate*, 11 septiembre, 1925. [Cita a Dionisio Aguado.]

516. Beroqui, Pedro.—*Tiziano en el Museo del Prado*, en *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*, XXIII, págs. 131-152.

517. Blanco Coris, J.—*Por los áticos madrileños*, en *La Esfera*, 5 septiembre, 1925.

518. Chacón Enríquez, Juan.—*Figuras de ayer. Eduardo Rosales en Roma*, en *La Esfera*, 22 agosto, 1925.

519. *Datos biográficos. Ilmo. Sr. D. Ricardo Bellver y Ramón*, en *Bol. de la Real Acad. de Bellas Artes de San Fernando*. Núm. 72, 1924.

520. Ezquerro del Bayo, Joaquín.—*Catálogo de las miniaturas y pequeños retratos pertenecientes al Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1924, 180 págs. + 33 láms., 4.º

521. Florit, José Maria — *Notas artísticas de Alcalá de Henares*, en *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*, septiembre, 1924, págs. 164-165.

522. García Bellido, J.—*Un artista madrileño divulgador de la obra de Goya: José María Galván*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, II, págs. 433-436.

523. Garnelo y Alda, José.—*Visita a las colecciones de arte de los señores Marqueses del Riscal*, en Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones, XXIII, págs. 153-160.

524. Gil Fillol, L.—*Juan Herrera, soldado y arquitecto*, en Arquitectura. Núm. 67, noviembre, 1924. [Cuatro láminas del Monasterio de El Escorial.]

525. Hoyo, José María del.—*El agua viajera de la sierra. Fuentes públicas madrileñas desde 1399 al 1869*, en Blanco y Negro, 6 septiembre, 1925.

526. *Informe relativo a declaración de monumento nacional a favor del claustro contiguo al templo parroquial de San Jerónimo el Real de esta Corte*, en Bol. de la Real Acad. de Bellas Artes de San Fernando. Núm. 72, 1924.

527. Répide, Pedro de.—*Las infantas niñas y el Palacio viejo*, en La Esfera, 1 agosto, 1925. [Sobre el Convento de las Descalzas Reales.]

528. Velasco Zazo, Antonio.—*Apuntes para la historia de Madrid. El Convento de las Descalzas Reales y la Virgen del Milagro*, en A B C, 26 julio, 1925.

Administración municipal, Instituciones y Servicios municipales

529. Ayuntamiento de Madrid.—*Extracto de los expedientes incoados para la unificación de tarifas, elevación de precios... de los tranvías... de Estaciones y Mercados y Norte*. Madrid, Imprenta Municipal, 1925, 176 págs., 4.º

530. Ayuntamiento de Madrid.—*Folleto dedicado a la primera colonia escolar de intercambio Madrid-Barcelona*. Madrid, Imprenta Municipal, 1925, 91 páginas + 6 láms., 4.º

531. Cuesta, Miguel de la y Medina, Eduardo.—*Memoria sobre ingresos municipales y su recaudación*. Madrid, Imprenta Municipal, 1925, 57 págs., 4.º

532. Mata, Juan M.—*Lo viejo y lo nuevo. Cipreses románticos y carillones eléctricos*, en Blanco y Negro, 26 julio, 1925. [Trata de cementerios madrileños.]

533. X.—*Aspectos de Madrid. Los ensanches al azar*, en El Sol, 14 julio, 1925.

Publicaciones del Ayuntamiento

—Vid. núm. 529.

—Vid. núm. 530.

—Vid. núm. 531.

original de la obra

1952

1952

1952

1952

REVISTA
DEL
ARCHIVO, BIBLIOTECA Y MUSEO

TOMO II

(AÑO 1925)

ÍNDICE GENERAL

Número V

IGNACIO CALVO.—*Poncio Meropio Paulino y Therasia Crescente. (Orígenes de la diócesis Madrid-Alcalá)*, pág. 1.

AMALIO HUARTE.—*El relacionero Andrés de Mendoza*, pág. 20.

PAUL WERNERT Y JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS.—*El yacimiento paleolítico de San Isidro (Estudio bibliográfico crítico)*, pág. 31.

JUAN VERGARA SEGOVIA.—*Antecedentes madrileños de la Conferencia de San Vicente de Paul*, pág. 69.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.—*Centenario del autor de «Pepita Jiménez». Cartas inéditas de Valera*, pág. 83.

M. HERRERO-GARCÍA.—*El Madrid de Calderón*, pág. 110.

LUIS MARCO.—*Pi y Margall católico y monárquico. Su primer libro (1842-1846)*, página 141.

JEAN SARRAILH.—*Le «Manual de Madrid», de Mesonero Romanos*, pág. 159.

JOSÉ RINCÓN LAZCANO.—*Madrid y el poeta Gabriel y Galán*, pág. 165.

ANGEL ANDARIAS.—*Colección de cartas reales que se conservan en la Biblioteca Municipal*, pág. 174.

VARIEDADES: ANGEL SÁNCHEZ RIVERO: *Sobre el origen de la iglesia de San Marcos*, pág. 180.

RESEÑAS: *Ostria Gutiérrez, Alberto. La Casa de la Abuela* (J. RINCÓN LAZCANO), página 184. — *Prou, Maurice. Manuel de paléographie latine et française* (A. MILLARES), pág. 185. — *Delgado y García, Wenceslao. El pequeño ahorro* (J. RINCÓN LAZCANO), pág. 186. — *Schiaparelli, Luigi. Raccolta di documenti latini* (A. MILLARES), pág. 187. — *Escribano Iglesias, Antonio. Guerra Junqueiro* (J. RINCÓN LAZCANO), pág. 188.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 190.

CRÓNICA, pág. 194.